

EL EXILIO INTERMINABLE

Marco Ángel

TEXTOS con
RO
TA
CIÓN

LEZARRES

La colección Textos en Rotación espera facilitar los encuentros, en algún punto de la espiral, entre autores y lectores de diversas épocas y géneros discursivos, cuyo epicentro sea el corazón vibrante de la obra escrita.



ISBN: 978-607-30-8400-0



~ *El exilio interminable* ~

Ángel, Marco. *El exilio interminable*; - México: UNAM, CCH, 2023, 304 pp. (Colección Textos en Rotación).
ISBN volumen: 978-607-30-8400-0
ISBN obra completa: 978-607-30-3281-0

Primera edición: diciembre de 2023.

D.R. © UNAM 2023 Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad Universitaria. Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510, CDMX.

Edición no venal

ISBN volumen: 978-607-30-8400-0

ISBN obra completa: 978-607-30-3281-0

Esta edición y sus características son propiedad de la UNAM.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México - *Printed in Mexico*.

Agradecimiento al UAQ-CA-64. Estas páginas fueron mejoradas gracias el Seminario Permanente de trabajo del CA.

MARCO ÁNGEL

EL EXILIO INTERMINABLE

RO
TA
CIÓN
en
TEXTOS



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
ESCUELA NACIONAL COLEGIO DE CIENCIAS Y HUMANIDADES

Índice

Proemio	9
Prólogo	15
Historia verdadera de la reciente Albión	17
El regreso del hijo pródigo	252
Epílogo	289

Proemio

Las obras escritas representan la memoria viva de las civilizaciones. La ciencia, el arte y la cultura se han convertido, a lo largo del tiempo, en tesoros invaluables que los libros custodian, para provecho de los lectores futuros.

Las grandes revoluciones sociales o culturales han tenido en los libros la chispa originaria de su alborear y también de su caída porque, al parecer, todo cuanto somos y hacemos son hechos del lenguaje, pues el lenguaje marca el comienzo de la existencia del *Homo sapiens*; del hombre que piensa, mediante la palabra o el *logos* de los griegos.

Así, la lectura y la escritura son principios civilizadores por excelencia. En ellas recae la posibilidad de reforzar el pensamiento, pulir las emociones y adquirir nuevos saberes en cualquier esfera de la acción humana. Leer y escribir son habilidades transversales de las ciencias naturales, sociales y humanísticas. Leer y escribir no son faenas adicionales al periplo del hombre y la mujer a lo largo de su vida, sino contenidos vivibles que proveen de sentido a su propia existencia.

La colección **Textos en Rotación** espera facilitar los encuentros, en algún punto de la espiral, entre autores y lectores de diversas épocas y géneros discursivos, cuyo epicentro sea el corazón vibrante de la obra escrita.

Dr. Benjamín Barajas Sánchez

DIRECTOR GENERAL DE LA ESCUELA NACIONAL
COLEGIO DE CIENCIAS Y HUMANIDADES

EL EXILIO INTERMINABLE

a Dante y Jago, por supuesto

Prólogo



Era el otoño y caía un agua purísima. Y supe que sería fiel a esa noche, aunque no de esta manera.

Yo te recuerdo, como si no fueras una ensoñación. Te tengo en la memoria y a veces pienso que el infierno es ese paraíso reflejando el infinito inasible: un juego de espejos deformantes que te repite exacta. Porque eres lo más parecido a la ternura y a este, su enfermizo devenir.

Entro siempre al mismo río, a la misma tarde, a las mismas lágrimas. Allí somos la humedad y su delirio; aquí, en cambio, seremos siempre los otros, esa tarde empezamos a serlo y no lo sabíamos.

En ese entonces me explicaste:

—No te amo más en este país.

Y yo dije:

—Oh.

—Tu esperanza no tiene futuro para nosotros, tus hijos crecerán en el fango si me quedo aquí.

Y yo dije:

—Oh.

Pensé que tenías razón y que las palabras “en este país” las recordaría yo como el punto fuerte de la frase y que me servirían para engañarme y creer que, en otra vida, en otro lugar, en otro tiempo, las cosas hubieran sido, y también para empeñarme en intentar que en este país las cosas sean de otra manera.

Ahora bien, llevo al país conmigo, a cuestas, y me pesa más de lo que quisiera, porque él es lo que no debiera y yo seré siempre en lo que he sido: el ardor de otro verano, donde creí en la música de las palabras y en los sueños, y no sabía que todo aquello era una esperanza cuyo futuro era este final. Que —aún peor— siempre estoy “en este país” y que a pesar de haber crecido aquí creo en libertades irrealizables, instituciones transparentes, servidores honestos, batallas justas, palabras trovadas, calores que no son exóticos, estómagos que no están vacíos, cabezas que no están huecas y todos esos credos que en esta nación son sólo los sueños de los vencidos.

Ahora bien, en este día, y después de muchas noches como aquella, ante el espejo no soy nadie. Si alguna vez quise ser algo, estaba equivocado; dicho lo cual valdría la pena callar... si algo valiera la pena. Pero escribo por falta de imaginación y de un buen silencio para mirarme a la cara. Todo es el sueño de un demonio triste y estas líneas son parte de mi pequeño infierno.

Historia verdadera de la reciente Albión



Nos conocimos en una reunión de estudiantes extranjeros; una era venezolana y la otra colombiana. Esta era su tercera semana en Inglaterra y aún estaban felices y azoradas:

—¡Europa sí existe! —dijo la más risueña.

—Aquí todo funciona —añadió la otra con un dejo.

Siguió una retahíla sobre las monerías que las habían encantado. Una había estado en el bosque de Sherwood: “¡Es real, en un Nottingham que también es real!”; la otra había caminado sobre la línea exacta del meridiano de Greenwich: “¡Está en Londres y no en el imaginario geográfico!”.

Con ánimo festivo se arrebataban los turnos para hablar de todo y nada. Sus experiencias superaban la fantasía: lo que antes sólo era en libros o películas había ganado una perfección añadida a su carácter fabuloso: existía, y por ello era aún más maravilloso que la ficción.

—Hasta el café sabe mejor —dijo una de ellas mirando su taza vacía.

—Yo prefiero el té —sonrió la otra y, sacando su reloj, hizo una seña.

Ambas se excusaron:

—Hay una conferencia y queremos ser puntuales —dijo alguna de las dos.

—Como corresponde a nuestra nueva vida —completó la otra, hicieron un guiño de despedida y salieron.

Esa noche apunté la fecha en este diario y recordé que *Alicia en el país de las maravillas* también se escribió por estos rumbos.

Años después me he preguntado si en ese entonces creímos que aquel era el lugar de la promesa, es posible... en unas cuantas horas de viaje se pasa del brillante Sur a los cielos encapotados y las tierras de nieve. Al principio el entorno físico llama demasiado la atención: la gran arquitectura, la riqueza material. No se repara en que también se entra en un paisaje humano distinto, hasta que nuestras costumbres y referencias familiares no sirven para orientarnos. Entonces nos damos cuenta de que nuestros mapas no funcionan y que estamos extraviados en la otredad —que esto es el frío, esto es Europa.

Primero intentamos aquello que había sido útil transvasándolo al idioma local. Sin embargo, los signos no llevan adonde queremos, ni nuestros presupuestos valen ya más. Tentaleamos por un tiempo, observando, intentando posibles soluciones hasta que, al final, reconocemos la evidencia: estamos perdidos. Y por más que se escudriñan las caras y sus palabras, no se encuentra

sino el reflejo borroso de lo que se busca. Se aprende entonces la indigencia, el naufragio, a vivir detrás de un cristal. También se aprende a valorar el intento de algunos por devenir lo que no serán para uno: nuestro reflejo, un nosotros. Son siempre lo ajeno, amable o distante, voces del otro lado de un puente que nunca terminamos de cruzar.



Cambridge

Álvaro:

Mis primeros días en la isla han sido una fría delicia. Después de un atorón de tráfico en la carretera México-Puebla, la pérdida del vuelo a Londres, el extravío de nuestros pasaportes, un segundo vuelo retrasado varios días y un autobús que se descompuso enfrente de un incendio, finalmente llegamos a Cambridge. Aquí he pasado dos días de recuperación del desfase horario, que han servido para lidiar con el descontrol del pequeño Dante —que no ha dejado de ser gitano desde hace un mes, el pobre.

Ayer fuimos al lugar donde Virginia Woolf, Wittgenstein, Ted Hughes, Keynes, Bertrand Russell y no recuerdo quiénes más solían ir a tomarse sus chelas. Pasear sobre el pasto inglés parece parte de una película que me toca presenciar en tres dimensiones (no sé si será un efecto de esas cervezas que emborracharon

también a los susodichos). Ciertamente el cielo es un tanto gris, pero no deja de tener su encanto. El clima, por otra parte, anuncia un otoño maravilloso, espero que sea un augurio de mi vida.

He traído libros, mas por el momento esta no es la mejor atmósfera para trabajar: mucha gente amable –deliciosamente amable– ha estado alrededor de nosotros y por esa gracia no he enfrentado los días con el ritmo de lenta apuración que requiere el trabajo intelectual. Aunque aún no está lista nuestra casa en Norwich, seguro que en esta ciudad universitaria abundarán lugares para trabajar. Me muero de ganas por conocer las bibliotecas, iniciar mis rutinas y no sentir el estrés culposo de estar tan relajado en un ambiente tipo vacacional.

Recuerdo el pueblo oaxaqueño en donde viví y no tengo en la memoria más que los buenos momentos, pero sin construir el ideal de un paraíso terrenal. En retrospectiva, el pasado siempre puede contemplarse bajo otra luz que la de la verdad: el pasado es el tiempo más maleable, el más cambiante. Deformar la miscelánea variedad de nuestra vida con la nostalgia o el menosprecio es una actividad demasiado común para la memoria... no obstante, hoy me alienta la posibilidad de recuperar eso algún día, y a la vez quisiera no perder nunca esto que pinta será maravilloso: el periodo inglés de mi vida se me antoja –a corta distancia– una promesa magnífica. Bastará que deje pasar unos días para saber cuánto hay de verdadero.

Un abrazo fuerte de tu hermano,

Marco.

2

Víctor:

En los corredores del edificio pierdo de vista a la chica alta de cuerpo escultural que es mi compañera en un seminario de investigación. Voy tarde, así que calculo de memoria la puerta del salón que me corresponde, han apagado la luz y alguien me dice que al frente hay asientos vacíos. Sorteó butacas hasta llegar al lado del ponente, justo en el centro de atención de la clase; en la única silla que encuentro desocupada, cuelgo la chamarra barata de pluma de ganso que ayer me regaló un amigo que regresó a México.

Pasan unos segundos y el ponente pide que alguien encienda la luz. Mira brevemente la computadora y sus conexiones sin atreverse a tocar nada, se levanta y llama la atención del auditorio con una mano:

—¿Alguien sabe de este tipo de aparatos?

Un chico se para y camina hacia nosotros.

Yo me quedo pensando que en Italia una llamada de auxilio como esta hubiera producido una romería de sugerencias y gritos de ayuda desde el público; en México muchos mirones e improvisados hubieran

acudido a revisar la computadora y otros a observar el trabajo de los que la revisaban. Aquí, a excepción del que sí sabe del asunto, todos los demás siguen tranquilamente con las narices en lo suyo; intento hacer lo propio y descubro en mi sudadera cientos de canutillos y plumas blancas de la maldita chamarra pegadas por la electricidad estática.

Pareciera haberme alistado para ir de pollo gigante a una fiesta de disfraces. Me ruborizo y trato de sacudirme las plumas a manotazos discretos, pero los canutillos se incrustan aún más. Hay que pizarlos uno por uno. Intento durante unos minutos, son cientos y apenas se nota un cambio, mas al pie de mi asiento algunas manchitas blancas demuestran mi esfuerzo. No sé por qué, pero siento las miradas del auditorio, imagino comentarios o chistes. Cada vez me vuelvo más consciente de que la disposición del espacio obliga a los ojos a confluir a este centro que ocupó yo. Decido quitarme la sudadera a pesar del frío, pero las plumas también se han pegado a la camisa; cuando muevo los brazos unas cuantas caen haciendo eses y ochos hasta llegar al suelo, formando el nido de un gran pájaro mexicano que empolla las sonrisas de una audiencia elegante de abrigos negros.

El técnico improvisado ha arreglado el desperfecto y yo pienso con alivio que se apagará la luz; sin embargo, el ponente avisa que cambiará la estructura de la charla y trabajará con la luz encendida para recuperar los minutos perdidos. Entonces me digo a mí mismo que mi aspecto ridículo no interesa a nadie aquí, que a nadie le importo

aquí; una vez que pienso en esto sonrío, no hay más vergüenza: el pudor es una emoción social y la ventaja de ser un paria es que uno está fuera de la comunidad.

Así que los reflectores y las miradas seguirán sobre nosotros, esto es: sobre el ponente y yo. Me repito que nada debe incomodarme, pero las plumas me pican y no dejo de moverme en mi asiento, por ello miro de reojo algunas veces hacia atrás y para cuando el ponente empieza a hablar estoy seguro de que el cuerpo escultural de mi compañera no está sentado en las butacas de este auditorio atiborrado, porque me he equivocado de sala.

La ausencia de la hermosa sólo quiere decir que estoy oyendo una disertación sobre un escritor alemán que no me importa. Recuerdo ahora que no he terminado mis tareas del día: tengo que dar formato a una sección de capítulo; tengo que leer un artículo de ¿Iser?... no, de Iser no, de otro; tengo que ir a recoger a Dante a la guardería; tengo que dar mi clase de español y, por supuesto, antes tengo que prepararla. Si pudiera, incluso escribiría un par de *emails*.

Para abandonar la sala llena tendría que levantar a los ocupantes de las butacas de mi alrededor y caminar en medio de todo el mundo dejando una estela de plumas detrás de mí. Así que mejor pensar positivamente y entrenar mi atención con —aunque no me importe— la idea que el maestro está exponiendo minuciosamente durante minutos interminables... para apuntalar su análisis hace un repaso breve de un tema de teoría literaria. Yo atento me pregunto qué significa lo que dice, ¿que

el lector ideal (el hermano, el semejante, ese hipócrita para el que se escribe) es imaginario, pero que sin él no habría oportunidad de que el escritor fuera tal? Esto es: ¿que sin el lector el escritor no sería?, algo así. Vale, no sería. Espera, ¿No sería qué?, ¿se está diciendo que gracias a un lector que no existe, el escritor cree existir?, ¿que el lector ideal es para el escritor como el amigo imaginario de la niñez?

Cuando todo termina encuentro a mi compañera saliendo del elevador. Me pregunta por qué no asistí a nuestro seminario, le cuento que me perdí y le pregunto qué vieron.

—Algo sobre Heidegger, ya te imaginas, esas cosas que todo mundo sabe —habla sin afectación y amablemente cambia de tema—. ¿Y tú que viste en tu seminario equivocado?

Yo, que no entendí nada, intento camuflarme:

—Lo mismo que tú o algo que da igual.

Las revisiones teóricas que a veces nos enjaretan algunos compañeros no son sino jerga común, así que ella me cree y asiente apuntando los ojos al techo y, luego, por unos segundos, los descansa sobre mí.

Yo adivino su siguiente pregunta:

—¿Y tú por qué estás cubierto de plumas?

Pero esto no me lo dice: es demasiado británica para hacerlo.

Querido César:

Para mí, el realismo mágico es Inglaterra.

Desde México me inscribí en un “Lab” de escritura creativa que incluía: entrada a los eventos de un festival con clases magistrales, cursos con autores residentes, conferencias, mesas redondas, exposiciones, talleres. Uno de los requisitos era presentar una muestra de escritura para una sesión con un consejero editorial y yo traduje lo mejor que pude algunos de mis textos que envié por email. El evento duró cosa de una semana.

El tercer día del Lab se presentaron los consejeros editoriales para el one-to-one. Me tocó ser el primero de la lista. Algún compañero advirtió que la experiencia podría ser traumática; así que me preparé para recibir un varapalo. Sin embargo, mi consultor resultó ser un hombre amabilísimo que encomió mi trabajo, que me contó que lo había enseñado a otro consultor a quien le había encantado y que aseveró que con una buena traducción sería absolutamente publicable. Dijo que, si el director de la editorial Penguin lo leyera, lo publicaría; pero que la posibilidad de que llegara a él sin intermediación de la persona correcta era una en un millón. A pedido mío accedió a darme dos nombres, pero sugirió evitar a los agentes, pues cobran un buen porcentaje del dinero del escritor.

Todavía absorbiendo la entrevista fui al Open House del Lab y me puse a conversar con uno de los escritores en residencia y una compañera del grupo. Me preguntaron sobre la entrevista, conté el suceso sin entender su dimensión y les mostré la traducción de mi trabajo. Él la leyó en silencio y luego recordó autores latinoamericanos que le gustaban, sugirió analogías que impresionaron a la compañera, pero confundió el trabajo de Borges con el de García Márquez.

Por la tarde, cuando regresé al Lab, varios compañeros me felicitaron por el resultado de la entrevista y, según ellos, la próxima publicación. Hablaban como si yo hubiera conquistado el Everest editorial; yo agradecí sus parabienes repitiendo para mi coleteo que en realidad sólo vengo a hacer un doctorado.

La mañana del día que empezó el festival, una multitud de escritores no publicados llenaba las butacas del foro. Los autores de una mesa redonda ofrecieron la sabiduría de quienes han aprendido a sufrir el camino hacia la profesionalización:

—Podría tapizar mi casa con las cartas de rechazo que he recibido; después de mi primer libro fue menos difícil publicar el segundo, pero las dificultades subsisten incluso ahora que voy con el séptimo —dijo alguno.

Otro habló de la obra que lo hizo internacionalmente famoso:

—Una editora de libros para jóvenes me envió una carta que era un mero exabrupto: cómo me atrevía a

tocar ese tema en ese contexto, ella jamás publicaría algo como eso... Cuando terminé de leerla tenía una certeza: el libro me pondría en ligas mayores, pues ningún profesional reacciona así a menos de haber sido tocado profundamente.

En los pasillos del edificio, un aura luminosa distingue a los autores publicados de aquellos que aún persiguen confirmación. A veces se puede notar una discreta condescendencia y un dejo de superioridad de los que tienen contrato con respecto de los que no y, entre estos, a algunos que se comparan a los publicados concluyendo las cuentas favorables del amor propio. Pero estos extremos no conforman el clima predominante, sólo son el río subterráneo. En este país, la publicación por una editorial de prestigio es un bautizo profesional; las ediciones de autor no cuentan, a menos que la calidad o la suerte hagan que el mercado cambie de opinión. La meta es publicar y persistir, pues aquí una carrera de escritor sí es una forma de ganarse la vida, aunque el escritor de éxito gana en promedio un 70% de lo que ganaría desempeñando otro puesto de la misma responsabilidad. Por supuesto que hay historias personales más tristes que esta estadística, pero el contraste con nuestro país es brutal, pues en México escribir y publicar tan sólo es una forma de suicidarse de hambre con una guinda en la egoteca.

La siguiente jornada fue de los editores:

“En Francia todos los escritores son importantes; en Estados Unidos sólo los escritores exitosos son importantes; en Inglaterra ningún escritor es importante y

en Australia tienes que explicarles qué es un escritor”.

El mercado editorial mantiene un equilibrio precario; sin embargo, nadie apoya y trabaja más por el éxito de los autores que los editores, simplemente porque eso es lo que más los beneficia.

Los traductores hicieron una elegía: el 98 por ciento de lo que se publica en lengua inglesa está escrito originalmente en inglés; el mercado es una cámara de eco que no está interesado en otras lenguas. Pero hay que tender puentes, pues la lectura es una forma de comunión con los demás; un hábito íntimo que implica otra manera de estar con los otros —quizá una más profunda, más intensa. Uno se construye y se delinea a sí mismo en la profundidad de las voces y el gusto de las ideas; en las palabras de otros que están lejanos o que nos precedieron, luego puede retornar siendo más uno mismo... El discurso era triste, lindo y significativo: en una sociedad lectora la reserva y la privacidad son una manera de ser con otros; en México, con menos de un libro anual per cápita, leer es alejarse de los otros y de su orilla común, allá todo lector es un naufrago.

Los rostros del público se alargaban y yo ponderaba las ventajas de no asistir a las conferencias sobre el proceso de publicación y regresar a la hora del almuerzo (prepagado) cuando se me aproximó un hombre vestido elegantemente:

—Hola, soy Peter Tallack, agente editorial. Un par de conocidos me hablaron de tu libro. Me gustaría que nos pusiéramos en contacto.

Un abordaje tan inesperado despertó la suspicacia del ranchero paranoico que vive en mí, pero después de dos o tres frases pude estar seguro de que él no se estaba equivocando de persona e intercambiamos direcciones de correo. De regreso a casa me di cuenta de la rara fortuna de un evento como ese: en las conferencias había oído hablar de contratos y adelantos monetarios, y más que el ‘éxito’ literario me entusiasmaba la posibilidad de vivir menos pobremente gracias a la literatura.

Cuando le conté a Juliet no podíamos acabar de creerlo, de hecho, ahora que lo escribo hasta me parece que estoy contando una mentira, una de esas en las que un inmigrante inventa una historia feliz para ocultar una realidad tortuosa y triste que –por la fortuna de la distancia– nadie de sus seres queridos podrá descubrir.

Al día siguiente había quedado de salir a la hora del receso para encontrarme con Juliet en la biblioteca Millennium –todo está cercano en el centro de la ciudad. Mientras ella iba al mercadito, yo me quedé paseando a Dante entre los puestos que se organizaron ad hoc por lo del evento, ya sabes: exposiciones, chucherías culturales y libros, muchos libros –algunos presentados por los autores, que los firmaban mientras sonreían a sus fans.

En algún pasillo me topé con Catherine (cuyo apellido no recuerdo), otra escritora en residencia, quien se mosqueaba entre sus libros de historia e investigación, sin que nadie le pidiera firmas. Intercambiamos saludos. Le dijo algo a Dante y este la miró fijamente

desde mis brazos; ella le volvió a decir algo y él la siguió observando; yo, en español, le dije a Dante que ella era una amiga. Catherine preguntó mientras estudiaba las reacciones de Dante:

—¿Tu niño habla dos lenguas?

—De hecho, no habla ninguna: es un bebé.

Catherine intentó explicar su pregunta, pero dándose cuenta de que le tomaba el pelo se relajó y la conversación se abrió. Le conté lo de mi día anterior, ella me dijo que nunca había oído que un agente se le aproximara a un escritor; que conseguir uno era en sí algo sumamente difícil, que en su caso publicar había requerido mandar su texto a 11 casas editoriales, que yo le estaba contando algo espectacularmente bueno, que muchas felicidades y todos los etcéteras del caso.

Cierro esta carta recordando que Catherine dijo que, si los agentes consiguieran contrato, entonces las posibilidades de iniciar carrera escritural serían ‘prometedoras’. Es decir, habría promesas: lo suficiente en un mundo que se construye de sueños como el de la literatura. Es difícil mantener los pies sobre la tierra y no permitirme sueños de tonto, aunque bien mirado todo se remite a una aspiración tan modesta como la de conseguir un trabajo. Así que conseguiré una buena traducción, mandaré un correo y me pondré como el coronel que espera carta para salir de muchos de mis apuros actuales, y empezar otros. A pesar de estas incertidumbres, esto es el mejor de los mundos posibles, por el momento.

Recibe un saludoso cariño desde acá,

Marco.

4

Queridos Araceli, Víc, René, Rafa, Álvaro, Hiram:

Una vez leí una historia en la que un científico era contratado por una civilización extraterrestre para cuidar animales, transportados en una nave desde nuestro planeta hasta el suyo. Al regresar se encontraba con que se le había despedido de su trabajo por considerarle un posible espía. En su exceso de tiempo libre, el científico escribió un libro sobre la experiencia de su viaje; hecho que a la sazón le convertiría en el hazmerreír de la galaxia, debido a su primitiva interpretación de la tecnología alienígena, y en la mayor vergüenza de la Tierra en su recién iniciada historia de relaciones interplanetarias.

La historia guarda, para mí, ciertas similitudes con la relación de un área geográfica como la nuestra y uno de los países europeos como Inglaterra (supongo que la situación debe ser la misma con respecto a Francia y Alemania). Vistos desde la perspectiva de los prejuicios de gente que no viaja, como puede asegurarse de la mayoría de los mexicanos, los europeos son como alienígenas que probablemente se reirían no sólo de la versión que tenemos de ellos, sino —sobre todo— de la

que popularmente tenemos de nosotros mismos. Decir que los humanos son muy similares los unos a los otros en cualquier latitud o afirmar lo contrario son generalizaciones que –por supuesto– tienen elementos de verdad, pero que hilando fino son siempre inexactas. La mayoría somos como el científico del cuento: en cuanto aventuramos una interpretación, caemos en deformaciones de perspectiva.

Lo que nos convierte en alienígenas los unos para los otros es el desconocimiento mutuo y la mala información –elementos que constituyen la esencia de los estereotipos con que solemos pensar a los demás para evitarnos la fatiga de conocerlos. Ciertamente los viajes ilustran, pero con facilidad degeneran en turismo de restaurante y foto junto a templos y catedrales –si no se trata de entender de veras a la gente que los ha construido. Lo medular de la cultura ajena no se nos abre paseando entre sus monumentos; con frecuencia estos paseos sólo nos sirven para confirmar nuestros prejuicios sobre los otros.

Claro que también están los libros, la música, la comida. Aunque todo eso nunca será definitivo, sí es una vía para completar el espejo que son los demás, con el que podremos contemplarnos a nosotros mismos como seres humanos. Estoy enarbolando un cliché, pero creo que –sin afirmar que es indispensable moverse físicamente más allá de nuestras fronteras– quien sólo intenta conocer bien su cultura, en realidad no conoce ninguna.

No quisiera ir demasiado lejos con mis pocas semanas de inmersión total, así que debo recalcar que todo esto es refutable o corregible, pero las impresiones deben decirse como vienen para no dejar de ser lo que son.

Les beso a todos,

Marco.

5

Araceli:

La señora de la ventanilla resopla, mueve la cabeza, voltea los ojos hacia arriba mostrando el blanco por unos segundos y alza la voz casi hasta el grito:

—Que así no puedo mandar tu paquete. Llévatelo, cuando esté listo, regresas y entonces con todo gusto te atiendo.

Desde mi posición veo al hombre que estruja un papel entre las manos y escucha con infinita concentración.

La mujer ha terminado de hablar, pero el hombre espera un largo instante para estar seguro; sólo entonces se acerca con ojos interrogantes y extiende el papel sobre el antepecho para que pueda verlo la señora; lo lee con un acento fuertísimo y vuelve a mirar hacia la ventanilla con ojos anhelantes.

La señora repite sus palabras sin modificar una sílaba, pero su voz se ha hecho gruesa y lenta, como si el so-

nido fuera una pasta, como si quien hablara fuera una idiota; luego empuja el papel hacia el borde de la tabla y endurece una mirada gris, como los cielos isleños, tan fría como ellos.

El hombre asiente, sonrío como si hubiera sido esclarecido, luego asiente otra vez, retrocede un par de pasos mirando su papel y se le ensombrece el semblante. Se agacha a recoger sus cosas del suelo y abrazándolas contra su cuerpo da la vuelta y se va.

Yo siento su humillación.

Afuera de mi ángulo visual, hacia mi espalda, se alza la voz de otra mujer:

—Estos extranjeros son realmente estúpidos: no se lo podías haber dicho más claro.

La de la ventanilla responde:

—Y vienen en multitudes, no entiendo qué hacen en la universidad.

La cara me escuece de indignación y vergüenza entre las estanterías donde me encuentro agachado entre útiles y papelería escolar. He de levantarme y las mujeres verán que no estaban hablando a solas. He de decirles algo, llenar con el reclamo o la diatriba el vacío que me dificulta la respiración.

Se me acelera el pulso.

Me vienen decenas de cosas a la cabeza; sin embargo, entre ellas no está la ironía elegante o despiadada; sólo veo los gestos que a veces produce mi acento en los otros y, también, la dolorosa lentitud con que mi madre reconocía en los anuncios del periódico algunas letras

que había aprendido de mis hermanos y yo cuando aprendimos a leer apenas.

Y veo que me levanto de pronto sin tomar ni comprar nada y, sin voltear, me apresuro hacia la puerta de salida, hacia la intemperie, hacia el silencio.

6

Hiram:

Hace días que nieva en las mañanas y en la tarde cae un granizo fino, bonito, que cubre las calles como de bolitas de unicel. El frío está del carajo, pero la gente está contenta haciendo muñecos de nieve, jugando con los niños. A los muchachos de la uni les da por hacer batallas de bolas de nieve y a pesar de la temperatura a veces encuentras a algunos de ellos en shorts.

Hace unas semanas a Dante lo contagiaron de gripa, que evolucionó a una infección de la garganta y del estómago que lo tuvo con diarrea la semana pasada. Antes de todo eso tuvo conjuntivitis. Así que al final de la secuela el pobre de mi hijo lucía unas rodillas gigantescas y unas piernas delgaditas que daban lástima. Hace días apenas se sostenía al caminar, pero su ánimo ahora está más pasable y parece que la enfermedad ha terminado, pero nosotros hemos estado con mucha angustia...

Por otra parte, debido a que estuvo todo el tiempo en casa, la mamitis se le exacerbó y cuando según su

juicio no tenía la atención debida, empezaba unos be-
rrinches estilo la peli *El exorcista*. Pensamos que cuando
mejore y vaya otra vez a la guardería con regularidad,
todo volverá a ser normal... por ahora después de dos
o tres días de buen comer empezó a ganar peso de in-
mediato (se le ve el aumento en la pancita, ya ves que
todavía es un triponcito). Aparte de sus flacuras y sus
enfermedades, ya ha empezado a usar más palabras, a
ser más interactivo con nosotros, a repetir algo de vez
en cuando. Como en la casa se habla castellano, su vo-
cabulario en este idioma ha aumentado bastante, pero
el inglés lo pesca dondequiera.

Claro que esto es un decir y no pasa de un par de
decenas de palabras que usa con mucho sentido (esto
es, pocas pero efectivas), dice: *'there'*, *'down'* (aunque
esta palabra es usada también significando 'arriba'),
'that'. Desde hace mucho ha usado 'no' (antes de hablar
ya negaba con la cabeza) y ahora dice 'sí' (aunque su
pronunciación suena más como un 'shi'). Ha cambiado
'eche' (leche) por *'milk'* (que pronuncia *'molk'*); dice 'buts'
(*books*), 'bots' (*box*), 'bibit' (*frog*), *'piglet'* (el amigo de
Poh), dice 'Poh' y *tigger* es 'tigga'. Popó es pupu o popó
(cambiando de inglés a castellano indistintamente). Dice
'pan', 'evo' (huevo); 'aga' o 'gaga' es agua; 'nana' es bana-
na; 'aca' es vaca; 'beedth' es *bird*. Contesta a la pregunta
'cómo estás' diciendo 'ben' y si está de broma dice 'mal'.
Y cuando aplaude de contento dice 'avo' por 'bravo'.

En este momento no quiere estar conmigo porque ha
visto entrar a su mamá. Y Juliet lo toma y lo carga y lo

mima. Aún recuerdo el día que ella y yo nos miramos a los ojos con una certeza feliz y temerosa: “vamos a tener un bebé”. Cultivamos nuestro embarazo con cariño y dedicación, nos preparamos para el parto como para una cita romántica con la felicidad familiar. Sólo después de miles de pañales cambiados, insomnios y encierros en el cuidado intensivo de un lactante, nos dimos cuenta de que nos habíamos equivocado, no teníamos un bebé en nuestros brazos: ¡el bebé nos tiene en sus manos!

Te quiere,

Marco.

7

Nachito:

Una vez vi una cabeza olmeca en la foresta, un monolito gigantesco perdido entre las centurias. Un signo filosófico con aire tenue de universidad: la inteligencia como lo distintivo de lo humano. No obstante, el monolito es un homenaje remoto y la universidad es un proyecto –uno de los proyectos que más esperanza ofrece a la sociedad. En Latinoamérica, el intento de educar a la inteligencia engalana la selva de nuestras derrotas sociales: el abandono y desinterés del proyecto de la educación universitaria es un signo de la ruina de nuestros países.

Acá no todo es miel sobre hojuelas: la suerte de las universidades británicas ha sido dejada a merced del mercado. Mientras los departamentos de tecnología venden sus servicios al mejor postor; los de arte, humanidades, sociales, muchos de ciencia (por ejemplo, astronomía, química, etc.) pasan las de Caín para conseguir fondos. Algunos están cerrando. La educación universitaria no está protegida contra la lógica de la oferta y la demanda. Hay mercancías que no pueden competir en situaciones de igualdad en las sociedades de masas. La cultura, la educación, el pensamiento, el arte, son, como siempre, asunto de los idealistas.

Las gigantescas cabezas olmecas son un guiño desde la concepción filosófica de una civilización extinta hace miles de años y, nuestras universidades, un valeroso intento por orientarnos en la selva humana de nuestros días.

Abrazos de...

Yo.

P. D. Mi supervisor es un hombre brillante, cuya voz de cantante de ópera ofrece consejos especializados sin la pesadez del discurso académico. Con un talante serio y amable, desde el primer día estableció el mínimo requerido para un proyecto de doctorado: “el inglés debe ser perfecto y tu investigación colocarte entre los cinco especialistas más importantes de tu área en el mundo”.

Se le ve siempre con las perneras del pantalón dentro de los calcetines desde que llega a la oficina, cuando recorre los pasillos, da cátedra, coordina juntas, asiste a eventos y, al terminar la jornada, cuando vuelve a montar la bicicleta. No es neurosis trabajólica, tampoco excentricidad, es una de las personas más sencillas que he conocido (me enteré de que es un *rockstar* de su área hasta que alguien, en un congreso en Oxford, sugirió hacer tesis sobre su pensamiento). Más bien es un híbrido de artista y profesor que modela con desparpajo su desempeño de nigromante en la vida diaria y en el laboratorio de nuestro pensamiento. Y uno no puede más que comportarse en consecuencia e intentar ponerse a la altura de su sencillez y su enseñanza.

8

Querido Víctor:

En verdad estoy disfrutando los compromisos de este posgrado. Las obligaciones formales son casi inexistentes, todo ocurre en una especie de ‘ambiente’ donde pasan muchas cosas de provecho para la investigación. Desde mi perspectiva esto es una especie de fiesta: foros, talleres, seminarios, conferencias, encuentros, festivales, lecciones impartidas por especialistas de renombre mundial, amén de los recursos de un sistema bibliotecario eficiente; claro que también hay actividades

de esparcimiento –lo malo es que todas cuestan-. Lo importante es administrar los recursos en función de *tu* proyecto, pues nunca da tiempo para todo.

(Con frecuencia tengo dudas sobre mí, que ha habido un error a mi favor, que estoy ocupando el lugar de alguien que sí merecía estar aquí –he oído decir a un profesor que él ha tenido la misma sensación durante años, pero el mal de muchos no me reconforta–, confieso también que siempre agradezco esa equivocación, imaginaria o no, y me dirijo a la fiesta de mi esfuerzo con gran contento).

La referencia para orientar la libertad de tu trabajo son los estándares de un sistema de revisión en que participarán especialistas de otras universidades. Me explico: tu tesis y el trabajo de supervisión serán evaluados el día de tu examen doctoral; ese día estarán en juego no sólo tu grado, sino también el prestigio de tus asesores y de tu institución. En México el examen suele ser un formalismo posterior al proceso de revisión, aquí no: el examen es el punto culminante del proceso examinador, hay algunas tesis que no ameritan el grado y casi todas las demás suelen ser dictaminadas para un proceso de correcciones.

En este sistema la libertad no es una libertad de, sino una libertad para: un voto de confianza, una prueba y una condición indispensable para hacer investigación. Esto puede ser la premisa de un desastre para alumnos de países con modelos educativos tradicionalistas, en los que se concibe y prepara al estudiante como receptor

pasivo de información y no como aprendiz participativo. A estos alumnos el doctorado se les suele alargar, extralimitando su periodo normal o no logrando el grado. Es fácil entenderlo: sin obligaciones impuestas por otros, no atinan a darse directrices efectivas y sufren la libertad del sistema como una mera falta de guías y una pérdida de rumbo. Hace un par de días una compañera mexicana presumió su reciente viaje a la India: “si no aprovecho esta oportunidad ahora, entonces cuándo” –dijo poniendo unas fotos sobre una banca– yo abandoné el lugar para no espetarle que la oportunidad es la beca de estudios que el pueblo de México le está pagando.

La casuística de esta clase de alumnos extraviados en la libertad sería diversa, pero hay un grupo sintomático de la educación mexicana: el conformado por quienes no vienen a participar de un proceso de aprendizaje e investigación, sino a presenciarlo. Aquellos que no perderán sus ojos de turistas ni adoptarán su papel de migrantes de sistema educativo. A algunos de estos se les puede reconocer en México, porque ponderan en exceso las apariencias que los deslumbraron, delatando su ansiedad de estatus –los que se sienten la sucursal de ultramar de la universidad en que alguna vez estuvieron inscritos–; también hay esos cuyo único indicio que prueba estudios en otro país son sus fotos de recuerdo.

La mayoría de los extraviados corrigen el rumbo en algún momento, se readaptan al sistema educativo y terminan su grado. Sin embargo, también existen

defraudadores empedernidos, mis amigos mexicanos sospechan de dos... El primer caso es un poblano que declara: *a)* ser irlandés y *b)* su menosprecio por México. Según él decía tan pronto se naturalizara –vía un derecho de descendencia– se iría a vivir a Irlanda; pero los cálculos le fallaron por un par de generaciones, por lo que tan pronto como reprobó su examinación anual tuvo que regresar a México. Pocos mexicanos soportaban su actitud, por lo que no hay muchos que sepan algo, pero ellos aseguran que, a pesar de haber sido expulsado del doctorado, por alguna artimaña sigue recibiendo la beca del Conacyt y trabaja como asesor de un político costeño.

El otro caso es una mexicana que aparecía en cualquier fiesta de estudiantes. Nadie sabía su procedencia ni su ocupación, algunos creían que era una excéntrica viajando por Europa que había decidido quedarse en Norwich por algún tiempo; otros más sospechaban que era una becaria que nunca se había presentado a la universidad y que falseaba documentos para seguir recibiendo su mesada. Yo no la conocí hasta que un día, en la biblioteca, se acercó a contarme que era víctima de la burocracia universitaria que le negaba un documento para tramitar su ingreso a un programa doctoral a Nottingham, lugar que le gustaba mucho. Su frustración era tanta que había decidido ir a México a arreglar todo; después supe que, debido a esa visita al país, Conacyt se comunicó con nuestra institución, esta les informó de los incumplimientos de la chica y

le cortaron la beca. Ella sí regresó a Norwich, pues se había casado con un yonqui inglés y quería inmigrar y trabajar aquí, pero ante su falta de dinero el yonqui se puso violento y ella terminó yéndose de la ciudad, esta vez quizá a Nottingham.

Abrazos,

Marco.

9

—Marco, Marco, ¿eres tú? — la chica adelanta las palmas hacia mí. Intento adivinar de dónde la conozco mientras me saluda con besos en las mejillas.

Es demasiado expansiva para ser británica, pero mi incapacidad para identificar acentos anglosajones me deja sin pista de su procedencia (¿australiana?).

—¿Has terminado tu jornada de hoy? — mira la hora en su celular y agrega: ¿Te puedo acompañar?

Me toma del brazo con naturalidad, luego prosigue en tono confesional:

—Hablé a mi novio de tu proyecto. Él quisiera conocerte, dice que es posible hacer dinero si lo publicamos con un formato adecuado para *mind, body and soul*.

Nos acomodamos cerca de la barra, ella no ha pedido nada y habla sin interrumpirse. Yo me refugio tras la taza de café cada vez que puedo.

—Pensamos que lo mejor sería una edición pequeña y elegante. Un libro objeto de calidad, de los que se ven en la caja de pago a la hora de la fila, pero replanteando las convenciones del género de autoayuda. El mercado editorial hispano en Estados Unidos está creciendo —dice.

Pregunta por la región de la que vengo, pero antes de que yo pronuncie más de dos frases apunta:

—Debes mejorar la traducción con un hablante nativo.

Luego inicia un excursio sobre la sabiduría de los antiguos mexicanos, de su conocimiento del universo, de la naturaleza y las matemáticas, de su arquitectura. Habla con convicción y desenvoltamente; por ello no me atrevo a decirle que Machu Pichu está en Perú y que los Incas no habitaban México, como ella da por sentado en su perorata.

Vuelve a mirar la hora y dice que su novio la está esperando para cenar, apunta mi email y jamás vuelvo a saber de ella.

10

Álvaro:

De nada sirve alegar que mi torpeza en la formalidad epistolar inglesa será recibida como un rasgo de mi extranjería y, quizá, vista con indulgencia; Juliet se escandaliza con mis cartas y me hace recomendaciones exactas sobre la

gradación de las fórmulas estándar para dirigirse a alguien. Sus consejos me van revelando un celoso entramado de códigos culturales para el comercio social inglés, del cual no me asombra tanto la precisión con que las fórmulas indican distintos grados de familiaridad, sino el hecho de que tales convenciones le parezcan naturales y que su falta en la observación le parezca imperdonable —esta no es sino una manera de ser nacionalista que los ingleses confunden con buenos modales.

Cuando recién nos conocíamos Juliet me dijo, en su acento británico, que ella no tenía acento. También me dijo que ni la música ni la cultura inglesas existían en cuanto tales —yo mencionaba a los Rolling Stone o los Beatles, para sugerir que la música tradicional y la popular es lo mismo en esta nación—. Los ingleses tienden a pensar lo inglés como lo estándar, para no decir lo ‘universal’; supongo que todos tendemos a lo mismo, pero la cultura mexicana es un exotismo y no una marca de exportación.

En fin, regreso a la precisión formularia para ‘el comercio social’ (me gusta esta expresión, tan británica, supongo). No sólo la expresión epistolar está determinada por convenciones estrictas. Creo que lo que nosotros pondríamos en gesticulaciones, ademanes, tonalidades e interjecciones, los ingleses intentan expresarlo lingüísticamente. Esto es: sin violentar la tersura de su intercambio lingüístico enuncian sorpresa, pasmo, indignación o lo que sea el caso (“me parece que eso no es apropiado”,

“guarde su distancia, por favor”). El condicionamiento de embutir verbalmente las emociones requiere de un esfuerzo por controlarlas y cierta rigidez que aleja de la expansión y el relajamiento. Ello explica que se les eche en cara su falta de espontaneidad, o incluso su hipocresía, por no demostrar sus pasiones sino mediadas por las fórmulas aceptables de la civilidad. Nada más lejos de los arrebatos de nuestra emocionalidad.

Un amigo catalán que se enerva con esa flema me ha dicho varias veces: “estos ingleses no saborean la vida, no la sienten... ya nos aprenderán algo”. Aunque los españoles tienen todos los motivos para ser modestos, muchos se resisten a esa virtud. Yo discrepo de su pontificación y pienso que entre las mejores cualidades británicas se cuenta el sentir en serio, pensar en broma y hablar con elegancia; en cambio, con los ibéricos —y ese es nuestro infortunio—, se habla demasiado, se piensa con apresuramiento y se siente todo y demasiado pronto... Perdón por el excursus, ya regreso al punto. El dolor, la pasión, —la emoción, en fin— son universales, pero las formas de expresarlas son culturales.

Quizá la importancia que se otorga a la civilidad y a los modales se origine en la necesidad de comercio que históricamente ha tenido la isla. De ahí que la buena negociación sea vista como una victoria. Negociar con el otro no es por principio —como a veces pareciera en países hispánicos— una oportunidad de demostrar poder imponiendo las condiciones al adversario más

débil. En teoría rinde más, a largo plazo, negociar una ganancia mutua; claro que, en la práctica, la historia está repleta de violaciones a esa regla. En general los modales del imperio son mera cosmética (ya sabes: la hipocresía es un homenaje que el vicio rinde a la virtud), pues el colonialismo permite la aplicación de un doble estándar con respecto a los asuntos interiores o los exteriores: en aquellos se puede defender la teoría, en estos aprovecharse del otro en la práctica.

En fin, ¿qué más te puedo decir que despedirme sin modales con un abrazo fuerte y caluroso?

Marco.

P. D. Cuando tiene ganas, Dante repite cuanta palabra oye, aunque no la entienda, y ya liga una palabra con otra, por lo que empieza a ponerse realmente divertido.

11

En una posada de Escocia, Jorge y Clara quieren aderezar las papas francesas con un poco de salsa cátsup. La mesera les dice que no les puede ayudar en eso. Jorge no sabe si la disculpa es absurda o grosera, e insiste: “cátsup, *please*”.

—La cátsup es un producto gringo, de seguro que lo conocen —razona Clara.

La dueña llega a verlos y ellos ofrecen sus mejores sonrisas y con las manos aprietan y sacuden de arriba hacia abajo el cuello de una botella imaginaria:

—Cátsup, *please*.

Mientras se zangolotean, notan un ligero parpadeo en la cara de la matrona, quien una vez recuperada la impasibilidad les explica:

—*Sorry, my dears, but in this country we don't eat cats...*¹

12

Querido Víctor:

“Ningún hombre es una isla, excepto un inglés”, dijo...
¿Novalis? En fin, Inglaterra sigue siendo insular, pero el significado de esta oración ha cambiado.

Hace tiempo Thomas Bernhard decía que los ingleses estaban tan crecidos que no se podía caminar en la misma acera que ellos. Desde la Segunda Guerra Mundial son mucho más humildes. Ganaron la guerra, pero perdieron el imperio, y con ello perdieron el estatus de centro del mundo. ‘Great Britain is not great anymore’, me dice la nonagenaria abuela de Juliet y me hace recordar una anécdota que contaba una profesora mía. La historia es la siguiente: cuando mi profesora

1 Lo lamento, queridos míos, pero en este país no comemos gatos.

vivía en Alemania, le desagradaba la presión constante que la escuela ejercía sobre los niños; a estos se les remarcaba constantemente: “deben hacerlo mejor que nadie, pues ustedes son los mejores del mundo”. A mi profesora le fue grato mudarse a Inglaterra, encontrar que los maestros eran rigurosamente profesionales, pero flemáticos y que los niños se esforzaban sin presión aparente. Así se lo hizo saber a una maestra:

—Me agrada que, a diferencia de Alemania, no estén marcando siempre a los niños que son los mejores del mundo.

La maestra la miró por un segundo y levantando los anteojos para mirar por debajo de ellos respondió:

—No es necesario decírseles: ellos ya saben que son los mejores.

La anécdota coincide con la imagen que en México tenemos de los ingleses: muy influida por el cine hollywoodense y su gusto por villanos británicos de la época victoriana. Mas yo no podría testimoniar aquellas conductas como sintomáticas de lo inglés. Los nativos no me parecen ni arrogantes ni estirados; posiblemente las cosas han cambiado en el transcurso de unas generaciones y se ha terminado la insularidad de la autosuficiencia. Desde mi perspectiva, el estilo del aborígen actual es poco expansivo, relajado, inclinado a remitirse y a expresar principios y reglas que normen la cosa social y el trato en los espacios públicos. De cierta manera, con respecto de la privacidad de los otros, el inglés es respetuoso hasta la frialdad.

A pesar de los cambios geopolíticos de poder, el hecho es que siguen en una isla y si su cultura se salva de la autorreferencia es debido al amplio y constante intercambio con los Estados Unidos —esta es la relación de fuerzas que los ingleses suelen tener en mente. Las diferencias de modelos educativos, políticos, de salud, de medios de comunicación, son discutidas con una frecuencia como estudiando y confirmando esas diferencias o como con la ansiedad por una posible asimilación. La cultura británica se debate entre su raigambre europea y la conveniencia de sus negocios con los norteamericanos. Las sociedades liberales europeas edificaron sus ideales democráticos desde un pasado aristocrático; pensaron la democracia como una extensión de esos ideales hacia la mayoría de la población. La educación y la cultura son parte de esos ideales: el sueño del trabajador que después de la jornada regresa a disfrutar de la lectura junto a una copa de vino. Con EE. UU. uno tiene la impresión, en cambio, de que la democracia nació de los sueños del populacho; las clases altas son nuevos ricos, no viejos aristócratas. La pompa y oropel norteamericano son —brutalmente, diría Ibarra—: el sueño de una criada, una plebeyización de la fineza. En fin, parece uno estar hablando de la relación entre caballero de prosapia venido a menos con un nuevo rico. Uno que mira al otro como un advenedizo burdo y ordinario, el otro que regresa la mirada al pariente pobre y arrogante...

A veces me parece que estoy en una isla que teme devenir Puerto Rico.

Saludos,

Yo.

13

Alva:

En una parada de autobús se me acerca un hombre ojoso de piel cetrina, el hombre me dice algo rápido con un acento local tan fuerte que no le entiendo. Niego con la mano señalándome la oreja; el hombre da vuelta abruptamente mostrándome un puño con el dedo medio extendido y musitando improperios. Yo sonrío pensando que ni siquiera llegué a saber la cuestión; él duda, entiende que ha malinterpretado mi gesticulación, así que regresa disculpándose con ademanes que pronuncian más sus brazos flaquísimos. Ahora repite lo que me había dicho.

Esta vez oigo una fórmula para mendigar (“Ey amigo, ¿te sobran algunas monedas?”). Ahora que entiendo niego con la cabeza y muestro las palmas vacías; él vuelve a dar la vuelta haciendo un movimiento masturbatorio con la mano diciéndome: “wanker” (chaquetero) —esta es una palabra que en México no se usaría como la

ofensa apropiada para esta situación, así que en lugar de sentirme aludido me siento divertido...

Hasta para aceptar insultos tengo problemas de comunicación.

14

Araceli:

Tengo unos 20 minutos para escribirte... empiezo con lo peor, para que al final pueda despedirme de manera agradable.

Terminó mi posible romance con el mercado editorial británico: el agente literario dijo que a pesar de gustarle mucho mi trabajo y haber intentado, no tiene los contactos adecuados y no sabe cómo hacer dinero con el libro... Unos que saben de esto me dicen que el hecho de que dijera que mi trabajo le gustó mucho es para levantar la moral, pues los agentes son tan poderosos con respecto a los escritores que no suelen perder un segundo en halagos ni modales. Esto es, si dijo que le gustó, no mintió. Pero: ¿a mí qué?

Así que estoy como al principio, pero seis meses más tarde y con una decepción.

Estarás pensando que estoy de necio y que publicar es otro de mis sueños guajiros, pero te diré por qué no es así —al menos no tan así. La verdad es que las hambres de mi ego no superan las de mi bolsillo y

lo único que sueño cuando trato de publicar el libro son deseos mercenarios... mercenarios pero humildes: meros sueños de comida asegurada por un rato más y aumento de probabilidades laborales (no estoy para lo sublime mientras la cuenta de banco siga anunciando que estoy viviendo de prestado). Para ser sinceros, el amor al arte o la egotea no me parecen motivos de publicación meritorios: quiero dinero. La entrada económica cubre apenas lo mínimo y los ahorros se están consumiendo. Quisiera evitar estas apreturas constantes y esos trabajitos miserables a los que nos entregamos por unas libras.

El plan de finalizar agradablemente se me ha echado a perder —pues no veo cómo componerlo en los siguientes renglones y los pocos segundos que me quedan—; así que ya no voy a hacer el intento, pero te mando un beso y después (si me hago de algún tiempo libre) te escribo más calmado.

Besos y abrazos nuevamente,

Yo.

Hiram:

El Canal de la Mancha es llamado aquí el Canal Inglés, aunque una de las dos orillas sea de Francia. Walter

Raleigh no es una marca de cigarros como en México, ni el Guatarral –espanto horrendo que en los cuentos de las costas gallegas secuestra niños–, sino un prócer explorador con el nombramiento honorario de Sir. Si en lugar de revisar hechos curiosos uno atiende a la historia oficial, encontrará una versión benévola de los ingleses y su imperio –todo depende del punto de vista de quién hable.

En el extremo opuesto, hay mitos negativos sobre el carácter inglés que se sostienen gracias a la visión del turista. Algunos suelen creer que bajo el exterior adusto siempre se encontrará la misma distancia y frialdad –que no es una mala actitud, sólo que no hablan, porque intentan hacerte sentir como en casa y que allí tampoco han de intentar hacer amigos con nadie–; se caricaturiza a la virtud flemática de los aborígenes, diciendo que por dentro son tan apasionados como cualquier otro, sólo que la niebla interior no les permite percibirlo.

Desde mi perspectiva intramuros, disfruto el privilegio de su ternura familiar, pero entiendo por completo que desde el exterior sea difícil barruntar la calidez. En México se dice “mi casa es tu casa”, ofreciendo hospitalidad desde los comienzos de una relación; en cambio, el *motto* popular en este país monárquico es: “la casa de un hombre es su castillo”. Lo cual puede interpretarse como una afirmación de privacidad soberana: la casa de uno es fortaleza donde uno pone las reglas. En otras palabras: mi casa no es tu casa.

Araceli:

En el camino a la biblioteca, un colega me saluda con un par de frases y pregunta si ya terminé cierto trámite para el cual hoy es el último día; por mi cara supone que no, me da un par de tips y se va. Yo ni siquiera entendí el nombre del trámite ni el nombre de la oficina a que me recomendó ir, ni de los formatos que debo llenar, pero me dio vergüenza pedirle que deletreara. Entonces corro a preguntar a una secretaria, cuya amabilidad me ha sacado de problemas anteriormente. Ella revisa los archivos, me cuenta que ya hice todo la semana pasada. Me muestra la hoja firmada por mí y ahí reconozco la palabra que mi colega mencionó con un sonido que no se parece al de mi mala pronunciación, pero la secretaria supone que he venido por distracción y hace una broma tierna. Yo le doy las gracias y me voy.

Ya en la biblioteca sufro un momento de ansia, siento que nada calza. El lenguaje que antes se ajustaba al mundo atrapándolo como en una red ya no sirve; he perdido la familiaridad con el orden de las cosas, cualquier detalle puede ser una incógnita: una extraña manera de saludar, un guiño, una broma, un matiz o una complicidad inalcanzables. Habito la indigencia. Los lugares comunes y clichés de nuestra lengua dejan de servir y el mundo deja de ser familiar. El idioma local impone sus dificultades y la realidad deja de tener la

comodidad de los automatismos. Ahora hay que aprender los acuerdos que hacen funcionales a las palabras y dejar entrar a la comunidad dentro de uno, vivir en otra lengua, soñar en otra lengua.

En español las palabras son un sonido que se acopla amorosamente al mundo, son el mundo; en inglés las palabras son un juego conceptual de aproximación, y un recordatorio constante de mis limitaciones comunicativas. Cuando dialogo estoy impedido para la metáfora y el chiste, la espontaneidad me está vedada, necesito tiempo para diseñar qué voy a decir, así que cada parlamento mío presupone una pausa y hablo con huecos, sin inmediatez ni soltura, produciendo una distancia con mis interlocutores, cuyos gestos intrigados los ensombrecen un momento cuando intentan comprenderme. Y yo me expreso siempre a medias, siempre con dificultad y soy, para mí y ante los otros, fragmento de un yo que fue, un remedo de mí.

Vivo afuera de lo inteligible, con la sensación constante de actuar un guion en el que, lo que los otros dicen en inglés está subtítuloado en mi interior, como si —más que otro hablante— fuera un observador de la charla. Soy una máscara que despierta el interés o el rechazo por lo exótico. Y debo regresar a la memoria para convencerme de que yo era otro que este azoro encarnado, para saber que hay un lugar sin trastabilleos lingüísticos que subrayen la incongruencia entre la realidad que me circunda y mi mundo secreto guarecido por este lenguaje extranjero e íntimo, que existe

sólo para mí mismo y para las presencias que en mis recuerdos hablan con voces familiares. Sin embargo, excluido por lo más mío —que es esta lengua en la que escribo— cada vez que me abro a la honestidad de mis confesiones abro un abismo, desde la orilla de este idioma veo a los otros que me oyen hablando solo.

Al llegar la noche me duele la cabeza de vivir en otra lengua y de regreso a casa voy revisando mis interacciones, lo que pude haber dicho, lo que dije y lo que debí decir, deduciendo en qué momento hice el ridículo ante los demás. Sospechando los vacíos en que se asomó un agónico y tierno animal con pupilas de póstuma suavidad: la protopalabra, el no silencio, una caricia del sentido que no se hizo sonido entre el otro y yo. En esos repasos también se prevén futuras dificultades, uno se sabe en la etapa previa a toda socialización, ese limbo anterior al contrato social, sin las habilidades que acá son cosas de niños y que son la argamasa de la comunidad; uno se sabe marcado por el aura de extranjería que los otros perciben como el *bar-bar-bar* de nuestro lenguaje cultural.

Alguna vez, intentando consolarme, mi amigo David me ha contado la historia de una pareja, de un italiano y una norteamericana que vivían en España. Cada vez que el ítaló se enojaba maldecía en su lengua materna con aspavientos y una voz llena de agudos y sonidos raros; la gringa encontraba esto tan ridículo que las palabras más severas le causaban gracia y terminaba

escondida en el baño tratando de calmarse, mordiéndose toallas para aguantar las carcajadas. Eso la ponía de tan buen humor que el secreto de su felicidad conyugal fue esta incompreensión en los momentos de crisis, pues la felicidad de una familia depende de la felicidad de la esposa.

La anécdota es linda, pero no creo que un par de ocasiones de risa nerviosa me sirvan de consuelo. Aquí la realidad social se me impone inapelable. Soy mera señal de lo humano, no puedo aferrar el mundo de los otros que se me escapa a jirones en un idioma que no es el mío; así que me aferro al estudio de los libros donde gente como yo, viviendo en compartimientos estancos sin comunicación con el mundo, revisan papeles escritos por otros como ellos y para otros como ellos. Pero eso es vivir en la periferia social de no ser inglés y ser estudiante, y los plazos son largos y los resultados en poco avalan nuestra valía y nuestro sentido cotidiano. Por eso he devenido amigo de personas de las que huiría en México: la lengua materna es un canal mayor que el de la conciencia, y la cultura nos permite embonar con otros moldeados de la misma manera; no es ideal, pero, aunque no tengamos muchos qué decirnos, el medio es el mensaje.

Antes de irme, he de precisar que mi dominio del inglés avanza a saltos y retrocesos. Algunos días me siento menos incómodo, pero siempre aparecen los momentos en que no puedo expresarme a cabalidad y he de conformarme con lo que digo tal como salga,

viviendo ante los otros como un tullido lingüístico, aceptando la caridad de su tolerancia comunicativa.

Perdón por tanta queja, pero así las cosas donde la regla básica es que el estándar mínimo para el inglés de la tesis es que sea perfecto, y donde mis colegas son hablantes nativos de la lengua y escritores publicados.

Te abrazo,

Marco.

17

7 de julio

Hace poco intenté un descubrimiento, pero la experiencia me devolvió a mis prejuicios. Entré a oír “El Islam explicado a los no musulmanes”; el conferencista afirmó:

—No están preparados para las verdades del Islam, las cuales solicitan oídos meritorios. En este país preguntan siempre lo mismo y cuando les explico, simplemente vuelven a preguntarlo: ¿por qué cuatro esposas?, ¿por qué velo para las mujeres...?

Habló sobre la estulticia; espetó afirmaciones sesgadas contra la audiencia; elogió al medioevo islámico comparándolo contra el chiquero oscurantista que fue el europeo, y alegó que el progreso social no requiere más Ilustración, sino un retorno al esplendor basado

en la revelación religiosa. Construyó un pedestal para denostar y condenar, y desplegó un discurso en el que, sin compasión ni buena lógica, la ira fue sublimada a heroísmo y el otro cultural fue presentado como defectivo. Juzgando por su beligerancia, parecía que toda negociación con la otredad era indignidad o humillación y que todo clamaba por Jihad.

Al salir del auditorio vi a una compañera iraní que estudia cine y tv en la uni. Ella me saludó con un:

—Por culpa de estos *wahhabis* todos creen que ser musulmán es tener retraso mental.

Yo no sabía quiénes son los *wahhabi*, así que sesgó el comentario para echarme un cable:

—¿Creen que con esa mierda financiada por los sauditas convencerán al público más inteligente que podrían encontrar?

Luego ella vio mi cara y dijo:

—¿Qué tanto sabes tú de los árabes?

Sin esperar respuesta empezó a contarme cosas en verdad interesantes, pero yo ya no la escuché porque se me vino a la mente que, años antes, los turcos de mi pueblo se juntaban cada tarde a jugar ajedrez en una tienda de ropa; si no estaba lloviendo, sacaban sillas a la banqueta y entre cigarros y café comentaban en su lengua las partidas. La gente los reputaba de ajedrecistas invencibles.

La semana que gané el torneo de la escuela fui a buscarlos a la camisería, pero me dio vergüenza retar, por lo que sólo pregunté por una chaqueta fea de viejito;

alguien gritó un precio altísimo y después de eso no puso el menor interés en mí, yo aproveché el ninguneo para acercarme al lugar de la partida y observar en silencio. El mal desarrollo de una apertura italiana evidenciaba un nivel no pulido por el estudio. Yo había leído un par de manuales y cuando me invitaron a jugar fue fácil ganar a tres jugadores distintos en sucesión. Al final de la tarde, el dueño del local me invitó a regresar al siguiente día para retar al doctor Kuri.

En verdad no había diferencia apreciable entre el nivel del doctor y el de los ajedrecistas del día anterior, pero por alguna razón aquél tenía el estatus más alto en el grupo, por eso todos parecieron humillados cuando el doctor Kuri se levantó y con desasosiego mal ocultado me dijo: “Tengo que irme a dar consulta, pero usted ha de darme la revancha lo antes posible”.

El doctor y yo volvimos a jugar la semana siguiente con la tienda repleta de turcos y de un silencio tenso, matizado por palabras susurradas en árabe. La primera partida duró más de una hora: un inicio agresivo, luego una meseta plagada de precauciones que se resolvió en una ligera ventaja mía, y de allí en adelante sólo tuve que incrementar el desequilibrio hasta que, para evitar la debacle en público, el doctor inclinó su rey. Los mirones exhalaban, llenaron sus tazas e iniciaron charlas que acallaron tan pronto como el doctor acomodó las piezas y me encomió a dar mi mejor esfuerzo. El desastre entrevisto en la partida previa apareció después de los primeros quince movimientos, el doctor Kuri

perdió toda un ala y con pundonor innecesario hizo cara hasta el mate.

Kuri trató de alivianar su derrota con un generoso reconocimiento de mis habilidades, comentando con aires de conoedor un par de jugadas. Cuando me levanté se quedó inmerso examinando detalles del tablero y los demás no supieron hacia dónde mirar. El señor Karam, el dueño de la camisería, atravesó el silencio que se hizo alrededor de mí para decir: “Hoy has tenido suerte; sin embargo, en este pueblo sólo hay alguien mejor que Kuri y no creo que seas tú. Ven mañana y comprobaremos si eres tan bueno como crees”.

Su tono me ofendió tanto que todavía no entiendo por qué decidí volver.

El día de la cita el señor Karam me hizo pasar a una trastienda llena de rollos de tela, bultos y cajas de ropa nueva, al fondo había una puerta que comunicaba con una sala amplia en cuya mesa de centro había un tablero de mármol. Mi anfitrión señaló la mesa y sacó unas piezas grandes y hermosas que colocó en el tablero. Dio una voz, acudió una sirvienta a quien le ordenó llamar a la niña y dispuso tres sillas alrededor de la mesa. La sirvienta regresó a decir que Camila estaba terminando su tarea, el señor Karam asintió y fue a la tienda sin pedirme que esperara. Regresó a los diez minutos, me preguntó por Camila y fue a buscarla antes de que yo respondiera. Unos minutos después regresó con ella.

—Tú siéntate allí, tú aquí, y jueguen — ordenó, mientras él ocupaba la tercera silla.

La chica me miró sin decir palabra y extendió la mano para saludarme. Su piel era suave y tibia y unas pulseras tintineaban en su muñeca. Era esbelta pero sus formas de mujer se evidenciaban bajo el uniforme. Usaba un perfume que yo supuse muy fino.

Camila jugó con buen ritmo, sin errores durante la primera mitad de la partida y yo casi podía oír el tono de satisfacción del monólogo interior del señor Karam.

En algún punto, Karam fue llamado a la tienda, se levantó de inmediato, pero se detuvo un par de segundos para ver cómo Camila proponía un intercambio de piezas y cómo yo lo aceptaba. Lo que no vio fue que unos cuantos movimientos después me di cuenta de mi error y que a partir de allí, lento e inexorable, el equilibrio de fuerzas se iría del tablero. La partida se espesó debido a mi esfuerzo por dificultar a Camila, encarnizando mi defensa y esperando algún cambio en los vientos.

Ya no recuerdo cómo se desarrolló mi sufrimiento, pero sí recuerdo que Karam presenció un milagro a mi favor: una secuencia de piezas perdidas devino en una posición de mate en contra de su hija, pero yo –que alargaba cada jugada mía estudiando las posibilidades de mi caída– sólo reparé en ello cuando Camila me dio la clave: miró de reojo a su papá como con culpa. Yo moví una pieza intuyendo que por ese rumbo habría una buena jugada. La siguiente tirada de Camila estuvo determinada por la inminencia del mate que sólo vi en ese momento; claro que yo toqué la flauta con dignidad,

moviendo el caballo de la victoria como si todo hubiera sido premeditado, y consumé el juego con un par de movimientos más.

Fue un final precioso desde la perspectiva del espectador objetivo; desde la mía, fue una de las soluciones de mate más ingeniosas que he ejecutado sin haber tenido que ver con su concepción que, por supuesto, tácitamente me atribuí.

Karam dijo algo en árabe, sacó un puro, se inclinó en medio de nosotros y acomodó las piezas musitando “la revancha, la revancha”. Camila y yo hicimos los primeros cinco movimientos muy rápido y fuimos invirtiendo más tiempo en los subsiguientes. Karam no había quitado la vista del tablero y cuando intentó fumar su puro, se dio cuenta de que no lo había encendido; decidió no dar voces a su sirvienta y se apresuró a la cocina por fuego, regresó de inmediato.

En general, la partida fue un *déjà vu* de la primera; sobre todo en lo del final inesperado. Incluso Karam hizo una salida y un regreso de la tienda en momentos similares. El cierre no fue tan hermoso como el anterior, pero en esta ocasión sí lo vi antes que Camila; aunque ella lo anunció abatiendo su rey:

—¿Para qué andar con suspensos si esto es mate en tres movimientos?

Al terminar todo, Camila no me miraba y el señor Karam sólo miraba las piezas en el tablero. Sin saber qué hacer me levanté de la silla y me despedí inclinando la cabeza; los dos se levantaron para darme la mano co-

mo si ambos hubieran perdido la partida e intentaran mostrar modales al adversario.

Salí radiante, tenía ganas de gritar, de cantar, de contárselo a todos, pero esperé hasta dar vuelta a la esquina para hacer una danza de la victoria. Por fortuna fui breve, porque Karam me alcanzó acezando para proponerme que diera lecciones a su hija. No esperé que ofreciera pago porque él era uno de los avaros más famosos del pueblo y, sobre todo, porque yo no tenía nada que enseñarle a Camila.

Y a pesar de todo eso, acepté el encargo.

Llegaba yo una vez por semana a las 5 de la tarde en punto, atravesaba la trastienda y la sirvienta me pedía salir a las 7 de la noche sin excepción.

Durante semanas Camila y yo jugamos en silencio, observados de forma intermitente por su padre. Le gané en muy contadas ocasiones, pero el turco nunca me preguntó nada, de hecho raramente me dirigió la palabra; sin embargo se le miraba muy satisfecho de la superioridad de su hija. Al poco tiempo perdió interés en mí y su vigilancia se fue volviendo cada vez laxa.

Camila empezó a hacer comentarios ocasionales sobre la partida, luego sobre la ciudad, la tienda de su papá, su escuela, sus amigas y las que habían dejado de serlo. Terminó por contarme cualquier cosa: aunque les decían ‘turcos’ eran cristianos libaneses; no entendía el idioma de su papá, salvo algunas palabras; lo que tuviera algún sabor árabe era adorado en su casa: la música andaluza, la comida mediterránea, los inciensos orientales, el aje-

drej; le gustaba el novio de una amiga pero el capricho se le pasaría algún día; se iría a estudiar a la Ciudad de México y después viajaría por el mundo; visitaría Medio Oriente porque su padre quería, pero sólo le importaba ir a Francia; estaba aprendiendo francés que era un español sin voces árabes; se casaría con un parisino y viviría en un departamento del Barrio Latino, aunque su padre quería que se casara con un árabe, heredaría la camisería y abriera sucursales. Se hizo frecuente que pasáramos las dos horas sin que ella tocara el ajedrez y que ocupara la siguiente sesión para terminar de contar su cuita en turno.

Una tarde que fui a buscarla, el turco me dijo que ya no regresara porque ella se había ido a estudiar a la gran ciudad.

Cuando un par de años después yo mismo fui a estudiar a la Ciudad de México, sin saber su dirección exacta peiné varias veces la zona donde creí que ella vivía anhelando un golpe de suerte. Aunque estaba inscrito en la misma universidad que ella, transcurrió un año antes de que nos encontráramos por casualidad. Ella me halló estudiando en la biblioteca y se acercó a saludar. Ya no estaba inscrita en administración sino en odontología y me pidió que fuera su paciente de práctica.

Llegado el día falté a mi trabajo para ir a la cita. Y mientras ella me escrutaba las muelas me contó del año que había estado en Canadá perfeccionando su francés y que por falta de vocación había abandonado la carrera que quería su padre. Después de la sesión me llevó a la cafetería, habló durante un par horas de

su vida universitaria y dijo que le encantaría verme seguido, pero pasaron un par de meses antes de que volviéramos a encontrarnos.

Un día Camila llegó a mi mesa de la biblioteca, intercambió unas cuantas palabras y se fue, pero de ahí en adelante empezó a visitarme con frecuencia. Se había convertido en una muchacha radiante y femenina, casi tan alta como yo y que vestía con un gusto que hubiera prestigiado mucho a la tienda de su padre. Había decidido que yo era la persona indicada para hablar de temas que entre sus compañeros odontólogos no provocaban el menor interés, pero que ella consideraba sumamente importantes.

En su charla se adivinaban lecturas difíciles que ella asumía como sustrato necesario de la conversación inteligente, pero no se acercaba a mí por respeto a mi intelecto: yo era un *sparring* para practicar opiniones de izquierda universitaria, barnizadas con el romanticismo de quien nunca ha sufrido hambre. Por mi parte, yo aceptaba su petulancia como muestra de confianza y cuando disentía de ella sólo dejaba pasar el punto, aún a sabiendas de que mis silencios serían tomados como asentimientos.

Uno de mis compañeros, Cosmo, decía que ella era la única de mis conocidos que no era ni *hippie* ni *nerd*: “Una fresa de provincia, sin maña ni mundo: un pimpollo burgués”.

Cosmo la había conocido un día que Camila peroraba sobre medios y modos de producción, y bastó con que

él se aproximara para que ella se cohibiera con el público inesperado. Cosmo consideraba que el tema era su especialidad e intentó impresionar retomándolo donde ella lo había dejado, pero Camila dijo que en realidad el tópico le causaba pereza, se excusó y se fue. Yo sabía que el temor de quizás decir sandeces le había hecho escapar, mas Cosmo consideró su huida un desaire y en adelante cada vez que la veía conmigo se acercaba acortando nuestros encuentros:

—Estoy velando por tus horas de estudio, la *high society* sólo te quita el tiempo.

El tono burlesco de Cosmo al referirse a Camila continuó hasta que el pimpollo lo batió en un campeonato de ajedrez.

El torneo estaba organizado por la escuela. Cosmo, quien era bicampeón y favorito, opuso poca resistencia contra Camila en cuartos de final. En ese entonces Deep Blue todavía no había vencido a Kasparov y el estatus de un buen ajedrecista era altísimo entre los estudiantes universitarios. Cosmo, quien siempre se había beneficiado de que esto fuera así, ahora cedía su prestigio al blanco de sus mofas, quien por su parte parecía no poner la menor importancia en ello.

Las autoridades ofrecieron un brindis de honor para celebrar la clausura y Camila recibió como premio unos libros y una botella de vino. Me regaló los libros y dijo que guardaría la botella para un evento especial.

La costumbre de mis compañeros era deslizarse del vino del brindis al ron barato en algún lugar cualquiera

para terminar la noche en fiesta. Los padres de Cosmo no estaban en la ciudad, así que, el día anterior, él había propuesto su casa para celebrar el probable tricampeonato. Ahora, tratando de llevar con dignidad su derrota, se nos acercó para darnos instrucciones de cómo llegar. Camila mostró un interés antropológico: “Una reunión con tus compañeros ha de ser algo interesante”. Yo fingí estar animado, aunque sabía que esas reuniones devenían en pasarela de la erudición de moda y que los debates metafísicos con frecuencia se dirimían a puñetazos.

En la sala de la casa había un solo grupo conversando, el tema eran los profesores, el aperitivo preferido de mis condiscípulos. Alguno decía que el profesor Piñón tenía el poder de hacer dormir en clase; los demás objetaban diciendo que ellos en realidad se dormían a propósito. De un profesor de filosofía griega, conocido por tener cascos demasiado livianos con los efebos, alguno sugirió que sus problemas intelectuales sólo se resolverían con una emasculación. El tono de sus chistes era estudiado, como si se hubieran preparado para el momento de pasar juicio posando de ingeniosos.

Los temas cambiaron conforme se fueron formando grupitos de charla, pero las uñas manicuradas y las prendas finas de Camila siempre contrastaron con la mezclilla sucia, las barbas y las melenas de mis compañeros. Ella desconocía el argot y su hablar respetuoso producía el efecto de acentuar distancias. A pesar de todo estaba muy contenta:

—Se habla de cosas importantes sin parar, ¿es siempre así o todos estamos un poco borrachos?

La fiesta era un éxito hasta que Cosmo sacó un estuche de ajedrez: “todos ustedes contra mí en una partida”. Los compañeros se rieron y retomaron sus vasos. Cosmo, que no estaba dispuesto a ser ignorado, pidió la atención de la concurrencia y a voz en cuello dijo a Camila:

—Mejor: tú y yo solos. Esta vez no me distraerán tus pierna, aunque tus tetas...

Cosmo caminó mirando directamente a los pechos de Camila, se detuvo a un par de pasos de ella, se quedó en silencio —bajo la piel de su cuello una vena forcejeó como una lombriz atrapada. De pronto pareció recordar algo, abrió el estuche de ajedrez, lo adelantó sosteniéndolo sobre las palmas y, sin más, vomitó adentro haciendo una sopa de peones y piezas, que después quedaría salpicada por todas partes cuando tropezó intentando llegar al baño.

Camila y yo tomamos nuestras cosas y salimos, mientras Cosmo reivindicaba las Cruzadas y gritaba contra la invasión a Kuwait, la sharía, los árabes de mierda o la chingada álgebra.

Caminamos unas calles. Teníamos hambre y nos metimos a un restaurancito barato. Allí Camila empezó diciendo cuán especial era yo, las tantas cosas que compartíamos, cuánto y qué bien yo la conocía, la confianza que me tenía y terminó hablando —largo tiempo— de su relación con un hombre casado. A su juicio este hombre era honesto (porque no le prometía

nada), maduro (porque la trataba bien, pero sin ensalzarla demasiado), importante (porque sus múltiples ocupaciones le dejaban poco tiempo para ella). Contó cómo lo había conocido, lo amable e interesante que era, el viaje a la playa que hizo con él, cuánto lo quería y sin transición se echó a llorar convulsivamente sobre la mesita ocultando la cara entre los brazos.

Mientras sollozaba, su cabellera entraba y salía del molcajete de salsa roja y desparramaba los chiles en vinagre sobre el mantel de plástico.

Tardó así unos minutos.

Yo aparté las salsas y las puse en la mesa de junto.

Los vecinos de las otras mesas empezaron a lanzarnos miradas curiosas. La dueña del lugar se acercó a preguntarle si estaba bien, al tiempo que me veía acusadoramente.

Camila levantó la cara intentando sonreír con la nariz y los ojos enrojecidos. Tenía rodajas de cebolla adheridas a su blusa fina y mayonesa con jitomate en la mejilla; la señora le dio una servilleta. Camila se sonó la nariz e intentó una broma, pero la dijo con tal seriedad que la señora no entendió y Camila tuvo que explicar el chiste. Eso la enfadó un poco y pidió la cuenta diciéndome que quería irse de inmediato. Yo le dije que parecía haber caído a un basurero; ella se quitó con el pulgar y el meñique izquierdos una rodaja de zanahoria de la blusa y fue al baño a lavarse. Tardó mucho.

Cuando regresó tenía la cara y el pelo mojados. La blusa también se le había mojado y se transparentaba a

la luz mostrando su sostén oscuro. Me pidió mi suéter, se lo ató al cuello, pero le quedaba como un babero; así que mejor se lo puso, me tomó del brazo y comentó que necesitaba tomar aire.

Anduvimos hacia las luces de una feria callejera en la plaza de una iglesia. Ella vio el reloj de la torre y dijo que era demasiado tarde para regresar a su casa: “¿Puedo quedarme en tu sofá?”. Confesé que no tenía muebles –estrictamente hablando, no tenía ni cama ni casa–, sólo un cuarto con una mesita, una silla y una colchoneta en el suelo. “Muéstreme, quiero ver cómo vives”, dijo.

Al entrar a mi lugar apuntó al único ornamento de las paredes: “Me gusta el cartel”. Luego se sentó sobre la colchoneta. Yo tomé la silla. Examinó mi cuarto vacío como buscando un tema de conversación que no encontró. Sobre el suelo había dejado su bolsa, sacó un espejo y un pintalabios. Se arregló y al guardar sus cosas, extrajo la botella: “Creo que esta es una ocasión especial, brindemos otra vez”.

Me gustaría recordar un diálogo entretenido e inteligente que dio paso a una escena romántica, pero nada ocurrió así. Sólo terminamos la botella, Camila me pidió que la abrazara, me desabrochó la camisa y luego se desnudó. Hicimos el amor de una manera amistosa y triste. Luego hablamos un poco, ella lloró otro poco, volvimos a hacer el amor y se durmió.

Camila cambió las visitas a la biblioteca por visitas a mi cuarto. Pasaba después de clases, follábamos y se

iba. Durante un tiempo a nadie contamos lo nuestro y el esplendor que nos reservaron esos días fue de una felicidad extraña, íntima pero distante, como de otros más afortunados que nosotros, cuyas vidas que no eran nuestras se quedaban impregnadas en nuestros cuerpos cuando salíamos de puntillas al mundo.

No me amaba y no éramos el uno para el otro y eso nos regalaba la comunión de una entrega sin pretensiones; libres e inocentes, vivimos para nuestro deseo sin buscar el amor que no nos tendríamos. Nunca postulamos esto como signo de madurez, porque en ese tiempo la madurez nos parecía la excusa de los pusilánimes.

Mantener secreta nuestra reciente intimidad de pareja fue para mí una manera de esconder las ilusiones personales bajo la alfombra, y para ella quizá fue una mera intriga genital que no devino historia. Pero para los dos tenía su encanto andar sin la sanción del conocimiento social; era un juego tonto, lo sé, pero a los veinte años esa es la forma que frecuentemente damos a nuestro sentido de la propia importancia.

Después de un mes pasamos de la sobria secrecía de mi cuarto de azotea a una mansión:

—Necesitan un vigilante para una casa del sur de la ciudad: ahorraré la renta y pagarán algo. He de vivir en el cuarto de servicio para contestar el teléfono.

Camila llamaba antes de ir para confirmar y se ponía en camino. Una mañana mientras nos bañábamos en la pileta propuso: “De ahora en adelante mejor seamos como novios”.

Durante un tiempo nos citamos con otros muchachos en representaciones de teatro, películas y conciertos, luego sólo fueron conferencias y charlas formales. Las primeras nos hacían parecer normales y nos daban tema de conversación, las segundas estimulaban su tendencia a hallar conspiraciones políticas en todas partes.

—¿Ves cómo los judíos sí son quienes gobiernan el mundo? — mostraba un encabezado en el que Estados Unidos amenazaba con bombardear a Irak.

Se unió a un grupo pacifista, inició una campaña de protesta e información, organizó conferencias, firmó pliegos petitorios para representantes diplomáticos, su activismo le ocupaba todas las horas libres.

Una vez la fui a visitar a su casa, la televisión anunciaba que decenas de países coordinaban un ataque. Camila se soltó a hablar de la destrucción de la civilización y el comercio, mencionó la Alhambra, las Mil y una noches, el deber de todos de salvar la integridad de una cultura insuperable. Luego me contó que para su familia yo siempre había sido “el indio que juega ajedrez”, que si su padre permitió nuestros encuentros ajedrecísticos, fue porque mis derrotas constantes confirmaban que hasta una mujer árabe podía ganarle al mejor jugador de un pueblo de mexicanos:

—El ajedrez es un arte árabe: la palabra al-fil lo demuestra, significa el-elefante en nuestra lengua. Ese juego lo inventamos nosotros, como inventamos los números y las matemáticas.

Camila también recordaría mientras me abrazaba con sus piernas desnudas: “Dice mi padre que lo árabe se lleva en la sangre, lo indio también y que no se deben mezclar”; yo no supe qué responder y sólo se me ocurrió decir que los números arábigos y el ajedrez provenían de la India y de China. Y ella me abrazó más fuerte diciendo “convivencia”, “combinación”, “qué hermoso” y volvimos a ser amigos a pesar de todo.

Esa noche acordamos que intentaríamos reencontrarnos en la amistad y con los otros o, aún mejor, luchar contra todo y salvar el cariño que nos había acompañado, aún contra su clase y contra la mía.

Defendimos nuestra posición lo mejor que pudimos, pero en ese agosto la madre de todas las batallas había comenzado para nosotros cuando ella, con un gesto aciago, tomó su corpiño azul del lado de la cama y yo supe que no había vuelta atrás hacia aquella intención (de veras) de ser amigos. La guerra había venido cuando el amor y estábamos solos contra el mundo. Quizá nadie entendió este hecho como nosotros mismos y por eso todos los demás nos daban ánimos y arengas, como si no necesitáramos más que palabras.

Había noches en que no dormíamos combatiendo, robándole instantes al paraíso: durante un par de semanas, que parecieron meses, mantuvimos a raya al enemigo. Los camaradas nos daban palmaditas en la espalda y aconsejaban maneras de solventar problemas o detectar puntos débiles. Pero nada de eso sirvió durante mucho tiempo.

Primero fueron cayendo las comunicaciones. Recuerdo que una extraña tarde de lluvia, ella levantó el teléfono y durante unos momentos nadie de nosotros dijo nada. El silencio duró sólo unos segundos, pero nos hizo tragar saliva pensando que algo estaba mal, maliciar un sabotaje, temer el inicio de una catástrofe. Cuando se restableció el contacto lo que se dijo fue anodino y, aunque de inmediato hubo una broma que nos volvió el alma al cuerpo, más tarde recordaríamos esa pausa con desazón.

Después fue el transporte. Aunque el combustible no era escaso, el tiempo no se hallaba entre nuestros recursos más abundantes. Cruzar la ciudad se convirtió en una misión llena de trampas y deberes inesperados. Fuimos justificando las ausencias que luego se volvieron tan abundantes que dejaron de necesitar justificaciones.

La siguiente baja fueron los amigos. Aquellos que hombro con hombro luchaban con nosotros, los más cercanos, los hermanos de circunstancias, dejaron de existir. En un principio íbamos a buscarlos a sus respectivas posiciones y encontrábamos un hueco difícil de llenar, que nos indicaba que el cerco se iba estrechando.

Una tarde ella no pudo aguantar más y empezó a llorar culpando a su padre y a su madre, a la sociedad, al clima y a las estrellas, y a un antiguo novio que la abandonó o que la llenó de desdichas que no venían a cuento. Dijo excusas y explicaciones que en otro momento hubieran parecido locura, pero que en ese lugar sólo revelaban claramente que nuestro futuro dejaba de hacer sentido. Yo

no lo acepté de inmediato y un coraje y una impotencia ciegos me hicieron decirle que estaba loca, que éramos más fuertes que nunca, que el enemigo también estaba desgastado, que quizá sólo necesitábamos un respiro, una tregua. Ella no quiso aferrarse a esta esperanza y la consideró lo mismo que una capitulación y ya no quiso ni parlamentar, sino sólo rendirse sin lucha. El orgullo me hizo creer que eso era deshonroso y rechacé su intento. Sólo fue una manera de alargar la agonía.

Una noche me negué a hacer una salida. El teléfono sonó pidiendo ayuda. Al principio lo oí intentando acumular fuerzas y ánimo para levantarlo, luego dejé que su timbre se extinguiera deseando estar sordo. Otra ronda de timbrazos volvió a extinguirse sin respuesta y luego no hubo más intentos. Al otro lado de la línea ella pensó de mí como de otro caído en combate, e inició un luto por uno de esos pequeños sueños que a veces nos entretienen.

Desperté en el futuro un día que tuve que visitar la Ciudad de México, ella gritó mi nombre al bajar de un taxi. Habían pasado diez años.

—¿Te vas a casar? ¿Con hijitos y todo? —preguntó intentando sonreír.

De inmediato me hizo un sumario de su vida: dos divorcios, una temporada en Francia, otra en Siria y no sé dónde más; trabajo insatisfactorio, afecciones depresivas, visitas consuetudinarias al psicólogo. Y me abrió una ventana para verla actuando un guion cuyo dramatismo había perdido cualquier interés para mí.

Aunque externé mis sinceras lamentaciones, en mi fuero interno agradecí que su cita de trabajo fuera impositiva y que no pudiera estarse más tiempo conmigo. De alguna manera me revelaba ese otro que yo fui: más triste, más inseguro, atrapado en relaciones atormentadas para ocupar las horas de la vida que nunca supe cómo gozar. Por un momento pensé en aquella juventud mía como una dolencia, un proceso de recuperación que compartí con otros como ella —que nunca se atrevieron a dejar las taras que a los 20 años nos hacen atractivos para otros idiotas como nosotros, que pronto devienen fantasmas de lo que vamos dejando de ser.

Antes de irse dijo que organizaba un club de salsa y cultura latina, habló del ritmo y la pasión y escribió su teléfono en un boleto del metro que sacó de su bolso. Al besarme la mejilla dijo, como si estuviera deseándome parabienes, que ser árabe era lo peor que podía pasarle a una mujer.

Me despedí. Al llegar a la estación del metro saqué el boleto que antes me había dado, lo usé en el torniquete y me alejé de allí.

Hiram:

Juliet ha conseguido un trabajo voluntario que da alguna estructura a su rutina y la distrae de sus ocupaciones

de madre de tiempo completo. No le pagan nada y no estamos en las mejores condiciones de regalar trabajo, pero el servicio a la comunidad la satisface y me compra menos broncas en casa —ya sabes que el matrimonio siempre es caro. En el contexto de mis bequitas, pensé que su decisión de no ponerse a trabajar de tiempo completo para dedicarse a Dante sería tomar un camino muy difícil para ella. Me equivoqué en los detalles: Juliet ha manejado mejor nuestras limitaciones económicas que los excesos de tiempo exclusivo para la familia. Curiosamente ahora que está llena de otras ocupaciones, sin tiempo para sí misma, su estado de ánimo mejora; como si necesitara tener un problema que arreglar, so peligro de empezar a crear uno de la nada en casa.

Gracias a esto que te cuento ahora yo paso más tiempo con Dante a solas. Él maneja muy bien los dos idiomas, aunque su lengua materna es el inglés después de una o dos tardes su español mejora (lo cual es uno de mis gustos y objetivos), pero vuelve a perderse cuando no lo cuido seguido. Hace meses cuando tenía ganas repetía cuanta palabra oía, aunque él mismo no la entendiera; ahora empieza a hablar armando oraciones, canta, cuenta y cotorrea en ‘baby-language’. Agrego esos gorjeos como pago emocional de esta situación.

De mí, te diré que a veces la investigación me desespera, me frustra y a veces me encanta. No sabes cuánto quisiera terminar ya esta etapa y dedicarme a trabajar, extraño mucho dar clases, tener obligaciones académi-

cas y laborales de otro estilo... ah, y ganar dinero, no solamente invertirlo en la educación.

Me voy ya. Te quiere,

Marco.

19

Hiram:

En internet, los ventanales de la casa lucían panorámicas hermosas con el lago al fondo. En la vida real las vistas están obstruidas por trabajos de construcción, el prado es un estacionamiento y en la calle hay una caseta de herramientas, cuyo interior es aderezado con el póster de una pelirroja con una tanga minúscula. Vivimos dentro de la universidad, en los edificios minimalistas de corte escalonado y austero que los mexicanos llaman “las pirámides”. Nuestra casa es una rebanada de tres niveles comunicados por una escalera pegada a una de las paredes; cada nivel es más pequeño que el inmediato inferior y dado que el primero es diminuto, vivimos en una especie de litera arquitectónica. En el piso más alto apenas cabe la cuna de Dante y una mesita, en una de sus paredes hay una salida de emergencia clausurada por un postigo de madera; esta salida da al puente aéreo que comunica con otras pirámides y no es raro que en la madrugada jóvenes ebrios tamborileen en los

postigos para acompañar sus cantos y gritos de regreso a sus dormitorios. La pared por donde corre la escalera está pegada a la calle y es tan fría en invierno que nos ponemos una chamarra para subir o bajar de piso.

Nuestra pirámide es un ghetto de familias de países pobres. Estudiantes latinos, árabes y algunos europeos orientales forman la mayor parte del mosaico. Los domingos que no llueve, los vecinos salen por los ventanales hacia los prados y conviven en varias lenguas.

En la casa 10 viven David y Toshiko. Él vivía con su familia en España cuando su padre sufrió una embolia cerebral que, de cetrino, lo transformó en locuaz y bohemio. A los setenta y tantos años escribe poemas para su esposa, le canta flamenco y se cuele en cuanta fiesta consigue. La anciana tolera mal ser pareja de un extrovertido feliz si antes se había casado con un calmoso, pero David dice que su padre es la hostia –cosa que supongo es algo bueno. David dice también que conoció a Toshiko en un cursillo de inglés en Nueva York, que regresaron a sus respectivos países y que al poco tiempo Toshiko llegó a visitarlo desde el Japón, haciendo pequeña escala en un proyectado viaje por toda Europa. Ahora tienen un par de niños y ella habla un castellano sin mella.

En la casa 2, junto a la nuestra, vive una familia de un país del Medio Oriente. El hombre, un calvo de ojos verdes, se cruzaba conmigo a distintas horas y en lugares inesperados, lo dejaba descansando en casa y luego me lo encontraba entrando al edificio de artes, lo topaba

saliendo de la biblioteca y unos minutos después lo hallaba en algún piso superior de la misma concentrado ya en sus libros; estos encuentros me dejaban la intriga de sospechar pasajes secretos en las instalaciones de la universidad. Mi confusión se acrecentaba por la propensión de mi vecino a ser risueño y amable en ocasiones y, en otras, a tener una mueca de disgusto y no devolver siquiera el saludo. Hace poco lo encontré despidiéndose de sí mismo en la puerta de su casa; esto es, despidiendo a su gemelo quien sonrió y me saludó de mano mientras su hermano azotaba la puerta frente a nosotros. Yo, radiante, intercambié unas palabras y supongo que el risueño tomó mi calidez como un gesto amistoso, pero en verdad era el alivio que me dio saber que este nuevo espacio en el que estoy admite explicaciones racionales.

Helon Habila se mueve con parsimonia y silenciosa majestad en la casa número tres. Además de los muebles básicos del arrendador, en la casa sólo hay una gran TV y la ropa de buena marca que usan él, su esposa Sue y su hija Edna -un par de meses mayor que Dante-. Nunca bajan la calefacción a menos de 32° por lo que, en invierno, no logra uno sacarse los guantes sin sudar antes de corresponder a la mano tendida de Helon o Sue, que lo reciben a uno en chanclas y bermudas.

La pobreza que compartimos no parece su medio natural, Helon da la impresión de ser un aristócrata nigeriano acostumbrado al lujo de la servidumbre y cuando, alguna vez, ha hablado de sus planes uno se queda con la sensación de que los realizará todos.

Aparenta tener todo bajo control, pero es sólo que se reserva sus dudas y vacilaciones. Ahora que le conozco un poco más, creo que Helon no sabe hacer casi nada fuera de escribir –lo cual yo quisiera que fuera interpretado como un cumplido. La primera vez que lo vi bajar de un taxi, elegante y cargando unas bolsas llenas de mandado, imaginé que, regresando de un viaje de negocios, había hecho compras en el camino; después vi que ese gasto era la rutina semanal de quien desconoce las rutas del transporte público. Al poco le pregunté que por qué no hacía sus compras en línea con envío a domicilio, Helon hizo un gesto como señalando la impertinencia de mi comentario; sin embargo, un par de semanas después me preguntó como quien no quiere la cosa por el procedimiento: había estado intentando seguir mi sugerencia, pero las características de su tarjeta bancaria no se lo permitieron. Ahora les prestamos nuestra tarjeta o hacemos dos órdenes iguales y ellos nos abonan su cuenta.

Yo casi siempre estoy tan perdido como ellos, pero Juliet les ha orientado en cosas sencillas que parecen estar a años luz de ellos –tales como sacar una cita con el doctor– y también les ha echado la mano en posibles calamidades. Una vez Juliet se encontraba en su trabajo cuando recibió una llamada de ellos desde Londres. Sue le pedía: que por favor fuera a su casa, se colara por una ventana y buscara un papel con el nombre y dirección de un amigo a quien habían ido a visitar, Helon no recordaba exactamente dónde estaba el papel, pero seguro que revisando cuidadosamente los libros

de la casa aparecería. Juliet le explicó que no sólo no podía abandonar el trabajo (donde estaba a cargo de un niño autista por unas horas), sino que además podría terminar en la cárcel si violara la casa. Sue se demudó con estos detalles: su amigo los iba a hospedar esa noche, sus boletos de regreso estaban fechados para el día siguiente y –aventuro sin temor– no tenían dinero para un hotel o para otro boleto. Sugirieron que Juliet fuera a la oficina arrendataria de la universidad y que pidiera allí la llave para hacer la búsqueda, pero Juliet explicó que aunque la oficina estuviera abierta a esa hora (lo cual no era así), la petición sería improcedente. Juliet les pidió unos momentos para hacer un par de averiguaciones, al poco regresó la llamada y les dijo que la operadora le había informado que en Londres sólo había dos personas con el mismo apellido que su amigo, les dio los teléfonos y las direcciones. A los dos días los vimos regresar muy felices de su visita a la metrópoli.

Dije que Helon sabe escribir. Era periodista en Lagoos, donde compiló en un libro las historias de su columna. Como nadie quiso publicarlo estableció una compañía editorial cuyo único título en catálogo era el de su ‘Waiting for an Angel’ e inscribió al libro en un certamen en que participan las editoriales de la Commonwealth con su mejor publicación.

Ganó el primer premio.

Él y Sue salieron por primera vez de Nigeria apareciendo bajo los reflectores de la premiación en Londres. Con su facha de patricio africano impresionó a los agen-

tes literarios, uno de ellos ofreció contratos de publicación y nuestra universidad le dio una membresía para escritores de su continente. Una vez que la membresía terminó, se inscribió en un programa doctoral y pasó de una casa para invitados con prerrogativas a una para estudiantes con familia —donde periódicamente viene una capataz de mantenimiento a revisar que no haya nuevas manchas en el alfombrado y que los muebles corrientes y feos se encuentren tal y como nos los entregaron.

Abrazos y besos,

Marco.

20

Del carácter escocés. En la época en que Bono, el cantante de U2, era un activista dedicado, el grupo dio un concierto en Glasgow. Después de una ovación el músico hizo una pausa pidiendo atención, la audiencia quedó en completo silencio y él, en un compás semilento, empezó a aplaudir sin explicar el acto, hasta que dijo:
—Cada vez que doy una palmada un niño en África muere.

Y desde el público una voz anónima gritó:

—*Stop doing it, then. You evil bastard!*²

² ¡Entonces deja de aplaudir, bastardo malvado!

A la hora de cobrarnos, un hombre con ropa demasiado juvenil para su edad y una delgadez convaleciente nos sonrío detrás de la caja: “la jacket potato es lo más barato y llenador del menú” —sonríe sin ironía, celebrando una buena elección. Su amabilidad abrumadora delata el deseo de demostrar que es útil, su empeño es vehemente, minucioso; yo imagino que en las horas libres hasta ha de limpiar los peniques que hay en la caja registradora. Juliet y yo pasamos a una mesa a esperar.

La iglesia es sobria, de techos altísimos, ventanales estirados y vitrales góticos. El diseño de sus interiores refrena cualquier ímpetu de columnas innecesarias, estatuas o redondeces. El edificio actualmente es un centro comunitario: las iglesias “redundantes” no son raras por aquí —en estas viejas callejuelas hay otro templo convertido en un museo de la ciencia, otro que es un teatro de marionetas; los turistas incluso pueden acampar en algunas de las iglesias abandonadas.

Cada sábado hacemos coincidir la siesta de Dante con una visita al centro, caminamos lo necesario para que Dante empiece a cerrar los ojos, cuando lo hacemos metemos a algún café para aprovechar un rato de libertad mientras duerme en su carreola. En este lugar en que ahora estamos, ancianos, exadictos y jóvenes, todos voluntarios, atienden áreas destinadas a juegos de mesa, biblioteca, sala de lectura o reunión, y un

modesto restaurancito. Todos los muebles son viejos y diferentes entre sí, el menú no es caro.

Dante, como Juliet, duerme poco y está acostumbrado a exigir toda la atención que podamos darle. Cuando nació, muy estúpidamente decidimos que no le daríamos biberón y sólo dormía cuando estaba sobre el pecho de su mamá o en movimiento, de manera que en las madrugadas yo salía con él a dar largas caminatas para que ella pudiera dormir unas horas. Todos los padres primerizos sufren la falta de sueño, pero nosotros complicamos todo por no tener un sistema efectivo para hacerle dormir. Hemos intentado muchas cosas, todas de nuestra invención y algunas sirvieron una sola ocasión —como cuando lo convencí de que ganaba quién aguantaba con los ojos cerrados durante más tiempo—; ahora, gracias a la visita de una trabajadora social, hemos normalizado la situación, pero Dante mantiene la costumbre de dormirse caminando y nosotros aprovechamos el paseo cada sábado. Esta vez parece particularmente cansado y aún no ha despertado, así que al salir aprovechamos para observar durante unos momentos al edificio y las casas aledañas en su conjunto.

Nos metemos entre unas paredes ruinosas y lo que parece un pequeño cementerio de tumbas medievales para tener otro ángulo. Allí un hombre de ropa limpia y bien planchada, que parece haber tenido la misma intención que nosotros, nos saluda cortésmente. En un segundo ofrece un par de comentarios bien informados sobre lo que estamos viendo y un par de datos históricos

sobre las distintas etapas de construcción. A mí todo me parece impresionante sin los datos, pero con ellos resulta mágico. Nos pregunta si nos interesa observar unos relieves en unas paredes cercanas, están enfrente, el hombre explica que las paredes enlucidas fueron comunes en cierta época en la región y aún se conservan muchas en lugares como Saffron Walden. Nos da un par de minutos para observarlas en silencio, pero lo hacemos por amabilidad porque yo sé que a Juliet no le gustan y, por mi parte, mis ojos poco entrenados no les encuentran mucho chiste sin tener más comentarios de experto.

El hombre se excusa para expresar su curiosidad y pregunta que de dónde venimos. Imagina que somos turistas, que Juliet es sueca pero no atreve una hipótesis sobre mi proveniencia. Conversamos, nos cuenta que es pastor, que ha venido a la ciudad para ver algunos sitios específicos; la parroquia a su cargo está cerca de la casa de los padres de Juliet. Nos pregunta si estamos casados por alguna iglesia en particular, nuestra respuesta lo anima y nos dice que si alguna vez se nos ofrece él estaría orgulloso de ministrar la ceremonia para nosotros. Sonreímos y él sonríe sin insistencia ni expectativa, y me parece el símbolo perfecto de ese cristianismo endulcolorado, sin filos, que es el anglicanismo; por su reacción supongo que está acostumbrado a este tipo de negativas amables y condescendientes. Nos despedimos.

En el camino de regreso, Dante despierta cerca de los juegos y columpios de un parque. Más tarde, en casa, la energía quemada en el lugar y un baño lo preparan

para irse a dormir un par de horas antes que nosotros. Levantamos la cocina y nos disponemos para uno de los momentos estelares del día: el tiempo nos alcanza para ver la mitad de una película antes de que el cansancio nos deje inconscientes.

Mientras estamos apoltronados en el sofá, pienso en las caminatas al café empujando la carriola, en nuestra amistad introvertida y tímida, en los momentos ocasionales que le robamos al sueño de Dante, en las películas escogidas para ver juntos una vez que la maquinaria del día se ha acallado, en tanta pobreza compartida que puede interpretarse como símbolo de lealtad: una manera de decir ‘te respeto, te elijo, te cuido’. Todo lo que ahora resuena más fuerte que aquella exuberancia juvenil o infatuada, de un sueño romántico que no se parece a esta inopia.

Hay que decir que, por el momento, se están haciendo transformaciones en los sabores habituales de la vida cotidiana, los que podremos rumiar cuando se nos hayan caído las muelas. Así que, si el futuro cumple con sus obligaciones, envejeceremos juntos contemplando otras tardes de esta misma manera. En el desenlace seremos tú, yo y todos los excesos en la justa medida -un caminar sosegado que era precisamente la meta. Ya no serás la esposa de mis otros yo: el que soy cuando soy bueno, sincero y amable o ése que no reconozco cuando te deseo como si fueras ajena. Y no importará algún énfasis equivocado que un día de malas nos encajó. Sobre el estrépito de los años, estar callados uno al lado

del otro tendrá un regusto de oración mutua o verdad antigua, de cumplimiento de palabra. Maridados por el templo de la rutina cotidiana, te darás cuenta de que me recuerdas a la persona ideal que había olvidado en los sueños de adolescencia, la que se ama como mandan los cánones –que recomiendan la comisión de todos esos errores que hacen al amor un juego de azar–; y sabrás que no hay mayor ministerio ni bendición que volver a elegir a la persona que ya hemos elegido.

22

Querido Rafa:

Este mes he seguido tu recomendación de investigar mis posibilidades en el mercado laboral inglés y mis descubrimientos me han asombrado, te cuento algunos. Las calificaciones que un académico debe tener en estos rumbos son muy altas; si no eres un genio, dar clases en la universidad requiere el doctorado, publicaciones y experiencia en las instituciones de tu campo de especialización. *Professor* es el máximo nivel, pero en los niveles más bajos de la jerarquía se emplean muchos esclavos intelectuales (con frecuencia tan calificados como para ser ‘professors’ en cualquier parte del mundo de hace veinte años). Esos ocupantes del más bajo escalafón son los ‘asistentes’ o ‘tutores’, que dan gran parte de las clases de licenciatura, cuyo salario es bajo, pero se adoba

con el cebo de la experiencia profesional que podrán mostrar en sus CV. La aspiración de los integrantes de este grupo es dejar de serlo, para ello buscan publicar en revistas especializadas, devenir y establecerse como expertos, y ganar en competencia para obtener su primer tiempo completo en una universidad. Esta aspiración es gradualmente menos realista: el promedio de años para obtener un primer tiempo completo aumenta para cada generación de doctores. Hay, pues, una inflación de mano de obra demasiado calificada.

Un conocido mío formado en Oxford, Richard Robinson, terminó aquí su doctorado en literatura hace 5 años, desde entonces trabaja con contratos miserables en la universidad y ha hecho 97 solicitudes para puestos académicos de tiempo completo. El promedio de solicitantes para esos puestos ha sido de 95 y Richard ha logrado recibir invitación para 5 ternas de entrevista final, en 2 de las cuales ha recibido del 2º lugar. Antes, él trabajaba como maestro de secundaria y por estas fechas está considerando regresar a ese empleo, porque en la academia universitaria no parece haber lugar para él. Lo único extraordinario de esta historia es que Robinson puede dar cuenta exacta del número de rechazos, pero por lo demás ha invertido su capital en un camino que cada vez más parece llevar a ninguna parte en este país. ¿Que cómo se ha mantenido?: su mujer ha trabajado como maestra de italiano y renunciaron a los gastos que consideraron que no serían pagables para mantenerse, tales como los que implicaría la concepción de un bebé.

Todo suena como un trabajo que requiere muchísima inversión en tu propio desarrollo (licenciatura, maestría, doctorado y luego carrera académica), pero, me preguntarás, y ¿el salario? Pues un salario que permite vivir con dignidad, pero que en términos reales no es demasiado distinto al de un maestro de secundaria. Por su parte, en esta última profesión podrías obtener tu primer tiempo completo, precoz pero no extraordinariamente, a los 22 años – es decir más de diez años antes del promedio actual de la otra. ¿Cuál es la lógica de esta aparente injusticia al privilegio universitario?: que el esfuerzo de un maestro de secundaria frente a grupos de adolescentes enardecidos por las hormonas no se compara con el de un profesor universitario, cuya decisión vocacional fue guiada por lo que ama investigar. Es decir, que el trabajo de un educador es arduo y el de un profesor universitario no tanto, sino una elección vocacional, una elección de forma de vida. Concedamos que lidiar con chamacos es atormentador y que trabajar en la enseñanza universitaria es grande placer, pero ¿por qué además los salarios de los profesores universitarios han caído relativamente en la Gran Bretaña en la última década?

Un amigo británico que está terminando su doctorado de Historia en Cambridge, dice que la explicación es que la opinión pública o la de algunos políticos (o la de los políticos que son apoyados por la opinión pública) ha considerado a la universidad como un privilegio de clases medias (lo que en términos rancheriles mexicanos equivale a nuestro primer mandatario, Fox, señalando

a la Historia prehispánica como un lujo de las secundarias de nuestro país). Por otra parte, cada vez que alguna decisión política ha golpeado a la academia, a los trabajadores del gremio les ha dado por discutir si han ir a la huelga o no y al final nunca van y se los chingan. La cosa ha ido tan mal que —según ese mismo amigo mío— hace un par de años, un periódico publicó una nota sobre un profesor de biología que renunció a su trabajo en la universidad para meterse de plomero; sus ingresos, según dijo el doctoril plomero, se duplicaron. Una amiga economista ha contrapunteado la explicación agregando que hay un boom inmobiliario, que un efecto sucedáneo de la inflación de los bienes y raíces ha sido la mejora de los salarios de los trabajadores de la construcción, que por el momento son mayores que los de la clase educada. El fenómeno es que mucha gente muy preparada y dedicada a la educación gana menos que un albañil.

Como sea, es extraño que un país que tiene una economía posicionada en el 4^a lugar mundial no parezca hacer demasiado hincapié en mantener sano su sistema universitario. Probablemente hay información que desconozco o algo que no entiendo bien, pero sin llegar a defender la pretensión sediciosa de que el trabajo de un académico debiera ser mejor pagado que el de un futbolista profesional, en mi pobre opinión de académico pobre, las cosas me parecen más bien bastante absurdas.

Releo esta carta y veo que me he extraviado, así que debo regresar al punto. No sólo mi pobreza económica

y social me pone en desventaja para pagar el tributo a una carrera académica en estas tierras, mi perfil profesional también me condena: hablante de una lengua poco potente en este mercado, me entreno en una disciplina literaria propia para hablantes nativos, por lo que parto en desventaja contra cualquiera que hable el inglés a mayor nivel que yo (i.e. todos los demás). No te mortifiques, empero, no sólo tomo tus consejos en serio, sino que tampoco tengo margen para dejar de intentar cualquier cosa, por lo que he inscrito mi nombre entre la lista de los aspirantes a impartir cursillos y me postularé a cuanta oferta de trabajo académico o docente aparezca, pero no me aferraré a ningún lugar: donde esté bien esa será mi tierra.

Un abrazo fuerte.

Marco.

23

Un barco naufraga, por fortuna se salvan, en sendas islas, cuatro tríos de distintas nacionalidades: dos españoles y una española; dos italianos y una italiana; dos alemanes y una alemana; dos ingleses y una inglesa.

Varios años después la tripulación que les rescata descubre que: en la isla de los españoles, uno había matado al otro para quedarse con la española; en la de

los italianos, uno de ellos había matado a la italiana para quedarse con el otro; los alemanes habían acordado un estricto horario de trabajo y visitas conyugales, y los ingleses no se hablaban porque nadie los había presentado.

24

El esnobismo (*sine nobilitate*) es considerado un gran defecto; la negación de la virtud social de ‘saber su lugar’, de ‘guardar su distancia’.

25

Querida Anita:

Gracias por la felicitación... Estoy terminando mi día de trabajo y te escribo rápido antes de regresar a casa... excusa, pues, las faltas de dedo y –sobre todo– de sentido.

Hace poco nos mudamos de casa por ese llamado fuerte e ineludible que llaman ‘instinto de nido’. Juliet ha estado muy ilusionada con el nuevo bebé y un nuevo entorno era necesario para recibirle como se merece (el departamento anterior era demasiado pequeño y demasiado feo). El nuevo barrio estilo inglés “edwardiano” está cerca del centro de la ciudad, lo que contribuye a la ilusión temporal de estar gozando de Europa como si uno no fuera estudiante con dinero mexicano. Nuestra

nueva casa está vacía, pues casi no tenemos muebles, pero es un privilegio salir a caminar entre edificios que recuerdan los días del Imperio británico: Inglaterra es bella, como todos los herederos.

Aunque los gastos aumentaron, gané una bequita complementaria por un año –que apenas alcanza para pagar el excedente de la renta– pero nuestra mejora en la calidad de vida ya produce efectos en mi ánimo y seguramente lo hará en el trabajo. Como puedes ver, ya tomada la decisión la recibimos con cariño y esperanza; me refiero a nosotros dos, porque el Dante todavía está muy chiquito para entender, pero cada vez que podemos le vamos haciendo notar la idea.

Aunque debo confesarte que lo del bebé nos vuelve a mover no sólo en cuanto a los espacios, sino también en cuanto a los planes. Con un bebé más uno vuelve a replantearse las preguntas: ¿y después cómo, con qué? El presente es un aventurero “¡no sé!” y el futuro muchos “¿y ahora para dónde?”... Te imaginarás que todo es una incertidumbre del carajo; pero creo que Juliet y yo estamos bien y mientras nos movamos juntos, podremos ir tirando...

Besos y salud,

Marco.

Hiram:

Un par de amigos de Juliet nos vienen a visitar. Vamos al centro de la ciudad. Gareth está intentando ganar a Neil una apuesta sobre su simpatía con los niños y juega un momento con Dante y con Juliet. Neil se queda conmigo, es un buen hombre y decide hacerme compañía. Neil y yo nos conocimos en México y nos volvimos a ver hasta que conocí a mi suegro, mi primer día en Inglaterra. En aquella ocasión, Neil me condujo en su auto a la casa de los padres de Juliet. Después de ese día no hemos sabido el uno del otro:

—¿Cómo te va con el padre de Juliet? —pregunta Neil, yo sé a qué se refiere.

El día de nuestro encuentro, mi suegro estaba ebrio y aprovechó las limitaciones de mi inglés para hacer mofa y sarcasmo de mí.

Salí de la casa en la primera oportunidad que tuve.

A los pocos minutos Neil me fue a buscar. Yo estaba caminando sin rumbo y él se me aparejó y dijo algo más o menos así:

—No hagas caso del viejo: su vida ha sido tan desastrosa que, para no hacer una continua lamentación justificadora, es irónico por rencor contra el éxito de los otros.

Neil discurrió un poco más de esta manera. Caminamos en silencio y luego pregunté:

—¿Estás diciendo que su sarcasmo sólo le salva de confesar que es un tipo que no vale nada?

Neil se quedó callado. Yo no podía parar:

—Si lo piensas bien, su fracaso es imposible precisamente porque no vale nada, pero no se da cuenta que por eso nadie se lo recrimina... No, esto es falso: los demás son amables con él, porque un buen gesto les sirve para demostrar que la caridad desinteresada existe. Esto es: él no vale nada, pero es útil.

Comenzó a correr un poco de aire. En vez de contestar, Neil empezó a dar brinquitos y a restregarse las manos para calentarlas antes de meterlas en los bolsillos de la chaqueta. Después de un instante dijo:

—Me gusta tu resentimiento. Quizá tendrías que agregar que su mutismo no es depresión (como dicen), sino la intuición de que lo mejor para él es callarse la puta boca.

Los dos empezamos a reír y apretamos el paso para regresar a la casa, porque el frío empezaba a calar.

Eso fue hace tiempo. Ahora el viejo a diario está apoltronado frente al televisor hasta que se va a acostar, al día siguiente se levanta para tomar el desayuno que le espera en la mesa, donde lee el periódico. Luego irá hacia el televisor, hasta que le vuelva a dar hambre o regrese a la cama. Es un estómago semi-ambulante, perezoso y —ahora— amable, porque después de una embolia cerebral no puede seguir una conversación ni mucho menos intentar una agudeza. Sus recuerdos

lejanos son lo único que tiene, no recuerda nada de hace un par de años para acá: apenas ha aprendido mi nombre y he tenido que recordarle varias veces que soy el esposo de su hija —tengo que referirme a ella por su nombre, porque tiene un par de hijas y podría confundir el dato. Adora a Dante porque no necesita conversar con él y Dante lo considera una especie de muñeco, al que acude con frecuencia para obtener un poco de atención.

Neil vuelve a preguntar:

—Entonces, ¿cómo te va con tu suegro?

—Somos el uno para el otro —contesto.

Neil asiente.

Luego empezamos a hablar de fútbol.

Querido Rafa:

Por acá hay noticias... Hace unas semanas nos mudamos, la nueva casa es mucho más linda, un poco más espaciosa, mejor diseñada y por desgracia es más cara —y hay que ver las facturas de la renta para justipreciar la alta estima en que los ingleses tienen por un cuarto para uno mismo. Sin embargo, las apreturas económicas se pagan lo suficiente con la comodidad de nuestra pequeña familia. Esta mudanza prepara un evento que aún no se realiza en todas sus consecuencias, pero

cuya dimensión me sobrecoge: vamos a tener nuestro segundo bebé para junio del próximo año.

Gracias a la pulsión maternal de Juliet “decidimos” agrandar la familia. El plural es necesario a pesar de las comillas, porque las órdenes no se discuten, se ejecutan (eso dice mi papá cuando se pone filosófico ante mi madre). Aquí entre nos, dicen que los bebés traen la felicidad, lo que no se acota es que implican más trabajo y en mi caso ciertas consecuencias. Por ejemplo: ir a México se dificultará más con los nuevos gastos (económicos y físicos), pues nuestro equilibrio va a ser un poquito más precario. Ya te estaré contando...

De nuestro chaparro actual: Dante está más manejable y divertido: su nivel de lenguaje es muy bueno en inglés (al nivel de los bebés ingleses) y en español es normal o un poco menos, pero para los bilingües siempre se espera que los dos idiomas vayan un poco retrasados, así que pienso que la vamos llevando sobresaliente con él. Aún está muy chiquito para entender bien la llegada de su próximo hermanito, pero le vamos familiarizando con la idea poco a poco.

Por tu parte, ¿cómo pinta la vida? ¿Sigues de tiempo completo al borde del infarto energético?

Te abraza,

Marco.

Ella sale con su brújula infalible y una carreola con el bebé más hermoso del mundo, regresa con un nuevo cacharro, o con la noticia de que alguien le ha vendido una batidora seminueva por un par de libras, un librero, algún mueble. Su norte no son las cosas, es la gente: las oye, las hechiza con su oído, la gente dice que su conversación es interesantísima; pero yo que la conozco bastante, sé que es de pocas palabras y muchas sonrisas, que cuando está con extraños se vuelve la persona perfecta, y ellos no pueden saber que es una persona real. Ella va por las calles de esta ciudad como si fuera embajadora del trópico, y la gente le agradece la buena nueva de que el sol sí se pone en algún otro lado. Poco a poco ha ido amueblando la casa con las cosas que consigue aquí y allá. Ella sale con su brújula infalible a caminar con Dante, a visitar a una nueva conocida a quien ha conquistado con sus historias del mundo extremo: Japón, México, Rumania, y un hijo de pelo y ojos negros que juega en dos idiomas.

Ahora que te has ido todo se resuelve en pequeños asuntos cotidianos, simples y sin interés. Regreso a casa sin pensarme a mí mismo solo, sino común, vulgar y sencillo, sin ese brillo del estar contigo. Hay algo que

me falta, pero que llena los vacíos y los ratos de estar conmigo mismo. En ocasiones regreso por la tarde a la casa que habitamos juntos para tomar un café. Leo y sabe bien la lectura, han sido días hermosos, pero es difícil estar sin ti. Me anima mucho el saber que ya vienes. Que eres la promesa de una tarde.

Me agrada amarte como te amo.

30

(De tiempo atrás a la fecha)

Tú me regalas un espacio que no es metafísico. Creado con los detalles que impone la gracia normal de tu movimiento. Así como se reconoce a la gente por el timbre de la voz, las ligeras variaciones de las cosas que te acompañan y que tocas forman una aureola material en tus contornos que te distingue de los demás. En nuestros espacios se reconoce la estela que dejas por donde te mueves: no encuentro las cosas y me hace gracia, aunque en realidad nunca las encuentro, pero es que ahora tú eres la confusión. O, mejor dicho, ahora eres sólo tú y alrededor de ti, sólo la confusión. A veces pienso que no hay promesa de más allá que no se reconozca en el más acá de tu manera de colgar el teléfono, en cómo tendiste la cama y acomodaste los platos para que todo estuviera tal como yo lo dejo, y lograste con ello sobreponer un nuevo sesgo a las cosas

que han estado allí desde siempre mirándome con su rutina. Retocando involuntariamente el orden cotidiano haces sentir sin violencias tu transgresión, y construyes los grandes cambios con pequeñeces que acepto con la indulgencia de un viejo que mirara jugar a un niño pequeño en su jardín. Y todo te sirve, todo prepara la invasión de mis espacios más íntimos. Así como manejas una pluma entre la anfibia disposición de tus dedos, que más bien parecieran preparados para golpetear sobre la mesa, con esa misma sencillez trastocas una sonrisa en una irónica curiosidad sobre un aspecto interesante, mas no contemplado, de lo que te hizo sonreír. Y al poco ya estás hablando de cosas que tienen cierta relación con alguna rara filosofía tuya –que en tu voz parece algo sencillo y fácil– y de las variaciones plausibles de una respuesta, que podría ser la de algún problema vuelto importante, en una transición de lo ordinario a lo trascendente que ha ocurrido sin sobresaltos, pero con vívida exaltación. A veces no quiero seguirte, mas en un recodo del discurso esperas o caes por la espalda con una broma que hace cambiar todo de dirección. No sé si es tu estrategia, pero desde la distancia etérea de los argumentos, una fácil tendencia a pasar a la cama encarna los placeres de lo ideal en la dialéctica de los cuerpos. Parecieras encontrar una sensualidad en un razonamiento de la misma manera en que hallas en el comedor una disposición estética y naturalmente ordenada de objetos que generan el ambiente de un comedor que es mío y que a la vez es la antesala de un

descubrimiento. Es así como hacemos el amor y como tu cuerpo todo puede ser tu sexo, o como me conviertes contigo en algo que no soy y sí, y descubrimos juntos nuevas funciones de cada una de las partes de nuestros cuerpos que antes parecían haber sido hechas específicamente para otra cosa. He descubierto en tus muslos el misterioso paisaje de tus senderos y sé que el mundo pasa por tus piernas para perderse en tu interior. Yo no saboreo tu boca sino el mundo que me regalas en ella y que para ahorrar complicaciones consiento en seguir diciéndole a los demás que sólo es una boca, cuando en realidad yo sé —y tú lo presentes— que no es eso, sino algo que escapa a definición, porque tu boca verdadera huye de la cómoda rigidez de un orden acabado del mundo, y en general lo inventa, como te inventa a ti misma y a ella que es a veces ala y a veces fruto y camino y descubrimiento y sonrisa o cualquier otra cosa.

31

Alva:

Estamos en un potrero cercano a los campos universitarios. Cortamos un poco de hierba para ofrecerla a los caballos. Lo cargo sobre la valla y Dante les habla invitándoles a comer el pasto que les extiende con la mano, los caballos ni lo miran y él empieza a frustrarse.

—No te entienden —le digo.

Dante me pide que lo baje al suelo, me habla en inglés, así que yo rephraseó su petición en español y él sólo dice: “yes”. Últimamente los ratos que pasamos juntos no son suficientes para hacer que el castellano sea para él algo natural. El español no es para él una mediación inmanente de lo real, quizás sólo una secuencia de sonidos, palabras extrañas que no todos entienden.

—Los caballos no te entienden porque ellos usan otro lenguaje —le dice su mamá mientras se acerca un poco más a los caballos.

Dante parece animarse con una idea y corre hacia ella para preguntar bajando la voz: “¿El idioma de papi?”

32

Juliet y yo hemos estado conversando sobre algo urgente. Dante no ha podido seguir la conversación, pero siempre quiere la atención total de Juliet:

—Mami, mami: *talk to me! Talk to me!*

Después de un par de intervenciones como ésa, Juliet voltea a verlo:

—*Well, I am going to talk to you? What are we talking about?*

Dante piensa un momento y responde:

—Mami, mami...mmh, *what you doing?*

Hiram:

Ayer entró la primavera con 2 grados centígrados bajo cero. Hoy quitamos escarcha del carro y en las calles hay hielo... Esta mala calidez no haría siquiera un excelente invierno mexicano. El climático anuncia más días así; la gente ya está harta, mas sólo queda pensar en que quizá la otra semana será mejor. Como sea este método de paciencia ha dejado de ser efectivo para mí.

Colí:

Por las mañanas voy con Dante a tomar el autobús para llevarlo a su guardería. Pasamos por unas jardineras donde hace equilibrios sobre estructuras y maceteros y jugamos a las escondidas. Yo suelo llamar su atención sobre las plantas y los insectos; lo invito a observar con respeto detalles de color y textura –a veces le pido que tenga cuidado de no pisar el lodo o las heces de animales–. Dante escucha atento y devuelve mis atenciones mostrándome más hojitas o insectos.

Quiero que valore la percepción sensible de lo natural y que use el castellano, pero suele contestar en inglés. Sin embargo, ayer hubo un resultado de mis empeños:

le di un tiempo para esconderse entre las plantas, salió corriendo en sigilo buscando lo más recóndito, pero de pronto empezó a llamarme con vocecita entusiasmada.

Él estaba detrás del seto, en cuclillas, mirando al suelo con concentración reverente. Alzó la vista y, en español, me invitó a la contemplación naturista con el tono con que le hablo de las flores y los insectos:

—Mira, papi: caca de perro.

35

Araceli:

—El mundo es ancho y ajeno, ¡y no se enteran! —el doctorante español da por sentado mi consentimiento.

Un chico inglés le ha dado un varapalo discutiendo sobre neocolonialismo; después de eso miró la hora, dijo que tenía que irse y dejó al español cociéndose en su propia bilis, rebatiendo en voz alta y en castellano lo que entendió de los argumentos del otro.

Ahora que ya está más satisfecho con el marcador dice:

—Aunque no son más que una isla lluviosa y fría, estos ingleses han aprendido poca humildad; habrá que enseñarles que ya no son el centro del mundo.

Me guardo de decirle que —juzgando por su actitud— la pérdida de un imperio no produce el mismo efecto en todos los países, porque ahora está desatado repartiendo culpas de las expoliaciones y genocidios coloniales.

Cuando me pregunta: “¿por qué no tienen el valor de admitir sus culpas?”; yo lo miro fijamente y cae en cuenta de algo, por lo que añade:

—Bueno, claro, mi país también tiene que admitir algunas cosas.

Usa el tono de quien asume que la desproporción de las responsabilidades ha exculpado a España ante el juicio de la Historia, y con ello se da licencia para continuar denostando a la falta del aprendizaje histórico y la soberbia insular. La perorata es apasionada, con generalizaciones que son toros de lidia, carentes de la sutileza desencantada del humor galo, cuyos refinamientos irónicos remiten al bajo placer de insultarse en la corte (la afrancesada vulgaridad de peluca y aforismo) o a la creencia de que una salida ingeniosa vale tanto como una buena solución. Este hombre habla poseído por una verdad indubitable y burda como la de un inquisidor... cada quien reacciona como puede ante su estatus periférico.

En realidad, no es que su contrincante supiera más que mi acompañante momentáneo, pero las maneras del británico para examinar la cuestión fueron técnicamente superiores. Argumentando sin apasionamiento por posiciones difíciles de defender, sin delatar demasiado sus inclinaciones personales, con el *british know how* del control emocional para enfocar el argumento haciendo caso omiso del tono del interlocutor. En ocasiones felices he visto que esta habilidad produce una deliberación donde se intenta hacer triunfar con gentileza el propio

punto de vista. Allí las reglas de la lógica permiten argumentar y las reglas de la conversación permiten debatir dialogando. En otras ocasiones, un debate ríspido, pero bien llevado permite a los contendientes ofrecerse un reconocimiento mutuo, tal como unos pugilistas honorables se felicitarían entre sí por haberse aplastado las narices el uno al otro. En el extremo de situaciones álgidas, encuadrar el exabrupto de alguien como una ‘reacción inapropiada’, permite verla como un control personal defectivo: una falla que no amerita que los demás participantes de la conversación inviertan tiempo en atenderla ni, mucho menos, se enganchen reaccionando emocionalmente a ella. Yo veo con simpatía la flema local, me parece un rasgo que con frecuencia denota temperancia, su capacidad de dar un paso de lado para observar las circunstancias y de considerar a la ironía como la forma más baja del humor; quizás el legado de una sociedad históricamente dependiente del comercio. No todos comparten mi punto de vista:

—Les falta fuego, ¿te das cuenta? Quizás es este puto clima de mierda —mi compañero en su ruedo de las ideas sigue enfurecido de sus banderillas.

Si bien ese diálogo tan británico pareciera determinado por la intención de dejar precedentes favorables para futuros intercambios comunicativos, no se me escapa que el imperio fue la gran empresa de una isla de piratas ricos. Y que el entrenamiento intelectual para deducir la validez de una conducta desde la aceptabilidad de sus principios respalde consistentemente tanto

sus acciones más nobles como la invasión de Irak. De allí que otros digan que practicaron tanta sangre fría cuando invadieron medio mundo, que de herencia les quedó este carácter tibio frío, reservado. Como sea, es difícil imaginar la trayectoria de una sociedad brutal de guerreros medievales y corsarios a otra cuyo rasgo es la *politeness*.

—La frialdad no está tan mal para mí, que en mi tierra he visto liarse a golpes sobre una mesa de discusión a dos que trataban de arreglar un problema — intento calmarle.

—La frialdad está bien cuando eres un pescado muerto —revira el español y señala como si viniera a cuento—: Estos ingleses no se enteran, creen que en España ‘Do you speak english?’, significa: “¿tienes dinero?”

No veo el caso de contarle que mi pequeña familia es mitad inglesa y confesar con ello mi pertenencia a la categoría inferior de anglófilo. Tampoco veo el punto de externar que la relación de los mexicanos con lo español suele ser de amor-odio, y que el fastidio me está haciendo dejar de pendular hacia el primer extremo; que la mayoría de la población mesoamericana murió gracias al colonialismo evangelizador y medieval ibérico; que si él se enterara de lo que ha sido y sigue siendo el racismo español se daría cuenta que lo que llamaban ‘mestizaje’ fue violación masiva; que ya me tiene hasta la madre y que, para acabar pronto, mi problema no es con los imperios en general o con el británico en particular, sino con el de sus abuelos: que si en lugar de

que una circunstancia histórica me hubiera forzado a aprender el castellano, hubiera hecho al inglés mi lengua, entonces no estaría sufriendo tanto este doctorado, ni mi país estaría tan lleno de prejuicios y mojigaterías y corrupciones peninsulares; que ladrón británico que roba a ladrón peninsular me da igual quién es perdonado; que del fuego al frío, del sol a la lluvia, me alegro mucho de que cuando en el colmo ahíto de su rapiña Carlos V dijo “el sol jamás se pone en mis dominios”, los ingleses aún no le habían arrebatado el imperio del mundo, pero ya estaban dispuestos a la pendencia, animados por el lema filibustero que no es lo mismo pero es igual: “en nuestro país al sol nunca se le ve la cara” (*Come on boys!*).

36

Hiram:

Yendo a tu pregunta: las expectativas respecto a un doctorado en el extranjero dependen de los proyectos personales, así que oír a tu instinto es una medida inteligente. Desde mi punto de vista, la experiencia de estudiar en el Reino Unido es llenadora, pero es muy perra –de entrada, pasas a formar parte de un lumpen intelectual en un país lindo y frío, carísimo, reservado, distante. Aunque no creo que para ti fuera el caso –debido a tus habilidades para hacer relaciones

sociales—, para muchos el doctorado puede constituir un caso de aislamiento existencial horrible, a fuerza de una experiencia académica de punta. Desde un punto de vista pragmático, que es bueno hacer una planeación calculada y la decisión ha de tomarse con criterio, un doctorado no es una finalidad en sí, sino un medio. Ya sabemos que la existencia es mucho más que un grado por lo que hay gente que me ha dicho que no regresaría, aunque les pagaran el triple...

Para mí, venir a UK tenía que ver más con asuntos de pareja que con deseos estrictamente individuales. Antes de mis treinta años estudiar en el extranjero era un canto de sirenas (lo más aventuroso que puede hacer un nerd mexicano), pero ahora venir a hacer el doctorado representa, más bien, una tenue promesa de mejora en mi compromiso de futuro con Juliet —i. e. sin ella ni Dante me hubiera dejado llevar por la ley del mínimo esfuerzo y estaría en México, escribiendo, trabajando—. Al menos se haría un paréntesis en una atmósfera que se había vuelto sofocante en el pueblito donde vivíamos; quizás nos mejore la vida al regresar... pero en un principio las cosas de pareja empeoraron.

Ahora me dicen que fue una depresión postparto (¡más de un año después!) pero en los primeros meses de nuestra llegada, el insomnio de Juliet se recrudeció. Fueron rachas de una o dos noches sin dormir, a veces más; siempre lo suficiente como para que su juicio se ensombreciera y los trabajos cotidianos devinieran callejones sin salida, una trampa cerrándose que hacía

patente que de clase media trabajadora de país pobre habíamos devenido estudiantes paupérrimos en uno de los países más ricos del mundo, que incluso Michaela (una mujer en paro permanente) con su red de acceso a los beneficios del Estado gozaba de más recursos que nosotros. Después del insomnio era eso o cualquier otra cosa, Juliet parecía sufrir de nada durante todo el tiempo.

En esos tiempos nada que yo dijera podía convencer a Juliet de que mi inversión de tiempo en el doctorado no es inusual –intento mantener un ritmo constante, no agotarme en esfuerzos intensos pero esporádicos–. Al regresar a casa recriminaba mi obsesión, que mis malos hábitos y mi pésimo manejo de tiempo eran la causa de mis largas jornadas y de que no tuviera tardes libres para ayudarla con cualquier cosa o para hacer no sé qué. Si por alguna razón yo estaba en casa, entonces parecía estorbarle la respiración. “¿Qué estás pensando?” –decía ella y yo que no pensaba nada era sobrecogido por la prisa angustiada de inventarme un contenido mental que evitara posibles suspicacias que tuviera sobre mí; pues esa pregunta era una bifurcación entre seguir normal o entrar al infiernito de una batería de preguntas de examinación crítica. O a veces se me quedaba mirando y yo sabía que el problema inminente terminaría cuando yo dijera: “I’m sorry”. Lo malo es que en esos momentos no sabía de qué y me costaría una gran inversión de emoción e inteligencia enterarme de las razones de su molestia y generar las disculpas del caso. Tenían que ser las apropiadas, por supuesto, unas

generales no valdrían pues se molestaría aún más. Mi paso por la casa le parecía una estela de desorden, antes de yo terminar mi comida, ella me apuraba limpiando la mesa; una prenda mía dejada en un lugar inapropiado desataba una acción relámpago de limpieza y reacomodo, que dejaba claro que yo estaba perturbando el orden previo; todo eso me llevaba de regreso a la biblioteca a la menor oportunidad... El humor de la madre se le transmitía a Dante y formaron un circuito cerrado de exclusión; de una extraña manera, ella hasta parecía querer protegerlo de mí y él leía apropiadamente la señal rechazándome.

Hice cuentas. Sobrevivíamos con mi beca que apenas alcanzaba para la renta de la casa y el sustento familiar, no había manera de buscarme un cuarto, separarme. Quedaba tirar la toalla, abandonar todo, regresar a México... me imaginé en mi mismo trabajo de antes (quizá aún podía recuperarlo): los bondadosos me verían con lástima; los propensos al morbo se acercarían a saludar para ver mi rubor o mi reacción a su sorna; los de la envidia se relamerían pensando que mi fracaso probaba que no eran peores que un subalterno con deseos de estudiar y la alquimia de sus pasiones les engrandecería las maneras con gestos magnánimos y más órdenes innecesarias... evalué mis chances. Aguantaría el vendaval adentro y afuera de casa: intentaría sacar el doctorado y me iría hasta que sacara el proyecto o, en su defecto, los responsables de la medida me dijeran que yo no tenía tamaños para llevarlo a cabo, no antes;

pues padezco de orgullo y, de otra manera, esa dolencia me pudriría la cara.

Poco a poco cambiaron algunas cosas: Juliet recibió tratamiento efectivo contra el insomnio, empezamos a tener vida social, nos mudamos a una casa mejor; la trabajadora social le enseñó a Juliet que había de mostrar a Dante que ella está con nosotros dos y no sólo para él; pasé con nota sobresaliente mi examinación de primer año. Ya encaminados en la mejora, en distintas ocasiones presenté a Juliet a un par de doctorantes que hacen ejercicio conmigo en la cascarita semanal. Ella pensaba, a priori, que eran unos forofos futboleros y temió una conversación sobre estadísticas y parafernalias relativas; pero mis amigos y sus parejas le encantaron y, en tardes o veladas muy agradables compartidas con ellos, Juliet se ha enterado de que mi caso no es patológico, sino que los horarios estrictos, jornadas larguísimas, tiempo bien planeado, pero siempre insuficiente, es lo normal para la supervivencia académica. Las estadísticas de la dureza de vivir con un doctorante cambiaron su perspectiva, comenzó a tolerar y hasta verme con simpatía. Después fue conociendo más gente, más actividades la requirieron y empezó a disfrutar su tiempo por acá. Se ocupó de ayudar a otros... cuando no encuentra problemas que resolver los inventa y, como tengo que para mí que el problema más difícil de todos es convencerle de la inexistencia de su invención, prefiero que se ocupe de aquella manera —que eso la hace una persona adorable para los demás.

En fin, ya es tarde y no tengo esperanza de que mi lucidez se despierte en segundo aire, así que te dejo... seguro que, más que ayuda para ti, mis líneas son mi desahogo, pero no sé qué decirte... por fa cuídate mucho... y suerte con tu decisión.

Yo.

P. D. Algunos dicen que todo en la vida tiene sus contras y que la felicidad la constituyen satisfacciones que nos sabemos dar, pero tengo para mí que lo mejor de cierto tiempo pasado es que ya pasó.

37

Juliet y Dante están viendo televisión. Dante se rasca el trasero.

—¿Tienes ganas de ir al baño? —pregunta Juliet.

—No.

Después de un momento Dante vuelve a rascarse.

—¿Quieres hacer popó? —pregunta Juliet.

No.

—¿Entonces por qué te rascas la cola?

—*That's what boys do, mummy* —explica Dante y continúa mirando la tele.

38

Colí:

La semana pasada armé la cama matrimonial. Dante insistió en ‘trabajar’ conmigo, pero muy pronto se aburrió y se fue a jugar a su cuarto. Yo invertí un par de horas más ensamblando maderas, martillando, apretando tornillos.

En algún momento, Juliet –que trajinaba en la cocina– subió las escaleras para ver qué tan adelantada estaba la faena. Me encontró de rodillas frente a la madera y preguntó cómo iba todo. Me levanté secándome el sudor. Dante regresó corriendo desde su cuarto, bamboléandose pasó entre nosotros, se paró en el lugar donde yo había estado, dio un martillazo con una herramienta de juguete, luego volteó a ver a su mamá cómo si no se hubiera dado cuenta de que ella acababa de entrar y dijo con expresión solemne:

—*We have been trabajando very very hard.*

Hiram:

Como prevención contra interrupciones de embarazo por motivos de género, el hospital revela el sexo del bebé hasta el tercer ultrasonido. Un amigo holandés me pregunta por qué he decidido conocer el sexo del nene, aduzco que para darle un carácter más personal

en mí. “Puedes tratarlo como persona sin saber su sexo”, contrapuntea mi amigo poniéndome frente al espejo de mis prejuicios de género. Aparte de aquella sinrazón mía, la poca utilidad práctica que tuvo el conocimiento de que es un varón, fue concentrarnos en la búsqueda de nombres para niños (no he llegado al punto de ignorar las marcas nominales de género).

Los estándares de selección no eran muchos: una pronunciación agradable desde la escritura fonética del castellano y desde las rarezas del inglés. A menos que la etimología sea algo terrible, el significado no nos importaba tanto, pues consideramos que un nombre simplemente es un sonido para identificar a una persona... A pesar de todo, ningún ruido ha alcanzado el pase.

Ya hemos descartado de consumo los nombres bilingües (‘David’ el primero de ellos). Con la única sugerencia que había sobrevivido unos días (‘Ruben’, así sin acento), yo cometí la estupidez de contar a Juliet que mamá me dijo que en México suelen pronunciar por mofa “Burrén”, el nombre fue desechado sin más por el alto mando en nuestro cuartel general.

He presentado varias listas de propuestas que, indefectiblemente, han sido rechazadas una a una. Más allá del hartazgo, mi estrategia se redujo a no demostrar signos negativos ante cualquier nombre que complaciera a Juliet y que no me pareciera indeseable, pero ofreciendo pistas de que mi aceptación era un efecto de la propuesta y no un presupuesto de partida. Sí, ya sé que mi magnífico plan parece “ponle el nombre que

sea que quiero dejar de llamar “el niño” a nuestro hijo”, pero es la mejor que se me ocurre (supongo que estarás asombrado por el *know how* de los que, como yo, nos dedicamos a la belleza de las palabras).

Volvimos a repasar nombres bilingües y sonidos más o menos agradables, pero nada pegó; pedí que me dejara elegir a mí y nos hundimos más en punto muerto. Muchos nombres castizos son impensables para un hablante británico: ‘Rodrigo’ le es impronunciable, ‘Yvo’ le suena a ‘evil’, ‘Mario’ le parece nombre de vendedor de helados italiano, “Marco” jamás de los jamases tanta megalomanía, y Alonso o Diego, demasiado estereotípicos.

Juliet repetía este inventario a quienes se animaban a oír la dificultad cultural para nuestro acuerdo y la chiripa llegó a salvarme cuando el oído inglés de una de sus conocidas filtró mal uno de los extravagantes sonidos de la lista de nombres castellanos. Al pronunciarlo mal dijo que le parecía lindo y Juliet convino en ello. La palabra existe en dialecto *cornish* como nombre para George... Y aunque Juliet aún dice que cuando nazca el bebé tendremos más elementos para decidir entre los dos, te comento que yo creo que *habemus nomen*; sin embargo, no agregó más, para que ningún signo negativo me deje sin palabras que usar para llamar a mi nuevo chamaquito.

Besos,

Yo.

Alva:

En el autobús suena mi celular, es David. Me cuenta que le ha ido de la mierda en una presentación:

—Me puse nervioso, tío: una cara de duda me hizo consciente del fuerte acento que tengo y mientras más intentaba corregir mi pronunciación peor sonaba yo; al final todo era una barbarie de guturalidades hispánicas acuchillando al inglés. No criticaron nada, seguro que no por amabilidad, sino porque han de haber pensado que no les hubiera entendido... Te juro que hablo mejor que eso, pero no sé qué me pasó, tanto nervio, vaya, tío, joder...

El Davo tenía esperanza de conseguir algún dinero con esa aplicación; para animarle, yo salto al mar de la autoconmiseración desvergonzada y autoirónica, y compartimos catarsis telefónica riendo de buena gana de nuestras miserias y decepciones íntimas. El autobús deja de ser un espacio público, y lo convierto en un espacio reservado, gracias a la membresía de mi idioma, que es como un código secreto en un país de gente de por sí reservada. Ah, con qué libertad desnudo mis miserias al teléfono; mis fealdades, mis taras y cojeras pasean por todo lo alto expuestas en la vitrina de un segundo piso urbano en medio de la ciudad, mientras todos los parroquianos conservan su cara de ocasión, distraídos

en sus asuntos, ajenos, distantes. Lo mejor de ser una isla lingüística es la libertad y el deleite exhibicionista de poder usar el teléfono como un confesionario en medio de un autobús repleto de pasajeros.

De pronto veo que debo bajar.

Lo usual es moverse uno en su asiento apuntando las rodillas hacia el pasillo e invadiendo unos centímetros el espacio contiguo, esta suele ser una señal insoslayable: la mayoría de los compañeros de asiento reaccionan de inmediato saliendo de su reserva, algunos musitan el automatismo “*oh, sorry...*”, una de las palabras más repetidas en el país, que a veces precede a un “*I am in your way*”, dicho sin ironía. Cuando el compañero es uno de esos que no se percatan de inmediato, entonces se requiere que uno carraspeé levemente. Creo que no sería considerado apropiado darles un toquecito en el hombro o en el brazo; en todo caso, no estoy seguro, así que mejor evitar ese contacto a toda costa. Los más tardados en reaccionar, como la compañera de asiento que me ha tocado en este viaje, lo hacen hablar a uno, así que levanto la voz y empiezo a decir en inglés: “*Excuse me, could you...*”, pero la mujer se gira hacia mí rápida y sonriente, casi familiar y cómplice:

—Sí, sí, claro, pasa, pasa. Soy española: te he entendido todo.

I. Septiembre, casi tres años antes, en el sur de México.

Sólo se puede gritar así a la hora de morir. Pero doña Lupe podía aguantar un poco más de dolor ajeno.

—Puja, hija, puja. ¡Échale juerzas!

En algún momento había amanecido y en algún otro el sol había llegado al mediodía. Concentrado en no flaquear yo no noté ninguno de los dos sucesos. Según la teoría de parteros, yo debía dar apoyo, seguridad, confianza, aliento. Según doña Lupe:

—No. Usted ya no le hable porque se le van las juerzas. No le hable; que puje, que puje.

Según la teoría, esto sería un proceso de muchas horas más.

Doña Lupe la partera me llamó aparte para darme un consejo, pero en realidad sólo para hacer presión: quería inyectar oxitocina.

Según la teoría, los estimulantes no eran necesarios.

—¿Hay algún problema? —pregunté—. Dígame si todo está bien.

—Sí está bien, sale porque sale. ¿Cómo no?... Pero quiere una inyección.

La gente de la región suele usar el verbo ‘quiere’ con cierta tendencia animista: una planta no ‘necesita’ agua, sino que ‘quiere’ agua; un machete ‘quiere’ que le saquen filo; hasta una piedra también puede querer las cosas más curiosas.

—Quiere una inyección porque el niño está sufriendo.

—Pero usted acaba de decir que todo estaba bien...

Por principio Juliet quería tener al bebé en casa y su empeñamiento se acendró más ante los ginecólogos que indefectiblemente presentaban a todo parto como un error de la naturaleza que se podía corregir con cesárea, con bisturí y con cualquier producto químico que les acomodara. Una comadrona era la opción que habíamos elegido al *establishment* médico en nuestra región mexicana y en las entrevistas que tuvimos nos había convencido que todo se haría de la manera menos invasiva, contestando nuestras preguntas con respuestas que complacieron nuestros prejuicios.

—Sí está bien, pero quiere una inyección —insistió.

No discutimos mucho. Después de pedirle razones, opciones y posibilidades, doña Lupe sólo insistía en la inyección y aludía a la inminencia del alumbramiento.

—Podemos llamar al ginecólogo. Subir al carro, manejar hasta la clínica del pueblo —dije.

—¿Y qué? ¿Quiere que el niño salga en el carro, en medio de un cerro?

—¿Entonces, ya?

—Sí. Si ya ha coronado.

Cada vez que usaba expresiones de su oficio, la partera hablaba firmemente y remarcando los términos que ella creía que describían exactamente su apreciación profesional de la situación. Como de costumbre, yo no entendí.

—...Entonces, ¿ya está saliendo?

—Sí. Si ya coronó, quiere una inyección.

Juliet y yo cedimos a la petición de la partera. Después de un asedio de horas contra nuestra negativa y nuestra tranquilidad; ya no teníamos recursos para negarnos a pesar de que sus direcciones nos parecían en contra de lo recomendado. Al principio de la jornada tratábamos de animarnos con que algo sabría de su oficio; al final yo ya no le traducía a Juliet las instrucciones más absurdas que se le ocurrían: “que no respire de esa manera porque jala al niño hacia arriba”, “que no camine tanto porque se va a cansar y no va a empujar con ganas”.

—Ahora puja, puja con juerzas.

Mi esposa casi se desmaya. Algo no parecía correcto. Según la teoría ella no debería desmayarse. Entre gritos y sudores le hablé para reanimarla, para rogarle que hiciera el último esfuerzo. Pero doña Lupe tenía sus propias opiniones:

—No ya no le hable, que puje.

—Sí, espere... es que está mal... Se está desmayando —intenté esgrimir una justificación.

—El bebé está sufriendo —advirtió ralentizando la última parte de la frase.

—¿Qué? —esto me tomó por sorpresa, hasta el momento doña Lupe había asegurado que todo era normal.

—El bebé está sufriendo. Así que entonces ahí ustedes saben... -agregó como el niño que retira sus canicas en el momento en que sabe que son más importantes para el juego.

—El niño está sufriendo —volvió a decir.

—Sí, espere... Ella está intentando. Realmente está intentando.

—Si algo le pasa al nene, entonces no es mi culpa —dijo con un movimiento de hombros y haciendo un puchero con los labios.

En un rancho en medio de los cerros, cerca de ningún lugar, la mujer que amaba necesitaba soporte y ayuda. Podía morir, y yo y ella solo podíamos confiar en doña Lupe. Y ella lo entendía muy bien, así que afirmó dejando caer las sílabas en una cantaleta:

Yo-ya-di-je. Ah, yo-ya-di-je... Si algo le pasa al nene, entonces no es mi culpa; yo ya dije.

Yo ya no la oía. Si en algún momento pude haberme acordado de Dios, de pedirle algo, de rezar porque existiera, fue en ese. Pero estaba yo demasiado ocupado como para hacerlo.

Ese estado de la faena se prolongó largo tiempo; todos hincados, con ojos irritados por el trabajo de parto de toda la noche, empapados de fluidos amnióticos y sudores. De pronto algo cambió, una especie de segundo aire se hizo visible en el rostro de la parturienta, sus músculos se tensaron y en dos o tres esfuerzos, la cabeza del bebé apareció claramente, saliendo de inmediato por completo y en unos segundos el cuerpecito del recién nacido salió expelido hacia el exterior como un pescado triunfante.

Yo no sabía que la primera bocanada de aire no es inmediata y el cuerpo inmóvil por unos instantes me pareció sin vida: el cumplimiento de todos los ma-

los presagios de la bruja en que doña Lupe se había convertido. Todos conocen el cliché de esa espera de fracciones de segundo que se prolonga eternidades... al final: el bebé estalló en llanto y con eso, mis sollozos.

Doña Lupe sólo dijo:

—Ya ve. Faltaba juerza.

42

II. 27 de junio, East Anglia.

Juliet llama al hospital, ellos nos asignan un equipo de parteras y preguntan si acepta recibir a una comadrona más, quien realizará sus prácticas profesionales. Las mujeres llegan casi enseguida, nos encuentran trapeando la casa porque estos días el instinto de nido de Juliet se ha activado como un afán de limpieza impenitente, y es más fácil restregar todo varias veces que convencerla de que no sería necesario.

Una de las mujeres ya nos había visitado para revisiones de rutina. Ella es la que habla más y asertivamente, otra —la más joven atiende sus indicaciones y la tercera las observa. De primera impresión, confundo sus roles, más tarde Juliet me aclarará que la jefa del equipo es la silenciosa y no la que habla mucho, agregando que hablar mucho no es tener autoridad es sólo hablar mucho.

Las enfermeras usan su instrumental para monitorear los signos vitales de la madre y del bebé, cruzan

miradas de entendimiento, calculan el tiempo que falta para el alumbramiento y éste les parece suficientemente amplio como para que pronto todas estén tomando una taza de té mientras esperan.

Aconsejan que Juliet camine por la casa, pero ésta es tan pequeña que a ella le produce sensación de hacinamiento; como por fortuna no llueve, ella y yo salimos a dar una vuelta por el vecindario. Mi papel es guardar la calma y dar apoyo, y la presencia de las profesionales del parto me permite caminar del brazo de mi esposa confiado en que mi mayor preocupación son los problemas actuales del argumento de mi tesis. Cada vez que regresamos de una vuelta por el vecindario, las parteras revisan el estado de avance del trance y deciden si podemos volver a caminar.

Poco después de que llegaron, las parteras han recibido llamadas de otra parturienta que esta noche ha sentido las contracciones *braxton hicks*, pero a quien el hospital le informó que ya no hay equipos de comadronas que le ayuden y que tiene que dirigirse al hospital. Sin embargo, la parturienta está empecinada en tener el parto en casa como es costumbre y deseo de la mayoría de los británicos, así que les ha hablado directamente a ellas diciendo que aguantará el parto hasta que terminen con el nuestro. La inocencia de la primeriza les hace sonreír y encogerse de hombros.

En nuestro último regreso a casa las matronas han apartado la tetera y las tazas y nos sugieren que espere-
remos adentro, dicen que es tiempo de prepararnos.

Yo llevo los trastes al fregadero, mientras dos parteras cubren con hule el piso de la sala que ha sido elegida para acoger la labor de parto. La partera locuaz me alcanza en la cocina y pregunta si estoy listo para ayudar, respondo que por supuesto, dice que le parezco bien pero que tiene que checarlo verbalmente mientras me ve a la cara atentamente, sin más me da el *vo. bo*.

Cuando en la sala comienza la última etapa, el equipo de comadronas trabaja ajustándose a la frecuencia de los dolores. Mientras una enfermera checa signos vitales del bebé y de la madre, otra revisa y da instrucciones ad hoc. Mi papel es sencillo: sostengo a Juliet e intento tranquilizarla, distraerla de los dolores iniciales, recordarle las técnicas de respiración que conocemos, coordinándola para que las lleve a cabo—. Mientras ella no entre en pánico por el dolor, el parto será relativamente más fácil desde un punto de vista externo. Una contracción la sorprende y no puede contener un grito, al pasar eso que desde afuera parece un inmenso calambre atroz me dice que no recordaba que doliera tanto, que quizás algo está mal. ‘Es así, después no te acordarás, así fue la vez pasada’ respondo, luego le asalta la preocupación de que Dante pueda despertar y asustarse ante nuestra ausencia o ante la escena y pregunta si podríamos buscar otro lugar para llevar a cabo el parto, si las puertas están cerradas para que no lleguen los gritos hasta la camita del niño; que si podría monitorear si está bien. Yo sé que transita terreno peligroso e intento enfocarla: “No, mi amor, quizá lo único que

hemos hecho bien con su crianza es enseñarle a dormir con ruido en la casa, recuérdalo”. Una de las parteras agrega que no sabe por qué pero que los hijos mayores nunca despiertan mientras ocurre el nacimiento de sus hermanitos por más escándalo que se produzca, algo evolutivo seguramente. Pronto el dolor le hace olvidar cualquier otra consideración e hinca los dedos en mis hombros, intentando mantenerse en pie, pero las rodillas se le doblan y sus manos bajan hacia mi cintura arando mi espalda con las uñas. Alrededor de nosotros las parteras usan sus aparatos de monitoreo, palpan, revisan y dan indicaciones precisas; se entienden con los ojos, mantienen la calma, ofrecen palabras de aliento, dan órdenes técnicas, son eficientes, seguras, amables...

Dante despertó por la mañana, bajó las escaleras y se sorprendió un poco de ver tanta gente en la casa: las parteras aún estaban arreglando algunas cosas. Dante en silencio, se acercó con curiosidad al bultito que cargaba su mamá, con asombro le vio la cara. Mientras nos abrazábamos le mostramos un par de murciélagos de goma que habíamos puesto dentro de la mantita de Jego:

—Mira: el bebé te ha traído un regalo, ¿te gustan?

Dante los miró con gusto:

—Sí, se llaman Sam y Píbo.

Un rato después se fueron las parteras y nos acurrucamos los cuatro en la cama. Y Dante dijo, con un aire mixto de pregunta y confirmación:

—*We are Daddy, Mummy, Baby and Dante... We are a family.*

43

Queridos todos:

Salud. Disculpas por la tardanza en contestar, o en enterarlos, de la nueva nueva: nació Jego (sí, lo sé, pero es con 'J' de 'Juliet' o 'James', no de 'Juan' o 'Jorge') nació el 28 de junio a las 04:20, 4 k.

Juliet y yo estamos felices, pero adentro de otro periodo en que el único propósito de la vida es dormir un poco más cada noche... ya saben, todo normal: llantos y popós cada 3 horas más o menos, noches brevísimas, días densos y lindos, un montón de trabajo más que hacer... pero sabemos que todo este esfuerzo es temporal (cuando él y Dante cumplan 18 años irán a la universidad, a trabajar o a conocer el mundo... en fin).

Marco.

44

Jego está envuelto como un paquetito en la silla portabebé.

—Básicamente sólo duerme, come y hace popó —dice

Juliet.

—¿Está todavía en la etapa de excrementos líquidos?
—pregunta un conocido que ha venido a dar sus parabienes—. ¿De qué color es su popó, todavía amarilla?

—Amarilla brillante, ya pasó la etapa negra del meconio... —empieza Juliet, pero Dante interrumpe orgulloso en la conversación:

—*Me: Brown!*

45

Álvaro:

Una nota de internet informa que murió Francisco Cervantes. La nota dice que era un gran poeta y traductor; refiere cierta extravagancia y lo llama cariñosamente vampiro, noctámbulo, anticuario del lenguaje, y lo etiqueta con el denominador común de escritor raro. La nota es de hace unos dos años.

En aquel entonces, Francisco Cervantes tenía dos días sin comer cuando lo fui a buscar a Querétaro. Él hacía cola en una oficina esperando la explicación del recorte de sus pagos. Yo lo había conocido en la Ciudad de México, gracias a Raúl Renán, y me había enamorado de su personalidad y cultura. Lo invité a comer y, en un gesto que no pudo repetir, insistió en pagar un par de expresos en un lugar que le gustaba para charlar.

Después lo vi muchas veces en la Ciudad de México para ayudarlo en una supuesta búsqueda de trabajo que servía para que mis invitaciones a comer no parecieran caridad. Yo citaba a los empleadores interesados en restaurantes del centro de la ciudad y él me agradecía más este gesto que aquel de la búsqueda de empleo, pues en un par de restaurantes rechazó ofertas cuyo salario le pareció bajo –todo esto después de que los posibles patrones se hubieran solazado con una sobremesa de poesía, traducción, educación, política y cultura.

Francisco no tenía en qué caerse muerto y mi red de contactos se agotó en un santiamén, así que tuve que pedir a colegas interesados en conocerlo que fingieran ofrecer un puesto para acompañarnos a la mesa, mientras ellos y yo compartíamos los gastos. Las primeras dos veces que se repitió la experiencia, Francisco hizo su rutina: habló y comió con agrado y finalmente rechazó la oferta.

La tercera ocasión el comensal palero no se presentó, Francisco pareció decepcionado, pero yo le dije que fuéramos a comer; él propuso una cocina económica en donde lo saludaron con familiaridad. Fue directo a un rincón del fondo y ordenó a la mesera sin ver la carta, mientras esperábamos se puso a hablar en un tono confesional, intimista.

Aunque mencionaba con frecuencia su afición por el Portugal, hasta ese momento no había tocado directamente su amor por una mujer portuguesa. Había vivido en esa nación y amado por primera vez en portugués, por lo que el lenguaje natural de las emociones le

parecía ese castellano sin huesos de los lusos. Por una asociación extraña el español, su lengua cotidiana, le pareció inapropiada para sus experiencias “originales” (así llamó a la emoción intensa), así que decidió ir a buscar un lenguaje más cercano a lo que quería expresar. Lo fue encontrando poco a poco en un viaje de retorno a través de los siglos.

En un principio su estilo se volvió afectado, luego rancio y arcaizante, y pronto empezó a abandonar su castellano del siglo XX para escribir en otra lengua más cercana al crisol de mezcla del árabe y del latín, una más apegada a la espiritualidad reverente de los guerreros norafricanos y a la credulidad céltica de los paisanos ibéricos. Su gusto se volvió muy añejo y el dominio de esa lengua muerta le facilitó el goce y la escritura de jarchas, seguidillas y otras formas líricas antiguas. Algunos filólogos validaron la corrección del lenguaje de sus textos y convinieron en que su ritmo era apropiado según una pronunciación probable en el siglo XIV. Francisco Cervantes se decepcionó del resultado, no sólo porque despreciaba a los profesionales del estudio textual por considerarlos mercenarios de poca sensibilidad artística, sino porque se dio cuenta de que, si la belleza arcana que buscaba en el lenguaje aún era apreciable por audiencias modernas, entonces no había ido lo lejos que debía en su búsqueda estética.

Más allá estaba el latín, de muchos conocido, y más acá el árabe, lengua bárbara y sin gracia: así que empezó a buscar regiones incógnitas de la tierra ibérica reconstru-

yendo sus lenguajes desde las bases con las que contaba. Lo hizo bien, lo supo porque en otra ocasión recitó uno de sus poemas ante otros filólogos de la península y todos quedaron en silencio, después de un rato alguno atrevió deducciones sobre el significado de unas palabras y entre varios intentaron corregir la pronunciación adecuándola a otra habla regional. Francisco Cervantes malició que daban palos de ciego, porque en realidad no habían comprendido nada de lo importante.

Ese poema le había costado una semana completa de trabajo intenso desde el momento en que concibió la imagen original; y durante todo el periodo de su afán vivió con la certeza de la belleza, no hubo una miga de duda y entendió que por fin había encontrado la señal del camino que quería seguir. A las dos semanas tenía otro poema más grande y muchas notas para varios textos más. Cuando a los pocos meses esos filólogos le pidieron que les leyera algo, se presentó con un legajo grande y orgulloso que desplegó en una mesa. Eligiendo textos, leyó durante veinte minutos ante el silencio especializado de su audiencia; al terminar, la generalidad de un par de preguntas le hicieron patente que había logrado quedarse solo en la contemplación de una belleza incognoscible para los modernos. A pesar de su regocijo, por un momento el sabor amargo de la frustración le volvió a la boca. No lo volvieron a invitar a dar lectura de obra.

Y aunque los jóvenes, como yo, aún se acercaban a él buscando instrucción y enseñanza, ninguno de sus seguidores fue tan lejos como él, ninguno pudo acercarse.

Su mayor victoria fue disuadirlos del camino discipular. Aunque todos lo admiraban por la obra de su primera época creadora, de vena superficial, guardaban un silencio respetuoso al pensar en su búsqueda estética de madurez y no pocos comentaban entre susurros que eran desvarío de genio obsesionado o de viejo loco. Él había renunciado a la intermediación de un lenguaje inapropiado para la singularidad de la belleza que buscaba. Por ello se quedó solo y su obra publicada es sólo un parapeto para aquella producción escritural que no vio la luz, y que no tendría perdón ni regreso. Tampoco es que le importara: al final de nuestra búsqueda, como al final de una plegaria, siempre estamos solos.

46

Con cánticos y cariños, ella crea un aura para ese ser pequeñito que tiene entre sus brazos. Durante el día lo arropa y arrulla, y un aura rítmica cuenta al bebé cómo es el mundo donde lo esperábamos, y las palabras lo acogen y lo van posando en este afuera de su vida previa hasta que se queda dormido entre gemiditos y aromas de vida nueva: “*So hush little baby, don’t you cry, // Daddy loves you and so do I.*”

En la madrugada, Jego llora con un llanto quedito.
Es mi turno.

Mientras lo alimento, intento recordar cantos de cuna, pero es como si esa tradición hispánica se hu-

biera perdido, al menos, en mí. De aquí que no puedo hablarle de tú con la música que se inventó para seres pequeños como él, así que le canto al mundo para que me oiga mi bebé: *“No voy a hablarles de un hombre común, // haré la historia de un ser de otro mundo, // de un animal de galaxias. // Es una historia que tiene que ver con el curso de la Vía Láctea”* – afuera cae un agua purísima y sé que seré fiel a este instante de alegría durante muchos años.

Recuerdo que hace meses pensé que amaba a Dante y a su madre, y que temía que ya no tendría corazón para más; pero el ansia se disipó cuando tuve a mi nuevo bebé entre los brazos. Algún día este nene me enseñará que no hay nada nuevo bajo el sol, pero que uno puede asombrarse otra vez y siempre, como por primera vez, con la existencia de los perros y los pájaros y la lluvia. Por el momento, a él sólo le importa el abrazo y el cariño, así que me obliga con su magia poderosa a sentir todo el amor que me requiere.

Supongo que la “Canción del elegido” no es apropiada, ni los sones ni los boleros que se me ocurren, pero sólo intento hablarle mientras lo apapacho, esperando que entienda mi mensaje en el desvelo: que el amor, la confianza, se ganan y se renuevan con los pequeños heroísmos de paciencia, tan propios de los suaves cantos de cuna –tan lejos de la estridencia–, susurros de cantos épicos tan propios de las madres, tan propios de los padres.

Araceli:

Desde que nació Jego a la gente le encanta el juego de ‘a quién se parece el bebé’. Dado que los parientes están todos lejanos, nuestros conocidos buscan referencias de semejanza en los rasgos de Juliet o míos. Así sucedía con Dante, en ambos casos la gente ha enfocado la diferencia significativa enmarcándola contra el contexto: allá en México decían que nuestro bebé se parecía a Juliet (“es de piel clara”) y acá al contrario, dicen que Jego se parece a mí (“es de pelo oscuro”). Yo veo a Jego parecido a sí mismo, un mediatierra entre la rubia Albión y Mesoamérica –o, si hay que conceder–, idéntico al bebé más hermoso del mundo que cada padre tiene entre sus brazos.

La gente dice que parece un gemelo de Dante, pero son las notas distintivas las que resaltan para mí, pues mi tendencia a encontrar patrones está inhibida al interior de mi pequeña tribu. Hace tiempo, al llegar a este país, me ocurría lo que a los aborígenes de la isla les ocurre con mis hijos: todos los nativos eran iguales ante mis ojos; en aquel tiempo, una amiga mexicana en la misma circunstancia me dijo: “todos los güeros se parecen”. Al principio sólo se nota el fondo de la falta de color general y sobresalen rasgos menos comunes: una cabellera ensortijada, una belleza sorprendente, una

altura de gigante. Pero eso puede cambiar: los rasgos de la otredad reflejan nuestra manera de mirar.

48

La amo contra todo lo otro, contra aquello que amaba por costumbre. La contrapongo a mis recuerdos de muros destruidos, calles devastadas, vidas sin porqué. La busco más allá de trenes, puertas y esquinas y amigos que ya no existen, que están en otras tardes, en otro sol, en otra edad. La amo contra antiguas historias de tormenta y centella y heroísmo. La amo en este silencio, calmo, cerval; bajo nuestros abrigos de segunda mano, en este caminar apresurado y tiritante, parecido tanto tanto a la ternura.

La amo desde otra lluvia, desde que era premonición, mera señal desde otros cuerpos. Desde que su cintura sólo existía en una forma de mi mano y no era cómplice en el abrazo. Desde que las palabras maduraban su invocación en los desiertos y las imágenes ascendían en círculos de viento. La amo desde el eco de las casas vacías que acechaban su sueño, mi sueño.

En este minuto ella no sabe que ella es desde siempre, y sólo sonrío y dice: “Dame la mano, ven, apresúrate, hace frío” y yo contesto: “Espera”, pero quiero decir que la he alcanzado, que estamos caminando juntos.

Colí:

Dante no deja de mirar el reloj de manecillas pequeñas que tiene en su muñeca. No sabe interpretarlo por eso pregunta a cada rato ‘qué hora es’, siempre aventura una posibilidad después de su pregunta: “¿son las treinta en punto?”. En orden azaroso y cada cinco minutos imagina que quizá son las ocho en punto, las tres en punto, las cien en punto. Hasta el momento no ha atinado, pero una vez le dije que sí, que efectivamente eran las ciento veintinueve en punto, y entonces entrecerró los ojos mirando más fijamente la pequeña carátula como si se asomara a un misterio. Minutos después me preguntó si eran la dos en punto y le dije que no, pero esto pareció no importarle.

Por la tarde, hizo todo el camino a la guardería con su corto bracito frente a la cara observando el segundero; cuando lo fui a recoger su reloj había sido prestado por turnos a sus amiguitos y él lo ofrecía muy orgulloso a cualquiera que quisiera portarlo. En la noche, mientras yo le leía su historia para antes de dormir, lo venció el sueño con el reloj frente a su cara. El relojito es lindo tiene colores brillantes, manecillas luminosas en un fondo rojo, verde y negro con un diseño deportivo, es un reloj para niños, como el reloj de mi hermana que yo rompí de tanto darle cuerda el primer día de tenerlo prestado.

Antes de irse a dormir Juliet me cuenta que, ayer en la tarde, Dante había tomado el reloj de un aparador afe-rrándolo en su manita preguntando si podían comprarlo, que ella había dicho que después y se había olvidado del asunto, pero que él lo había colocado frente a la caja de pago cuando la cajera había preguntado “¿algo más?” y ella no había tenido corazón para devolverlo al ver la mirada esperanzada del niño: “parece bueno, pero no fue muy caro”, me dice. Las últimas dos horas de trabajo frente a la computadora las paso con una sonrisa.

Al terminar la jornada, me desvisto en la escalera frente a la recámara y al meterme bajo el edredón trato de no perturbar el ligerísimo sueño de Juliet. La abrazo por la espalda e intento no tocarla con mis piernas frías, el colchón está helado pero antes de que mi cuerpo lo caliente me quedo dormido pensando en la lista de los pendientes del día siguiente.

En la madrugada un ajetreo tremendo irrumpe en el ambiente y mientras intento discernir si ocurre en mis sueños o dentro de la casa, unos pasitos apresurados llegan hasta mi lado de la cama, la luz de la lámpara se enciende deslumbrándome de súbito y entonces Dante intenta abrirme los párpados con sus deditos mientras pone la muñeca de su reloj frente a mi cara preguntando interesadísimo:

—Papi, papi: ¿es hora de dormir, es hora de dormir?

Álvaro:

Nos miramos las caras, el cansancio de una media hora de futbol se nota más en las arrugas y canas, vacilamos. La propuesta era jugar entre doctorantes y profesores para relajarnos y evitar competir en desventaja física, pero la primera sesión de este club dominical de veteranos se ha visto interrumpida por un grupo de muchachos de alrededor de los 20 años, todos extranjeros, un brasileño lleva la voz cantante. Quieren jugar un partido con nosotros. Nuestra falta de forma y de aliño contrasta con la delgadez atlética, deportiva y juvenil de los recién llegados. Dolf, el holandés, el mejor jugador de nosotros es el único entusiasta en dejar la puerta franca.

Todos notan de inmediato que el joven brasileño tiene fintas y finuras del futbol de salón y, ambiciosamente uno de nuestros compañeros, otro mexicano, simula facilitar la repartición de jugadores pasándose a ese grupo y solicitando a otro par de nuestros jugadores extranjeros que se vayan con él. La repartición nos deja al holandés y a mí con los británicos, jugadores esforzados, pero no tan técnicos como los que seleccionó mi compatriota.

Antes de iniciar defino un sistema para mi equipo y los ingleses se aplican conmigo atrincherando la defensa, pero sufren pateando sombras, cazando fantasmas. En las cascaritas en la isla el futbol es rápido, balones

y galopes largos, un ejercicio directo, veloz, la gente se mueve con fuerza, sin vacilaciones, ataca el balón franca, duramente pero sin mala fe. El brasileño usa las inercias que genera esta dinámica para hacer fintas, finge un escape, se detiene, cambia de ritmo, esconde la bola, la pisa, la cepilla, hurta el cuerpo, hace juego de piernas, un golpe de cadera, amaga un esprint, cambia de dirección, da toques sutiles de la bota para alterar una trayectoria y dejar la pelota a modo para que otro toque la regrese casi al punto de donde salió o ella gire, derrape maliciosa y vaya hacia donde no se le esperaría, juguetona, con jiribilla; es futbol de calle pero en cancha grande.

Desde el punto de vista de un observador externo, los ingleses parecen asombrarse con el césped debajo del cuerpo del brasileño: lo encuentran lleno de recovecos y curvas, el balón no aparece donde debiera, no sigue la simpleza de las leyes de un Newton básico, el espacio se ha vuelto relativo, los tramos y las zancadas que les servían para jugar ahora son esfuerzos toscos, demasiado ingenuos, tercos y torpes les hacen trompicarse; el cerebro les ordena recortar pasos o regresar corrigiendo hábitos y automatismos, pero todo es complicado y abrupto, existen más ritmos que la explosión súbita, más trayectorias que la línea recta, más capas y niveles que a ras de piso o la altura de un cabezazo seco hacia la portería. Sin embargo, los de la isla son jugadores de equipo, saben manejarse en la defensa con gritos o miradas de entendimiento, no la trabajan solos, y yo estoy con ellos.

Ante el estilista brasileño tengo que anticipar, evitar que controle, no dejar que voltee o achicarle. Doy voces, le hablo a todos y a mí mismo: la posesión se gana con posición, cubre la espalda, busca el dos a uno y cuando te toque un mano a mano, entonces concéntrate en el balón, no te entregues a la finta, retrocede, flota o achica, ataca, ojos fijos en la bola, lo único que importa es el balón, no te pasmes, acéchala, no alargues la pierna porque sí, toca, desvía, prensa la bola, gánala, imponte y si él te corta la vuelta, si no te enfrenta, entonces decide lo conveniente, da una orden, organiza el escalonamiento de tu equipo, ordena una cobertura o hazla tú mismo y anúnciala para que los otros cubran posición, si lo vuelves a enfrentar y lo alcanzas haz contacto con las manos, jala, tira, empuja, llavea con los brazos, desestabilízalo, tiene que sentir tu presencia, ponerse nervioso, saber que estás allí, que cortas el flujo, que ganas los duelos, que te recuperas de un quiebre, que no cejas, que necesitas sólo una oportunidad, que tu intervención será clínica, que la pelota será tuya.

Contra las expectativas de quien repartió jugadores, vamos ganando el partido por varios goles de diferencia y con portería en cero. El grupo de ellos se ha desmadejado, no aparecen las relaciones entre sus jugadores, no aparece el equipo. En cierto punto hacen un alto, discuten, se convencen de que es necesario un correctivo y se reparten tareas, buscan agregarse a un sistema que haga que sus aparentes superioridades individuales produzcan resultados.

Reiniciamos y, aunque por un momento parecen ofrecer resistencia, nada cambia sustancialmente y se vuelven a quebrar, algunos de ellos empiezan a mirar el reloj. Detienen el juego como si fueran a hacer otra charla técnica, pero varios deciden irse, algunos parecen molestos.

Nosotros estamos exultantes, llenos de energía, queremos seguir jugando. La eficacia de nuestro fútbol industrial le ha ganado al despliegue artístico de las cigarras futboleras.

Los que quedamos acordamos organizar otro partido. Con unos conos de plástico reducimos el perímetro de la cancha, hacemos otra repartición de jugadores y tomamos posición. El brasileño de las fintas seguirá jugando en el equipo rival; ahora mis ingleses no parecen dar importancia a esto, pero, por las miradas que intercambiamos cuando repartimos tareas de sistema, me es claro que mis colegas reconocen las habilidades magníficas del jugador. Me gusta lo que noto en mis compañeros: una atención tensa y dispuesta, un espíritu de grupo, estamos afinados para contender otra vez y, de pronto, justo antes del silbatazo inicial, el brasileño sale corriendo a hurgar en su mochila. No da explicación, así que un par de mis ingleses elucubran con cara de póker:

—¿Qué está haciendo?

—No sé... Quizá ha ido por unos zapatos brasileños especiales para canchas un poquitito más pequeñas.

Hiram:

Y a pesar de esta miseria, digo que la vida no está en otra parte sino en un contento tranquilo que conmueve en ondas sucesivas, en sentir que la juventud se escapa sin desespero en lo frágil, y con la suavidad de una certeza transparente y azul. A veces recuerdo el amor herido y alado en el que tanto quise perderme, y recuerdo que yo nunca tuve altura para amar por sobre todas las cosas ni para elevarme por encima de lo que soy. Así que esos cielos se reservaron para otros distintos que yo y mis sueños sencillos. A mí me gusta la minucia laboriosa y sus infiernitos del día a día, agradezco la inconsciencia que engendra esta tarde y su renuncia a enunciar verdades y, sobre todo, la charla que no convierte lo maravilloso en utopía.

Araceli:

—Es un caso de nostalgia lingüística —su acento áspero hace eco en la habitación.

El brasileño lo mira amablemente.

El catalán continúa su explicación:

A los hablantes del español la lengua catalana y la portuguesa les parecen los idiomas más bellos. El castellano ha perdido los sonidos suaves de muchas vocales: es un idioma duro, inapropiado para comunicar las emociones.

Aunque yo los he presentado hace poco y estamos los tres solos a la mesa, desde que empezó a hablar de las características de las lenguas de España, el catalán se dirige sólo al brasileño –en un espacio tan pequeño esto implica no desviar la vista del interlocutor ni unos centímetros–. El brasileño alterna sus miradas entre su interlocutor y yo, intentando incluirme en la conversación, pero en vano.

El catalán se refiere a los hablantes del castellano como a damnificados lingüísticos, víctimas de un desafortunado accidente histórico que nos ha dejado tullidos para la expresión. Sus enconos regionalistas se subliman en comparaciones entre las lenguas, desestimando el castellano y, en general, lo que no pertenezca a Cataluña. No me da pie de entrada en la conversación, como si el único papel que me quedara fuera el de salvarme de mi complicidad criminal con mi lengua nativa, optando por una más bella y completa.

Ahora ha complementado su ninguneo con lisonjas al portugués, como intentando hacer causa común en estrategia de ‘mayoriteo’ conversacional. El brasileño reacciona a los comentarios diciendo algo sobre cualidades del portugués que no ha encontrado en otras lenguas. El catalán concede como si todo eso abonara a sus argumentos.

Yo intento una broma para aligerar el ambiente y de paso no me privo de una pulla:

—La opción de Saramago me parece más sensata: en lugar de comparar lenguas y optar por una sola, mejor optar por la fusión del español con el portugués para usarla en toda Iberoamérica.

No estoy seguro de que Saramago haya dicho tal cosa, pero me complace oponer su aura contra el tono autoritario de las afirmaciones previas.

El brasileño sonrío y dice algo sobre la belleza del portuñol lo que, por supuesto, no puede incluir al catalán.

El catalán simula hacer caso omiso, pero inicia otra andanada de afirmaciones para reforzar su lección sobre la lengua deficiente y al final de la perorata hace una pausa y declara:

—En suma: a los hispanohablantes les gusta el catalán porque es muy expresivo y les hace intuir que el castellano no es un lenguaje apropiado para las emociones.

Como siempre, ha pronunciado la última palabra, así que aprovecho esos segundos de silencio:

—Me encantaría saber qué opinaría Neruda sobre lo que acabas de decir.

La cara del catalán se alarga, mientras yo sonrío al brasileño y me despido.

Al cerrar la puerta, oigo que alguien tartamudea otra justificación.

Colí:

Con frecuencia se puede ver una fila de autos acechando detrás de algún ciclista, en orden perfecto esperan la oportunidad de poder rebasar con precaución. En mis primeros días pedaleando en estas tierras no dejaba de mirar sobre el hombro, acelerando a lo que daban mis piernas con la sensación amenazante de recordar los cafres de México, pero aquí la civilidad de los choferes es conmovedora.

Las rutas de transporte público pertenecen a compañías privadas y el boleto es caro. El lado positivo es que para evitar el gasto excesivo más gente camina o usa la bicicleta, el negativo es que cierta gente, como los ancianos, sale poco de su casa. Antes de conseguir una bicicleta, cada mañana caminaba con Dante hasta la parada de autobuses para dejarlo en la guardería. Al subir y al bajar las escaleras del segundo piso del camión, le instruía ‘agárrate como chango’ y él me abrazaba con sus piernitas y brazos, pegando su cara a mi cuello para evitar un golpe contra los tubos y pasamanos por el bamboleo del viaje. Al regresar por la tarde, indefectiblemente se dormía en mis brazos y tenía que cargarlo junto con toda la impedimenta por las cuestas de este barrio hasta la casa.

Cuando un conocido mexicano regresó al país me regaló una bicicleta vieja que no viraba bien a la de-

recha. Yo resolví esa complicación planeando rutas con el menor número de esquinas del lado malo. La bici de ruedas pequeñas originalmente era plegable, pero alguno de sus dueños soldó sus partes y la pintó a brochazos groseros de colores chillones, de manera que la pobre parecía un cacharro para un acto de circo. Con ella yo hacía menos de la mitad del tiempo que caminando hasta la uni los días que no me tocaba llevar a Dante. Era tan fea que la primera semana la dejé estacionada a la entrada de la casa pensando que nadie en su juicio querría robarla, pero los borrachos que salían del pub de nuestra esquina la tomaban para payasear por la cuadra y, cuando el ánimo carnavalesco terminaba, la estacionaban en algún jardín aledaño elegido al azar alcohólico.

Después otro amigo mexicano me llevó a un deshuesadero donde los estudiantes egresados abandonan la bicicleta que compraron para su tiempo en Norwich. En la universidad hay varios de estos tiraderos cerrados por malla ciclónica y candados, dentro de ellos las bicicletas todavía útiles se oxidan como si fueran basura. El tiradero que me mostró mi amigo estaba en el sótano de un edificio y todas las máquinas eran viejas, pero cualquiera era mejor que mi bici.

En una tarde engrasé cadena y baleros y reparé una ponchadura. En un bazar compramos una silla portabebé para ciclista y ahora llevo a Dante a la guardería:

—Esa grande con la lancha en el jardín, ¿qué es? -pregunto mientras pedaleó.

Desde su silla, Dante mira la casa:

—¡Castillo! —para Dante todas las casas grandes son castillos.

Yo estoy intentando enseñarle los sufijos:

—Más bien es una casota y aquella otra que vimos era una casita. Esa otra pequeñita, ¿qué es?

—Castillito —dice Dante, aplicando su clasificación arquitectónica a una cabina de jardín.

Me rio y él ríe conmigo, pero sin entender de qué. Le digo lo que se me ocurre sobre lo que vemos; mi intención es que se acostumbre a los sonidos del español, que algún día podamos hablar en esta lengua sobre casas y cosas, de fútbol y de bicicletas y de lo que sea. Le pido que ponga las manos bajo los faldones de mi chamarra porque el viento hiela y perdió sus guantes en algún lugar, pero él ya se ha dormido.

Allá en mi pueblo, papá llevaba su mercancía en el portabultos de su pobre bicicleta, el esfuerzo de sus piernas se traducía en tortillas, pan y leche. Al lado del camino se iban quedando millones de dinero establecidos en buenos techos y construcciones. Pocas cosas se necesitan para armar un pedacito de vida en equilibrio, en movimiento precario, pero no se puede dejar de pedalear, cada golpe puede ser un grano de arroz.

Con la espalda encorvada sobre el escritorio o sobre el manubrio, leo y pienso y escribo, y cada pujido de la mente, cada pedalazo del alma puede ser una línea en inglés lo suficientemente correcto como para poder ayudar a la construcción de un párrafo, cada línea avanza

un poco más hacia el punto final. No se puede dejar de pedalear: en el portabultos llevo algo infinitamente más precioso que mi mercancía de palabras.

Álvaro:

Un muchacho observa a los otros comensales de la cafetería, frente a él las viandas permanecen intactas.

—¿Eres mexicano? -digo al pasar.

Se le ilumina el gesto y me ofrece un lugar en la mesa.

Me hace preguntas con entusiasmo y me cuenta cosas sobre su vida actual: dedica sus ratos libres a conseguir lo necesario para su vivienda, a conocer la ciudad, a caminar. Hace un par de semanas que llegó y aún no logra romper el hielo con nadie:

—Son amables, dicen “por favor” y “gracias”, saludan, se despiden; fuera de eso todo lo demás es trabajo. El primer día me invitaron a salir con ellos a la hora de comer, los seguí y compraron un sándwich frío que regresaron a mordisquear frente a sus computadoras.

Señala la comida que tiene enfrente: “¿quieres?”, meneo la cabeza, él intenta sonreír con la boca cerrada. Le cuento que quizá haya paisanos nuestros en un piso superior donde se reúnen todos los días a comer. Él toma su charola y se levanta sin esperar más.

Los mexicanos no están en el lugar habitual y yo debo ir por Dante a la guardería, le digo que intentemos al día siguiente y lo dejo otra vez solo frente a su comida. Salgo de la cafetería y él me mira a través de las vidrieras como quien perdiera el último tren de la noche.

Mientras me alejo pienso que un signo de mi adaptación es mi gradual asociación del comer con la mera satisfacción de una necesidad básica. Los ingleses son un pueblo industrial que han sacrificado al horario de trabajo y a su idea de progreso toda suculencia y sobremesa. En contraste, pueblos como el nuestro se invierten grandemente en el placer de comer —que es como hacerlo en significado, pues qué mejor receta para la felicidad que celebrar la comida con tanto gusto y las sobremesas parecieran probar que un estómago lleno causa tanta bonhomía como una conciencia limpia—. La oración de agradecimiento de la comida de mi tía la gorda era: “antes de morir hay que vivir”; ella aconsejaba seguir las restricciones médicas sólo con medida: nada con exceso, que privarse del gusto de comer no prolonga la vida, sólo la hace parecer más larga.

No es que yo haya olvidado el gusto sensual por la comida, sino que he aprendido a quitarle su carácter social al acto de comer, a despojarlo de misticismo cotidiano. La celebración social de los sabores no es costumbre habitual, la gente no hace tiempo para reunirse a comer y con ello se pierde ocasión para el aprecio de texturas y consistencias y, por supuesto, las sobremesas consecuentes. Por mi parte, noto que la

energía y tiempo que ahorro en esa sensualidad gustativa tiene efectos innegables en mi eficiencia laboral (No sex, no food, please. I am British), mas con frecuencia tengo nostalgia del hambre mexicana.

La mesa compartida es tan propicia para intercambiar historias, compartir y evaluar percepciones, refrendar valores que la costumbre mexicana de reunirse a comer se vuelve aún más fuerte entre mis paisanos. Por sí misma, la inexistencia de un receso en la jornada inglesa les plantea un enigma para la charla: si la mesa no es un lugar socialmente sagrado, entonces ¿dónde gozar de la compañía del prójimo-familiar?, ¿dónde parar y concentrarse en ser persona (con los otros) por un rato?

Por su parte, la tradición culinaria británica tiene la peor fama. La buena cocina inglesa no es inglesa, sino hindú –o la de cualquier otra parte del mundo por ellos colonizado–. Un lujo exótico para ejercer el esnobismo del buen paladar.

Los británicos se mofan de sí mismos sugiriendo que su expresión, análoga a nuestro ‘buen provecho’, es: “Never mind” (“Ni modo”). Aunque usan mucho ‘cheers’, que es una expresión preliminar de la bebida (un ‘salud’) o ‘enjoy your meal’ (‘disfruta tu comida’), ellos han necesitado importar el aura de exotismo cultural del “bon appétit” francés. La ausencia de una expresión nativa similar al “buen provecho” para honrar el gusto por ‘la comida con otros’, indica la inexistencia de un contexto apropiado de origen: falta un ritual social de los alimentos tal como el que tienen alrededor del

té –tan importante que un test de desarrollo de niños pequeños evalúa que puedan jugar a servir una bebida imaginaria en tacitas de juguete (“Tea?, –Yes, please.”).

Aún me sigue asombrando el arrobo que produce el hervor de un cacharro en quienes se reúnen a compartir tazas de té y quejas sobre el clima. Esta comunión laica está acendrada en el corazón de la vida inglesa; el hecho de que el mayor secreto de la cocina inglesa sea el agua hervida difícilmente se entiende desde la perspectiva del paladar extranjero. En el aborígen, el paladar *gourmet* puede distinguir matices en el misterio secular de la ebullición del agua: unos grados de más o unos grados de menos, unos minutos antes o unos minutos después de que rompa el hervor son cruciales para la cocción, la marca de la gran cocina nativa. Las verduras cocidas con sal –que acá no pudieron evolucionar hasta la sopa- son otra piedra angular de la mesa tradicional del inglés, y no son mera falta de imaginación culinaria, sino el epítome de la ebullición como una eucaristía de la simpleza gustativa.

Aquí se come algo llamado “marmite”, aunque parece un engrudo negro y salado en realidad es un extracto de levadura –quizá el parecido con el agua hervida más harina la haga apetitosa en estos lares, pero para muchos foráneos el menjurje es asqueroso-. Un eslogan publicitario o *vox populi* reza que “o la amas o la odias”; hasta donde sé, el éxito comercial del producto se reduce a unos pocos países bajo mucha influencia británica, lo que según yo muestra que el eslogan está hecho para

vencer la resistencia de quienes la miran por primera vez, pero que a la lengua gustativa no se le convence con retórica. Un amigo brasileño me contó que el producto se fabricó para suplir las necesidades de proteína de la población, en un régimen de racionamiento de una de las guerras en las que se embarcó el país; la necesidad hizo el conocimiento y el hambre hizo el gusto.

En países con veranos verdaderos prescindir del horario de comida y siesta sería contraproducente. No sólo porque la necesidad básica de comer permite una oportunidad para detenerse en los sabores, en el regusto de la sobremesa y en el descanso de la digestión —conjunto que es toda una experiencia estética si sabe aprovecharse—, sino porque con la modorra las horas del calor difícilmente son productivas. Aquí en cambio los hábitos alimenticios se ajustan a una jornada laboral de 9 a 5, así que el desayuno o el almuerzo son casi inexistentes y la comida más importante se debe hacer al regresar a casa por la tarde.

En esta tradición cultural se reduce la dimensión simbólica de las comidas asimilándolas a la función corporal de la ingesta, no se invierte demasiada energía mental en el asunto sibarita del buen comer. La sociedad está orientada hacia la obtención de resultados, adictos a la presión viven apegados a un horario estricto donde el tiempo para lo importante es equiparado al tiempo para trabajar. La gente llega cada tarde a hacer preparativos para seguir el día siguiente: grandes cantidades de comida fueron cocinadas el fin de semana para

poder sacar porciones del congelador calentarlas en el microondas y comerlas frente a la TV o a una copa, una manera común de relajarse. Seguramente los ingleses no perciben los alimentos como mero tentempié, pero lo cierto es que la comida no es evento suficiente para detener el trabajo en las horas previas.

Elucubrando desde los sabores, a veces parecería que la reserva inglesa es una simple melancolía que deja la mala mesa, o a veces que el sazón es producto de ese carácter británico –ambas explicaciones podrían ser complementarias–. Las malas lenguas dirían que, así como los caníbales adquieren el coraje de la carne de sus enemigos, el carácter inglés es efecto de su comida. Si este país no hubiera sido centro de uno de los más grandes imperios del mundo, probablemente este desentenderse de la sensualidad gustativa –horror de sus vecinos franceses, que llevan su cocina como estandarte de honor– sería marca de estupidez civilizatoria, pero, dado el carácter de las cosas, es visto más bien como una curiosidad cultural.

Cuando llegué al país, una amiga mexicana me advertía en el mercado: “la sopa la toman fría, la cerveza caliente y toda insipidez la condimentan con vinagre”, la recuerdo ahora que quisiera terminar con una nota sabrosa esto que escribo, pero sólo se me ocurre pensar que he contaminado mis relaciones humanas de sinsabor y que últimamente las condimento sólo con cerveza o con vinagre –pues releo estas líneas y veo que ni siquiera

me acuerdo del nombre del chico mexicano que acabo de conocer en la cafetería—. Esa amiga mexicana decía que su simpleza culinaria niega a los isleños tres placeres fundamentales de la vida: el desayuno, la comida y la cena, pero que esto no es una muestra de estoicismo, pues por mero hedonismo triplican la cantidad de la cena. Esa exageración olvida que en las últimas décadas ha habido una mejora de la oferta en la variedad y el sabor de la comida que se consume en los restaurantes de la Gran Bretaña (dato soslayable desde la perspectiva de un becario latinoamericano). Si en los 70 la cocina británica tenía fama de ser la peor del mundo, en la época actual al menos la alta cultura culinaria ha cambiado, hay muchos chefs internacionales británicos, y cierto público está acostumbrado a probar cocinas de todo el mundo. La comida exótica es uno de los tantos lujos que puede pagarse los ingleses actuales, pero este placer culinario es parte del exceso presupuestal, regalo suntuario que se ofrece a los bienqueridos o a uno mismo, no elemento fundamental de una forma de vida.

Mi amiga también tiene una teoría para explicar el *upper-lip* inglés —lo que llamaríamos un ‘estirado’—, ella dice que el estereotipo es real y que sería norma en el mundo si todos tuviéramos que tragar medicina a diario pellizcándonos la nariz con los dedos o, por otro lado, si fuéramos ingleses y tuviéramos que atenernos a la comida que acá normalmente se pone a la mesa. Esto explica que la nariz levantada sea una actitud propia tanto de

ocasiones sociales como íntimas, pues se entrena en el corazón del hogar británico, allí donde uno ríe y ama, y come. De allí mismo que la reserva inglesa sea un disfraz íntimo y que, según mi amiga, el humor y el afecto se expresen desde rostros que ya quisiera un cadáver.

Salud,

Marco.

55

Araceli:

Las compras del supermercado son un *tour de force*. Juliet y yo solemos tomar sendos carritos para subir a un hijo por carrito, pero Dante siempre quiere estar en el mismo carrito que Jego —lo cual no se puede por su tamaño y porque empieza a jugar estropeando cosas o a molestar a Jego por puro aburrimiento—. Así que en algún punto solemos dividir la lista y separarnos para revisar diferentes secciones. En esta ocasión tenemos un carro casi lleno, otro con dos niños inquietos y se nos está haciendo tarde, por lo que Juliet se queda con Dante en el carro más vacío y yo paso a Jego al carrito que va lleno para esperar curioseando en la sección de vinos, quizás haya alguna oferta interesante.

Jego está aprendiendo a gatear y su juego favorito es lograr que lo ponga en el suelo e incitarme a que lo persiga huyendo de mí. Esto último lo hace moviendo brazos y piernas a toda velocidad de una manera energética pero descoordinada; pasados unos segundos su ansia le hace mirar hacia atrás para saber qué tan lejos estoy. Debido a que las proporciones de su cuerpo le harían rodar como un escarabajo si volteara sólo el cuello, tiene que detenerse y sentarse con la cabeza erecta de frente hacia mí. No se da cuenta de que no avanza casi nada, así que me toca hacer mucha alharaca y movimiento estático, hasta que él se emociona lo suficiente como para salir a escape para llegar otra vez exactamente al mismo punto. Él ríe y se cansa mucho, así que seguro que en su mente ambos hacemos maratones.

Ahora que Juliet y Dante nos han dejado, él no se puede mover de su asiento y afianza sus manitas a la barra de seguridad, agitándose y riéndose con grititos de anticipación, porque lo estoy mirando de manera juguetona mientras avanzo las manos moviendo los dedos extendidos, haciendo la mímica taimada y la risa artificial que preceden a una amenaza de cosquillas:

—¡Ahora sí, panzón: te voy a comer a besos!

Mientras me acerco a Jego veo de reojo que detrás de un estante se asoma una señora vestida de negro que empieza a caminar hacia mí. Me mira con los ojos muy abiertos, una expresión enajenada y a pesar de sus años avanza con rapidez; yo rodeó con mis brazos a mi hijo, con calma, pero preparándome para algún imprevisto.

La señora se para muy cerca de mí, a distancia suficiente para que su susurro sea nítidamente audible:

—No había oído ese idioma en 30 años... ¿De dónde vienes?

Lo dice en español y con un tono que hace pensar que si yo le contara que vengo del futuro o de un pasado prehistórico me creería. Me ha hablado así porque de alguna manera para ella eso es cierto: es una catalana que se casó con un inglés de una aldea de esta región, en la que ha vivido durante más de 40 años. Sus hijos crecieron y se fueron, ella enviudó; sin parientes en España decidió quedarse a morir en su nueva patria. Vive sola y muy de vez en cuando viene a la ciudad a hacer compras. Me pregunta que si conozco más gente que hable castellano por estos rumbos; menciono la universidad, un club de hispanoamericanos, cosas así. Sin más preámbulo, me cuenta que teme que, si deviniera senil y sólo hablara catalán o castellano, nadie la entendería, ni sus hijos; luego se despide.

La veo dar la vuelta por donde vino.

—Guau. Qué fuerte estuvo eso, ¿no? —le digo a Jego—. Tú no me vayas a hacer eso de no entenderme cuando me vuelva viejo, ¿eh?

Y Jego se ríe y agita sus pies y sus manitas porque, después de la intrusión de un posible futuro, él y yo estamos, aquí y ahora, en nuestro juego actual.

Colí:

Dante es daltónico, pero sus amigos de guardería ayer le han convencido de que el color azul claro de su chamarra es para niñas y hoy, terminante, se niega a ponérsela con enfados que ha de suponer –siguiendo la instrucción de su pandilla– que son muy masculinos... De todos modos, empezaba a quedarle un poco justa. Cada vez que lo llevo a jugar al parque desde hace un par de semanas le gusta que tomemos el balón y la mochila con mis arreos de fútbol. Por su parte, él siempre hace lo propio con algunos juguetes; pero sigue sin darse cuenta de que el velicito rosa mexicano brillante, coqueto y femenino en el que está guardando sus animalitos servía para las cremas y trebejitos de belleza de su mamá.

Alva:

—Lo que causa la enfermedad son los virus, no el frío —dice Susy.

—Sí, pero el frío hace vulnerables nuestras defensas —Denis intenta arropar a su bebé.

Sabía que mi amigo no iba a ganar esta batalla de los arropos, lo sabía incluso antes de ver que Susy y Juliet se sonrieran cómplices: las consejas inglesas mantienen que el frío es bueno para la salud y en la calle uno puede ver pasar a las señoras empujando una carriola en la que un bebé va cubierto sólo con pañal y playerita, cuando uno tiritita bajo la ropa de abrigo. De manera que sonreí ante este *déjà vu* de una pareja bicultural con un primogénito nacido en Latinoamérica y un bebé programado para nacer en el país de la madre, donde el padre hace un doctorado.

Aquí la gente aprovecha cualquier salida del sol para intentar broncearse —seguro que en algún año se perdieron el verano por no haber salido pronto a recibirlo— y no falta algún compadrito que salga con bermudas, playera y chanclas, cuando uno usa cuanta ropa de abrigo haya a la mano. En épocas de frío, los solteros se reúnen en los cafés y en los bares y cuando llega el verano, y el campo hermosea y se puede vivir, entonces pasean y viajan más. Pero las familias como las nuestras tienen que hacer vida en los interiores de sus pequeñas casas, por lo que es un deleite encontrar con quien compartir.

Denis y yo nos conocimos en el fútbol, reconocimos nuestros patrones familiares, pactamos un encuentro y nuestras parejas hablaron de sus vidas nómadas, y de su reciente regreso a casa. Nosotros encontramos en una tierra de origen donde el aprecio por lo sencillo y la fe en las cosas pequeñas son milagros de la vida co-

riente: el mero olor del café, el pan horneándose, una larga sobremesa, la preparación de la comida mientras el hambre condimenta las viandas, cosas raras para una sociedad opulenta. Fuera de esas coincidencias, una de las mayores ventajas de nuestras parejas es que pertenecemos a la tribu de los que están en etapa de crianza temprana y nuestras rutinas de caos y cansancio nos complementan. Gradualmente hemos pasado de ser los cuatro adultos a cargo de los cuatro niños (madres amamantando y padres cuidando tripones) a dos adultos cuidando a los cuatro niños mientras los otros dos adultos recuerdan cómo es ser personas normales o simplemente descansan. Según dicen las buenas conciencias, el tiempo adulto es una maravilla que poco a poco regresará, pero por ahora sólo tenemos tiempo adulto alrededor del centro del mundo que son los niños. Ayer cuando los niños ya se habían dormido, los cuatro conversamos sobre un posible futuro:

—En un test psicológico, Marco y yo coincidimos en las respuestas a la pregunta: “¿cuáles son para ti cuatro cosas esenciales que deseas para tu vida?” —cuenta Juliet.

—Y ¿qué dijeron? —Susy me mira mientras acomoda a su hijo dormido sobre el sofá.

—*Sex, drugs and Rock & roll...* —me entrometo.

Mientras ella suelta una carcajada, Denis pregunta:

—Esas sólo son 3 cosas, y ¿la cuarta?

—Pues yo votaría por otro poco más de sexo —digo después de pensarlo unos segundos.

Denis me mira y asiente, supongo que, en esta etapa de la vida parental, la mayoría de los hombres normales responderían lo mismo.

58

Hiram:

Emad es un hombre pequeñito que huele mucho a loción. Llega antes y se va después que todos los de la sala de posgraduantes y las veces que topamos en los pasillos se las ingenia para recalcar que él tiene prisa porque está haciendo un doctorado —señala esto con gracia por lo que no despierta la gana de revirarle que los demás no estamos enchilando gordas—. En los recessos para engullir las horrendas viandas que la mayoría preparamos, coincido frecuentemente con otros galeotes de la investigación doctoral: Hiroko, Vikram, Ibson y los latinos; todos ellos hacen de la sobremesa sesiones de discusión de sus temas de investigación. Emad es el único extranjero de la sala que no accede a esas reuniones: cuando regresamos de comer él continúa en su escritorio, a las cinco de la tarde no se dará cuenta que los doctorantes ingleses se van y mucho más tarde, cuando nos vayamos los foráneos, él todavía estará allí.

Llegó como todo estudiante extranjero: sin conocer a nadie. Sus nuevos camaradas de penurias organizaban actividades informales, pero los intentos por incor-

porarlo sirvieron sólo para remarcar su aislamiento. A una fiesta a la que fue invitado, E. llegó con un pomposo ramo de flores que nadie supo dónde poner y acabó guardado en un closet. Por motivos religiosos E. no aceptó la función terapéutica del alcohol que le invitaban y, obligado por su amabilidad, intentó cuidar borrachos que hablaban en otros idiomas que el inglés o que el suyo y que no querían ser cuidados. Tan lejos de la cultura y de la familia como los demás, Emad estaba demasiado lejos de los únicos que podrían compartir su soledad.

Emad me dijo que estudia para reincorporarse a su puesto de profesor de literatura inglesa en una universidad de su país. Los que lo conocen mejor que yo dicen que encaja la supervisión de su investigación como crítica devastadora, más que como orientación y corrección de proyecto en marcha.

Hace unas semanas llegó más tarde que de costumbre, no saludó a nadie, fue hacia su escritorio, encendió su computadora y comenzó a teclear. Me olvidé de él hasta que una breve agitación se formó a su alrededor y me enteré de que llevaba un rato llorando frente a la computadora cuando empezó a romper sus libros.

Al terminar el tumulto, alguien lo acompañó a su casa. Al día siguiente no regresó y pasaron semanas sin que nadie lo viera. Unos amigos de su país, que vinieron sin mucha expectativa a preguntar hace poco por él, nos dijeron que nadie lo ha visto en el cuarto que alquilaba y aventuran que se regresó a su tierra sin

despedirse. Ha cerrado sus cuentas de redes sociales y no contesta correos.

Hace un par de días alguien tomó sus útiles abandonados en el escritorio y los puso en una caja que colocó en un rincón de la sala. Hoy otro doctorante extranjero se ha instalado en el lugar vacío.

59

Abono mi conciencia línea a línea sobre la pantalla luminosa. Un mundito se construye en este lento frenesí derramado en la oficina. Levanto la vista y me veo reflejado en un espejo de galeotes, entre las mesas los remos levantan esquirlas y peces muertos: todo colega remando desde su escritorio quisiera llegar al final del túnel, que sus días caminaran sobre ríos diminutos de la tinta. Todo se resolverá en la orilla del siguiente *deadline*. Cada hermano de fatigas encarna un anhelo de la luz, un reposo febril, una sed de futuro acumulada en una silla encadenada a la maduración de una idea. En este templo, las frases de un rezo laico poco a poco nos van trasvasando a un puerto donde la vida susurra atrapada en un archivo.

(En el *PostGraduate Room*).

Rafa:

Comparando con sus compañeros de generación, desde el punto de vista del empobrecimiento relativo, el cambio para Juliet es brutal. Gente que compartió un periodo de su vida, ahora la recibe como a una mensajera de un lugar donde las preocupaciones no eran mayores que las que imponía el calendario escolar, una promesa desde el pasado compartido. En sus recuerdos la vida del estudiante se vivía con poco y se vivía feliz y era, curiosamente, tan parecida a las visitas vacacionales que algunos de ellos han hecho a México. Ahora todos ellos han alcanzado lo que las expectativas socio-económicas generacionales les exigirían: establecidos en trabajos que han mejorado gradualmente sus salarios, tienen casas, seguridad económica, comodidades y un futuro.

Un par de amigas muy cercanas, incluso son millonarias. Una de ellas debido al establecimiento de una pequeña compañía y la otra por causa de un matrimonio afortunado (mi comentario: ‘se casan siempre por amor y aman pura y desinteresadamente sólo a gente rica’, enfadó a Juliet, así que me apresuré a agregar que casarse por dinero sí que está mal, pero que casarse por muchísimo dinero es otra cosa). Con amabilísima insistencia, esas amigas acapararon nuestras visitas y disfruté de hospedajes en los interiores amplios de mansiones

modernas adaptadas en edificios del siglo XVIII, y de cenas y comidas tan deliciosas como los decorados.

El ritual de revivir el pasado y actualizar chismes que oficiaban entre Juliet y sus amigas, me segregaba en automático con el grupo de los esposos. Obligados a contemporizar, ellos y yo mapeamos el terreno entre nosotros para establecer tópicos de gusto común. Las menciones de algún momento, de algún lugar del mundo o de los recuerdos, repetidas veces apuntaron a lo que al otro pareció tan sólo una curiosidad trivial, y nos quedamos con frecuencia con la sospecha de que nuestros intereses eran líneas paralelas que terminaban en el infinito vacío de la habitación. Los pies de plástico no pudieron ser recogidos por el interlocutor: las aventuras de viajar en un yate particular para conocer las playas del mundo o los trabajos de mantenimiento de una mansión decimonónica no eran ocupaciones muy afines con las vicisitudes de tener que rentar una casita o administrar un ingreso anual inferior al pago de unas lámparas importadas para un antecomedor. Tácitamente hubimos de concluir que los puntos de coincidencia entre nuestros mundos no existían, cada uno desde su propia geografía, su clase, su raza, su cultura, tenía marcados un destino y un pasado que en poco se parecían al del otro.

Al principio yo estaba bendecido por mi ignorancia de los códigos de clase. En las primeras visitas mi inglés vacilante y mi poco conocimiento de las referencias

culturales me salvaba del abismo socioeconómico y el tiempo se iba en aclarar pequeñas confusiones y en responder preguntas de carácter general. En ese entonces para mí todo es un flujo borroso de novedades; ahora sé que las marcas de estatus están en todas partes: en los productos que se consumen, la cultura que nos entretiene, la ropa que se ponen, en los comercios que se frecuentan. Aunque sus experiencias estaban tan lejos de las mías que ni siquiera hubiera podido sentir envidia, poco a poco empecé a entender y a sentirme a la vez apelado y excluido; a entender que no me daba cuenta de cuán pobre soy hasta atestiguar otras vidas posibles, que la inopia era una costumbre arraigada como la piel, que por ello no la notaba.

En un orden meramente subjetivo, Juliet y yo no compartimos pobreza: para mí la novedad precaria del estudiante latinoamericano, para ella la experiencia de la situación límite de pertenecer a un grupo social como los que atendía cuando trabajaba para una asociación de caridad. Su idealismo —que a mí me parece uno de sus mayores encantos—, a veces le hace concebir expectativas que no son realistas, lo cual para muchos es una receta para amargarse la vida. Culturalmente, Juliet es clase media —lo que explica cierto romanticismo de izquierda, su apertura racial y cierto hippismo, pero también su dar por sentado ciertos estándares de comodidad que no podemos alcanzar con dinero mexicano...

En fin, ya no sé qué te estaré contando después...

Abrazo,

Marco.

61

Nancy Witcher Astor espetó:

—Winston: si fuera tu esposa, pondría veneno en tu café.

—Nancy: si yo fuera tu esposo, lo bebería —replicó Churchill.

62

Colí:

La semana próxima ofrecen función de guiñol en un teatro de títeres, que permite entrada a niños de 4 años en adelante, pero a donde he llevado a Dante desde unos meses después de que cumpliera 3. Las historias recaen en la habilidad del titiritero (un español) que usa su cuerpo, el escenario y algunas expresiones en castellano. Me encanta ir con Dante e irle explicando la función, pues él todavía es muy pequeño y no logra comprender del todo lo que pasa en el escenario y yo imagino que lo que yo le digo le sirve de algo.

Esta mañana, mientras juego con él y cuido a Jego, lo invito, pero Dante me contesta que no quiere ir y se empecina en su negativa cuando yo insisto. Dice que le da miedo, le explico que es una función pensada para niños pequeños de poco menos de 4 años, que no habrá personajes feos ni enojones, pero no puedo persuadirlo... Así que empiezo a jugar sucio.

Jego no sabe hablar, pero Dante cree la ficción de que mantiene con él ‘conversaciones’ (en las que yo hago ‘la voz de Jego’):

—Yo puedo ir contigo papi, porque yo no tengo miedo —digo moviendo las manitas de Jego, a quien tengo sentado en mi regazo.

—Necesito un niño de 4 años —digo con mi voz de siempre.

—Yo tengo 4 años —dice la voz de Jego y una de sus manitas es puesta sobre su pecho-: yo sí puedo ir.

Dante muerde el anzuelo:

—No. Tú no puedes: eres un bebé.

—Sí puedo: los niños de 4 años no tienen miedo y como yo no tengo miedo, entonces me creerán —dice la voz de Jego y su cuerpo enfatiza el punto con un saltito producido por el movimiento de mis piernas.

—No puedes —dice Dante, pero su gesto muestra que la contestación le parece razonable y concentra la vista en una piececita de lego.

—Sí puedo. Diré que sólo los bebés se quedan en casa y que los grandes vamos al teatro y entonces me dejarán entrar.

Dante muerde su labio inferior como si se concentrara en las dificultades de la acción de sus muñequitos. La voz de Jego alardea de ser el niño grande y no el bebé de la casa, mientras sus manitas y su cuerpo se mueven como muñequito de ventrilocuo.

—No. Tú no tienes cuatro —dice Dante sin sacar la vista de sus juguetes—. Tú eres un bebé.

—Sí, tengo cuatro años —dice la voz de Jego que luego se engancha con Dante en un: “Sí tengo, no tienes; sí tengo, no tienes; sí, no...”.

De repente la voz de Jego intenta zanjar:

—Quizá al principio no me crean, pero como los bebés son miedosos como pollitos y los niños de 4 años no tenemos miedo, por lo tanto tendrán que pensar que, como yo no tengo miedo, entonces sí tengo 4 años: ¿verdad?

La cara de Dante muestra que el razonamiento demostrativo le ha parecido convincente. Su pequeña mandíbula se tensa sufriendo la deducción lógica de que, según la repartición de los miedos, las edades de él y su hermanito deberían atribuirse de manera distinta. Entre sus amigos del kínder ‘ser un bebé’ es una ofensa; así que encaja el argumento concentrando la vista en sus carritos, frunciendo el cejo, buscando una objeción válida. Al fin replica con voz endurecida:

—*They will not believe that: you have very short legs.*³

3 No te creerán: tienes las piernas demasiado cortas.

Se metía en los pequeños recovecos de la relación, de manera que ni siquiera evitando los conceptos grandes y elegantes podía hablar suave, tersamente, de lo que a él le interesaba. Creía que las palabras no debían ser fluidas, sino tener relieves, pequeños saltos, hoyos, huecos, canales, imperfecciones que refirieran su tema con mayor exactitud. El amor eran esas pequeñas cosas entre las cuales no se podía habitar con un lenguaje hecho para las alturas. Esa era una falsa manera de hablar: una sublime manera de discursar de que lo pequeño era una violencia, una violación, contra la fragilidad de su pequeñez y su delicadeza. La dirección de nuestras voces debía ser la contraria, resguardarse en la minucia, escarbar en uno mismo.

El amor, más bien, eran los pequeños pliegues en los que lo cotidiano se atora y se esconde unos minutos, esos que después revivirían transformados en el recuerdo. La memoria es la forma más perfecta, la más real del cariño. Aún le gustaba sentir el primer contacto de aquella piel, ella no lo supo jamás, pero él guardó esa caricia involuntaria entre las cosas más hermosas que ella le otorgó. [La suave curva de su vientre, un pliegue de su falda, el espontáneo avance de una mano].

El amor que exigían en el exterior era siempre una ensoñación, un juego y un misterioso cliché romántico de la vida emotiva, la exultación delirante. Pero en el

fondo todo es delirio, al menos así lo creyó hasta que una de las alucinaciones le dijo: ‘no estás soñando y esto podría ser alucinante, mejor’. Pero no se despertó, para ese entonces ese amor le era tan cotidiano que ya no era necesario hablar de él y siempre decidía que la amaba en el preciso momento en que lo mejor era callar; pues otorgaba su silencio como la más rotunda prueba de la belleza y de la imposibilidad del amor grandioso del que tanto hablan los cánones hollywoodenses. En cambio, él tenía una historia como tantas, con un final que es sólo un todos los días, un cotidiano aquí estamos, en este rugoso y difícil y acogedor pasar del tiempo de los que aman y no necesitan estarlo publicitando... ¿o no es así, amada mía?

64

Álvaro:

—Me llamo George —mantiene la sonrisa y la mano extendidas.

Pregunto por su nombre original intentando generar un lazo; dice que ‘George’ es más fácil, pero insisto, así que pronuncia algo que me hace concederle la razón.

Intercambiamos formalidades amables e intentamos hacer conversación. Su tema de investigación activa mi desinterés y mi área tampoco le importa, pero curio-

samente hemos coincidido en talleres y seminarios de humanidades. En el receso de este cursillo somos los únicos que nos hemos quedado dentro del edificio, así que nos enfocamos en caminar alrededor de la mesa seleccionando bocadillos, haciendo algún ruido o guiño de reconocimiento al otro. Los silencios nos crecen alrededor y casi puedo oírme masticar, hasta que:

—¿Puedo hacerte una pregunta? —extiende su brazo para tomar unos canapés que tengo frente a mí.

Asiento y doy un paso de costado.

—¿De cuántas libras es la beca que da el gobierno mexicano? —Hace la pregunta como si solicitara una confesión vergonzosa.

Contesto que la beca más común es de alrededor de 750 libras para solteros y 850 libras para familias. Me callo y espero que retribuya mi indiscreción diciéndome cuál es el monto que da el gobierno chino, pero él sólo agradece gentilmente mi respuesta, sonrío y sigue masticando. Sonrío de vuelta, pero me siento un poco tonto y como tenemos al menos 15 minutos más de descanso, no creo buena idea seguir con las sonrisas y el silencio, así que le pregunto de vuelta y él:

—Sólo hay un tipo de beca: 500 libras para solteros o familias —George mastica y sigue sonriendo.

Esa es su manera de explicar que asiste a todo curso por los bocadillos, aunque no le interese el tema.

—No. Mejor espera a papi. A mí no me gusta ese juego. Juliet se ha excusado varias veces, pero Dante insiste hasta que ella accede.

Dante se sube a la cama, empieza a dar de brincos de calentamiento contra las cuerdas imaginarias como le he enseñado que hacen los luchadores, estira los brazos que le alcanzan un poco más arriba de la cabeza, hace un par de sentadillas.

Cuando termina su ritual da unas zancaditas en *zig-zag* hacia su mamá que está al borde de la cama, casi al llegar hasta allí él hará su salto de tigre hacia atrás, el rebote sobre el colchón le permitirá girar de costado y levantarse para contratacar cuando mi cuerpo caiga sobre el lugar que su cuerpecito acaba de abandonar. En lugar de eso cuando el triponcito está al alcance Juliet, ella lo agarra y lo inmoviliza. Él hace su máximo esfuerzo por zafarse del abrazo del oso, hace fuerzas, riñe, empuja, jala, puja, hasta que se rinde irritado.

El *round* ha durado nada.

Vuelven a empezar porque no hace sentido jugar tan poco tiempo.

Él intenta escabullirse antes de llegar, no puede; otra vez intenta zafarse cuando ha sido atrapado, pero obtiene el mismo resultado, repiten los escarceos hasta que Dante sale del cuarto vociferando:

—Tú no sabes jugar luchas mamá, tú sólo te abrazas. Yo no quiero jugar contigo nunca; papi sí sabe, tú no sabes nada.

Juliet intenta calmarlo, pero él se encierra en su cuarto y ella decide dejarlo un rato para que se calme.

Juliet regresa a buscarlo un poco después. Dante está jugando con sus carritos, parece tranquilo. Ella se sienta a su lado en el suelo.

—Dante: no lo hice por molestarte, pero no sé jugar: explícame para que aprenda.

Dante deja el carrito, la mira a los ojos como para contarle un gran secreto del pancracio:

—Mira: a papi le gusta mucho jugar luchas, pero — Dante baja la voz— como él no es muy bueno, entonces siempre me escapo y le gano.

66

—Todos andan con el culo sucio —su ropa es tan pobre como la mía, aunque él está pulcramente rasurado.

El hombre es el esposo de una investigadora india. Han llegado recientemente y mientras ella se adapta a los retos de su trabajo, él intenta hacer contacto con quien puede en el receso de la comida. Se toma su tiempo para hablar de la gran cultura de la India, del pensamiento filosófico y matemático, del reciente desarrollo tecnológico del país, de la cocina, de que el indio es un cerebro privilegiado para el pensamiento abstracto. Ahora estamos en el rubro de las costumbres íntimas en el lavatorio.

Si un poco de excremento se te embarrara en el brazo, quitártelo con un poco de papel te parecería anti-higiénico, ¿no? Más bien te lavarías concienzudamente, ¿no?

El hombre calla, sé que va a hacer una pausa para que el efecto de sus palabras fermente un poco, preveo un silencio que probablemente él extenderá llevándose con lentitud la taza de té a los labios y saboreando el sorbo a placer. Pero su mano no se extiende hacia el pocillo, de hecho sus dos manos se mantienen entrelazadas frente a su estómago, mientras sus codos se levantan un poco y sus hombros se estrechan a los costados de su cara que me mira sonriente.

—Unas pandillas de bárbaros medievales perpetraron correrías, robando, matando y violando. Cuando terminaron de expoliar al mundo, lo dejaron manchado con su semen, de su ideología y con la colaapestosa.

Querido Rafa:

Inglaterra es un país para introvertidos, por eso me ha gustado tanto al principio. Pero ahora mis viejos cariños poco a poco dejan de ser presencias y me quedo con una indigencia de palabras en esta otredad refractaria. Después de un inicio intenso, la correspondencia con la mayoría se fue diluyendo en la anécdota o el chisme de ocasión hasta que la geografía excluyó nuestros te-

mas comunes y la charla murió de banalidad. Con esto quiero decirte que *gracias por escribir*, aprecio mucho tu esfuerzo por mantener contacto en la distancia.

Es difícil hacer amigos aquí, pues hay que socializar sin ser demasiado sociable, presumir que no se es presumido, ser chistoso sin reír, seguir normas, no improvisar, ser político, no invadir el sensible espacio de los otros, no demostrar demasiada excitación (la gente no gesticula, como si deseara no mover las manos para resguardarlas del frío), respetar la privacidad, aprehender un proceso de socialización en el que dejar al otro en paz es una virtud de primer orden. En este contexto la politeness es la guinda del autodominio emocional y la reserva, como si la expresión espontánea de las emociones fuera un vicio al que hay que resistir, más que con gracia, con placer estoico. Es normal oír decir a alguien “estoy emocionado hasta las lágrimas” o “nunca me divertido tanto en mi vida”, con la misma cara con la que diría “me voy a cepillar los dientes”. Hay que evitar juicios francos, si acaso enarcar las cejas, pues una de las habilidades más avanzadas en el dominio de la lengua de este país es guardarse las opiniones para uno mismo, algo tenido en alta estima como símbolo de decencia. Supongo que reservarse la opinión es una especie de sentido práctico, algo que ha sido más redituable que jurar con pasión (donde otros dirían “no estoy de acuerdo”, acá se diría “usted tiene derecho a pensar así”): donde algunos amenazarían

jurando venganza, aquí la historia demuestra que es más conveniente ser prácticos en la represalia.

En el otro extremo, la gradación en el intercambio de cortesías debe manejarse duchamente so pena de lesionar la “naturalidad” del trato con los demás, porque existe un grado de cortesía normal, pero también existe un exceso que, remarcando la distancia, se acerca al insulto —una cuestión de cálculo—. Por supuesto que exagero... pero no demasiado, las normas del protocolo nativo suelen desquiciar a los habitantes de otras tierras. Si en algunos países es cortés trabar conversación con alguien después de un par de encuentros ocasionales; aquí, el número de veces escapa a una contabilidad sencilla y se aproxima a lo que en México sería un franco ninguneo. Los aborígenes evitan mirar directamente cuando uno, con un mohín sonriente, les busca los ojos; en esos momentos de desaire, conviene pensar que su gesto es amable y significa ‘te muestro simpatía y por ello no invado tu espacio’ —conviene porque ese supuesto respeto por el espacio de los otros es difícilmente distinguible de la frialdad—.

Ya tenía yo tiempo en el país cuando inicié el larguísimo protocolo previo a la fase de intercambio de saludos con un vecino mío y padre de una compañerita de Dante. Nos encontrábamos frecuentemente al dejar o recoger a nuestros hijos en la guardería, alguna vez topamos en los corredores o en la cafetería de la universidad, él evitaba reconocer mi presencia y yo asumí la resolución de ser

paciente. Así que dejé pasar mucho tiempo más del que yo hubiera creído necesario para empezar a saludarle, lo intenté varias ocasiones sin resultados, hasta que decidí que era un pesado y que su conducta era inaceptable aquí y en China. Me olvidé del tipo y una tarde en que estaba revisando un estante de la biblioteca de la ciudad, se acercó muy cortésmente a presentarse, yo ya me iba y sugirió hacer juntos el camino de regreso pues vivimos en la misma calle. Desde hace 5 años trabaja en un puesto de poca monta en la universidad, su esposa es italiana y su niña, como Dante, también está creciendo bilingüe; a la fecha se han hecho nuestros amigos y pasado varias tardes en la casa.

Conozco varias anécdotas similares en el principio pero que no terminan en una nota feliz, en las cuales los protagonistas ingleses quedan como seres distantes e inaccesibles. Los extranjeros que me las contaron venían por un tiempo suficiente para estar jodidos de soledad, pero demasiado corto como para traspasar esa aparente ley del hielo. Por eso, entre puros extranjeros, en periodos como esos, los conocidos recientes de inmediato devienen amigos insuperables, que se pierden quizás para siempre en el primer cambio de curso, almas gemelas que nunca se vuelven a encontrar.

Para los que nos quedamos durante más años las cosas cambian: acechan las tareas, los compromisos, las necesidades familiares, las fechas límite, el tiempo va más rápido que uno. Los migrantes como yo no somos

una comunidad, somos un ir y venir, una serie de despedidas y de huecos; no somos siquiera inmigrantes, no hemos llegado para quedarnos, cada uno es de paso, entre nosotros las relaciones son intensas pero efímeras. Nosotros no permaneceremos más que en la memoria y la llenaremos de sonrisas y cicatrices, pero esa memoria de este tiempo aún no existe, así que todavía no somos ni un recuerdo y, por ello, quizá ni hemos sido ni seremos.

Le comentaré a Juliet de tu felicitación y te adelanto los saludos que seguramente te va a mandar.

Te abraza,

Marco.

P. D. Quizá nunca soñaré en otro idioma, pero sabes que te has asimilado a las costumbres de la isla cuando al llegar a una ventanilla completamente solitaria, en lugar de interpelar sin preámbulo a la persona a cargo, tomas tu lugar en una fila imaginaria y esperas a que te llamen.

Colí:

Estamos en el parque, Dante juega con unos niños del barrio mientras yo cuido a Jego. Una señora y sus hijos

me oyen hablar castellano y se acercan. Acaban de llegar desde España, no hablan inglés.

La señora me pregunta si sus niños pueden ir a jugar con Dante. Lo llamo y llega corriendo con sus amiguitos. Les explico a todos que los niños no hablan inglés, que sería muy amable si los dejaran jugar con ellos, los tres asienten.

—¿De dónde eres? —uno de los andaluces pregunta al grupo o a uno de los chicos que confunde con Dante.

—*What did he say?* —dice el inglés.

—*He said: “¿De dónde eres?”* —contesta Dante.

—*I heard that, but what does that mean?*

- *It means: “Where are you from?”* —dice Dante.

—England —contesta el inglesito, pero el andaluz no reacciona, así que repite lentamente: “E-n-g-l-a-n-d”.

—*Why they do nothing* —pregunta otro niño inglés.

—In Spanish “England” is “Inglaterra” —dice Dante.

—*Why they don’t talk properly?*

Dante se encoge de hombros y todos se quedan en silencio.

Los ojos del niño español se redondean, luego sonrío y voltea a ver a su mamá:

—Ya estoy entendiendo a los ingleses; clarito oí que dijeron “de dónde eres” y también “Inglaterra”.

Hiram:

En el buró de diseñadores en que ahora trabaja David, uno de sus compañeros anunció su salida de la compañía, porque se iba a otra que pagaba mejor, entonces el dueño organizó una cena para despedirlo y desearle parabienes.

—¿Y sabes dónde se ha cambio? ¡Al buró que está cruzando la calle! En España le hubieran dicho: ‘a tomar por el culo, hijoputa’ —David ha actuado pasionalmente su parlamento, luego se sosiega: “Pero, claro, allá la gente prefiere cocinarse en su bilis que aflojar los dientes”.

En esta isla ese cambio de casaca no es un problema... si lo fuera, habría que recordar que “un caballero honorable no debe concebir más indignación de la que puede convenientemente contener”, al menos eso decía Churchill.

Álvaro:

Paco era un ex seminarista que conducía seis horas desde la Ciudad de México para impartir talleres de literatura gratuitamente a los muchachos del pueblo que, más por caridad que por convicción, asistían a reunirse con su maestro cada quince días.

En su juventud, Paco, se había enamorado de una de las amantes de Calvino. Cuando hablaba de la mujer señalaba este dato como una de las características de su atractivo, como si por su intermedio él poseyera parte de la imaginación y la inteligencia del italiano. Este proceso inverso al de la sublimación, su admiración literaria devenida alguna vez deseo sexual, parecía elevarlo. Cuando hablaba de la mujer, de sus formas exuberantes de Mediterráneo, deslizaba pequeños indicios de que su orgullo era haber compartido bajezas con aquel escritor, que eso los hermanaba. De esa manera mostraba su linaje literario, ennoblecía su apetito y autorizaba una pulsión: esa mujer era una mujer de autor. Así como cuando se tiene un Dalí en la sala de la casa y no una copia, así valoraba los recuerdos de sus pocos momentos juntos: el día que por descuido rozó su mano, la primera vez que distinguió el color de sus ojos, la mañana en que el viento le levantó la falda y él logró ver parte de sus muslos. Sólo esa mujer podía conjuntar la estética y el erotismo, repensarla era como repasar una memoria literaria en la que el logro máximo del arte era imitar al hecho factual. Paco frecuentaba esta galería de los recuerdos de su egoteca con cualquier pretexto:

—¿Les platicué la vez que la encontré por casualidad al salir de un baño público?

De sus reminiscencias de los malos olores de posguerra pasaba a contar que los italianos de entonces buscaban colillas de cigarrillos no terminados en el suelo y comían una yerba, según él, espantosa llamada ‘radicchio’.

—¿Y qué pasó con ella?

Preguntaba alguno de sus alumnos quien no había olvidado que la chica de Calvino aún no había salido aliviada de sus necesidades fisiológicas según el inicio de la historia.

—Nada —contestaba Paco como la fresca mañana—. Creo que no me vio.

Quedaba la sensación de que esa mujer había sido uno de los puntos más altos de su larga vida y le consentíamos sin morbo su inclinación a repetirse en esa digresión. Paco era un abuelo sin nietos que dejaba que los muchachos llegaran a él como llegaban sus recuerdos, y que intentaba hacer que este pasado y aquellos presentes convivieran como el mejor pago por su conocimiento. Por eso nos sorprendió la vez que, cuando el maestro mencionaba al escritor preparando otra ensoñación, Juan Ignacio dijo a voz en cuello:

—Calvino era gay.

Ignacio era nuevo en el taller y nadie pudo haberle advertido sobre el tema, así que le veíamos desesperadamente para que se desdijera; él simplemente interpretó nuestras miradas como gran interés y admiración de nuestra parte y mantuvo su dicho, abundando en el gusto de Calvino por los hombres de aspecto rudo y barbado.

En una primera instancia el maestro enmudeció, volteó hacia su nuevo alumno fijando los ojos en él —uno de éstos tembló con un tic—y dijo:

—¿Y tú qué sabes de Calvino?

Ignacio estaba halagado con tanta atención, así que aprovechó el momento:

—Vi un reportaje que probaba que era homosexual y que se rodeaba de amigas prostitutas para ocultarlo.

—Es falso. Yo conocí a una de sus amantes, era una *donna bellissima* —dijo Paco tomando sus cosas y abandonando la clase.

Los otros nos quedamos mirando sin saber qué hacer, hasta que alguien recriminó a Ignacio la impertinencia. Él confesó que había visto un documental pero que ahora no estaba seguro si era sobre Calvino o sobre algún otro escritor con un nombre que sonaba similar. Era claro que, para el caso, el reportaje podría haber sido sobre Juan Gabriel o Walter Mercado.

El maestro faltó las tres últimas sesiones programadas de taller —que no continuó ya más—. Ocasionalmente visitó el pueblo y alguno de los alumnos lo llegó a saludar en la calle. Pocos años después Patrick, el irlandés que prestaba su casa para organizar el taller, me contaría que Paco había muerto en un hospitalito del pueblo, visitado por muy pocos y entre los dolores del cáncer, diciendo que sólo el amor y el arte nos salvan.

Hiram:

Los niños se autoorganizan en un caos colectivo de risas que durarán hasta el agotamiento. Federico, un argentino, ha conseguido el saloncito universitario para reuniones y ha convocado a la fiesta de los 3 años de su hijo. Las dinámicas de los niños se entremezclan con las de los adultos, todos latinoamericanos, en un espacio que ha iniciado impuntualmente y que acaba cuando nos cierran el lugar. El corro de una conversación aparentemente aleatoria de los adultos se autoorganiza en una camaradería familiar de alborozo y carcajadas. Un hablante lleva la conversación mientras los demás suelen hacer de escuchas, de espontáneos que avivan el ruedo o de francotiradores que disparan ocurrencias, cuyo ingenio puede ser anticlimático para la historia —que a veces se termina sólo por sentido del deber o egocentrismo—. Una coreografía del afecto de un gran grupo único que mantiene una charla interrumpida constantemente por los chavitos.

Por su parte, las convenciones de la fiesta infantil inglesa son un prodigio de organización, opuesto a la intuición latina de que el sentido de la fiesta es contrario a la reglamentación de la diversión. La primera vez que Dante fue invitado me pareció una grosería ver escrito en la tarjeta las horas de llegada y salida estrictamente delimitadas. Con cierto fastidio Juliet me explicó lo

“obvio”: los padres no están invitados y los niños serán dejados a cargo de otros adultos, quienes les agasajarán con actividades planeadas, por lo que sería abusivo no ser puntual. El programa de juegos, sorpresas y comida estructura calculadamente el tiempo extraordinario de la fiesta y la llegada de los padres de los invitados lo clausura, reiniciando así las reglas de la convivencia ordinaria.

En la vida ordinaria no se ofrecen tarjetas de invitación con horario estricto, pero también hay reglas diferentes a las nuestras. Recuerdo el azoro de Juliet en la ocasión que un par de mexicanos nos visitó sin previo acuerdo y permanecieron por un tiempo relativamente largo. A mí la sorpresa de esa visita me pareció una atención social; Juliet, por su parte, apenas los conocía y, aunque los acogió con su usual generosidad, el imprevisto le pareció grosero. La llegada extraordinaria (por no programada) de unos mexicanos vagabundeando por Inglaterra abrió un tiempo afín a la fiesta para mí, y a ella la abrumó como un poco de caos.

No sólo el uso del tiempo es diferente, también la manera en que se ocupa simbólicamente el espacio de reunión. La reunión inglesa suele descentrar la comida, ponerla en la periferia de los espacios donde los invitados podrán moverse con libertad y conversar en parejas o grupitos mercuriales, se intensifica el contacto con otros individuos, no con el grupo. Si sólo hay uno o dos interlocutores más, fácilmente se puede esperar turno para ofrecer la propia opinión y siempre se puede alegar ir por comida o bebida para salir de un grupito.

Estas pequeñas reuniones dentro de la fiesta permiten la charla cara a cara, el *ping pong* verbal que es común hasta en la clase obrera. Entiendo que hay quien sostenga que ese intercambio de opiniones es correlato del libre intercambio de mercancías; pero, aunque esa hipótesis pedestre sea verdadera, ese ida y vuelta es para mí gran parte de la belleza de la conversación inglesa.

Gradualmente he aprendido que los turnos de escucha y participación han de respetarse tan religiosamente como en cualquier fila de espera que hagan los isleños. El diálogo no es meramente la toma de turnos para la franca expresión del individuo, sino una danza verbal cuyo arte es bailar sobre un ladrillo sin pisar al vecino o sin que el vecino se deje pisar. Para esto hay dos estrategias: las advertencias apoloéticas y la distancia flemática. Así que el intercambio está lleno de fórmulas para evitar que el otro se sienta invadido, estableciendo que lo expresado es una opinión de la propia perspectiva personal: me parece que..., en mi opinión..., etc. Como si desde la *politeness* se opinara que una verdad es asunto de opinión.

Pienso que esta cultura de la conversación es la base de la tradición del debate anglosajón, en donde la verdad (caso del debate honesto) o el argumento más fuerte (caso del debate como agon) son los valores que priman y donde la *politeness* se subordina a aquellos. Una tradición así no podría desarrollarse sin la existencia mínima de un público educado en apreciar esas habilidades argumentativas —y aquí creo ver uno de los tantos

méritos de la *British Broadcasting Corporation*. En la BBC he visto a los políticos debatir los cuestionamientos de entrevistadores inteligentes (suceso impensable en la vida pública mexicana) y, de ribete, también he tenido el agrado de conversar con plomeros o jardineros cuyos modales dialógicos evidenciaban que ese saber hacer está socializado.

En contraste, hasta hace poco con frecuencia yo mismo me sorprendía la intención de interrumpir cuando el parlamento de mi interlocutor me incitaba. Arder en el apasionamiento palabrero quizás sea más normal en las escuelas mexicanas que en la vida cotidiana -como en el barroco de las fiestas y reuniones latinoamericanas-, como si sólo se esperara un disparador emocional para intervenir. Los peores usuarios de este sistema de gatillo emotivo interrumpen para perorar, acallando al otro por medio del abuso del tiempo de turno. Y en ese contexto los debates informales o las charlas son una secuencia de participaciones largas, pero no un intercambio de opiniones y argumentos. Este mecanismo no es muy bueno para estudiar a dúo la aceptación o el pulimiento de las ideas. Por supuesto que aquí existen aquellos que confunden la imposición de largas parrafadas con establecer un punto, pero en una cultura en que ni una fiesta es como una fiesta, la idea de que hay que dejar a cada loco con su tema también puede ser tomada en serio.

Araceli:

—*Up* —dice Jego, quien a pesar de todo el tiempo que pasamos juntos no usa el castellano- *Up*.

—¿Qué quieres decir ‘abajo’ o... ‘arriba’? —le pregunto marcando el espacio con la mano, él asiente enérgicamente en el momento correcto de mi pregunta.

Lo alzo para que baje el globo que es su juguete favorito desde hace un par de días: azul, con un dibujo de Thomas, el tren.

—*Up* —el globo ha vuelto a escapársele de la manita.

—Háblame en español para que te entienda —le digo—: repite “arriba”, “aaa-rii-ba”.

Jego me mira intrigado, señala el globo y dice:

—*Up*.

—*Up*’ no; sino: ‘arriba’.

Lo alzo poco a poco y voy diciendo: “a-r-r-i-b-a”, luego lo desciendo: “a-ba-jo... aaarriiba-aaabaajo... arriiba-abajo”...

Después de un momento lo dejo en el suelo, Jego sonríe, y yo le insto y espero que me diga “arriba”, pero él dice:

—*More*.

Repetimos el juego varias veces olvidándonos del globo: “arriba — abajo”, “arriba — abajo”.

Después de un rato lo dejo en el suelo otra vez y corro a la cocina porque el arroz está en la lumbre.

Jego va a buscarme, se sienta en el quicio de la entrada esperando a que me desocupe, yo digo:

—¿Y ahora, qué quieres?

Jego alza las manitas. —¿Arriba? —pregunto.

Jego asiente y alza otra vez las manitas. Yo digo:

—Vale, pero primero repite: ‘aarriba’, ‘aaarriiba’, ‘aaarriibaa’.

Cada vez que he dicho ‘arriba’, Jego ha alzado las manitas y espera que lo levante, pero no repite nada.

—Dime ‘arriba’ y entonces te subiré —me acucillo frente a él y susurro en su orejita mientras le beso: ‘aaa-rri-ba, aaa-rri-ba’.

Él sonrío, asiente varias veces con el cosquilleo de mis labios, pero bosteza y se recuesta en el suelo. Desde allí alza sus manitas y dice: “Aaa-...”.

—Vale, aaa-rriba —lo levanto, me lo echo encima.

Jego empieza: “aaa”, no completa la palabra, pero yo creo que casi lo logramos. Su carita ha quedado frente a mi cuello y yo le digo: “Te llevaré aaaa-rriii-ba a dormir a tu cama, aaa-rriii-ba”.

Él se me amodorra y antes de dormir susurra:

—Aaaaa-*up*.

Hiram:

Enhorabuena por el nuevo puesto. Siendo pragmáticos, una de las funciones principales de un posgrado extranjero sería conseguir un buen trabajo; así que si tu empleo te late, sólo te faltaría cumplir tu deseo de una estadía larga en otra cultura. Esto, sin embargo, con un posgrado es un poco artificial: a) la vida de estudiante no es exactamente una vida normal, b₁) un año en una maestría apenas alcanza para las fiestas, los cursos y los exámenes, b₂) un doctorado, siendo tan largo, con frecuencia te lleva a buscar gentes de cultura similar a la tuya y esto lo convierte a uno miembro de una conversación que muchas veces sólo sirve para intercambiar prejuicios estereotípicos, c) una beca nos limita a presenciar una cultura desde los escenarios más baratos, con una mochila en el hombro. La cosa es más compleja y sólo estoy hablando para balancear tu nostalgia de lo no-sido-hasta-ahora.

Pasando a otros asuntos... Todo iba relativamente bien hasta hace un mes, pero me han pegado dos virus en fila y hubo días en que apenas me pude levantar de la cama. Estoy en restablecimiento, aunque no al cien, pero el tiempo va más rápido que la vida y en una semana entregaré mi tesis para el examen de grado y la universidad preparará la invitación para el comité de expertos que serán los examinadores (al menos uno

debe ser de otra institución). El *Viva* es a puerta cerrada, tus supervisores no tienen permitido entrar y, según cuentan las leyendas entre los doctorantes, nunca es una fiesta y puede ser una pesadilla... Ahora necesito acelerar la búsqueda de trabajo, pues el clima laboral actual es una historia de horror...

Un beso,

Marco.

P. D. La semana pasada le conté a mamá que tampoco iré este año, que necesito encontrar empleo con urgencia. Me costó sacar como conclusión (y al final no lo dije claramente) que eso significa no optar por el regreso definitivo, pero ella lo entendió así y dio su opinión con el estoicismo pragmático que frecuentemente es una de sus mejores virtudes.

74

Álvaro:

Otra vez esta lluvia pertinaz, el producto de mejor calidad en la isla. Doy las clases a domicilio porque ello me asegura algunos clientes que no tienen la energía para asistir por su propio pie a clases particulares. La paga es pobre, pero algunas libras siempre sirven y me

agrada trabajar con gente, andar en bicicleta por la ciudad. Las casas y las calles ahora son familiares. Todo parece remoto o inalcanzable, aunque ocurra frente a uno. Cuando regreso a la computadora, después de unas horas y unas cuantas libras, yo sé que esto son propinas y que en realidad estoy fuera de la vida laboral... También estoy fuera de la vida social, azacanado en escribir una línea, discutiendo con otros como yo en una lengua que no es mía, en un sistema que nunca se detiene, con amigos de paso, con vecinos que desaparecen a cada nueva mudanza. La mayoría de mis contactos humanos ocurren en seminarios, conferencias, cursos, salones de clase, entrevistas; la realidad es el contenido de mi cronograma de trabajo.

La mayoría de la gente de México que me escribía durante el primer año de mi estancia, dejó de hacerlo durante el segundo. Abro los correos de hace tiempo. Me doy cuenta de que desde acá leo noticias de los míos y habito su temporalidad lejana y aprehendo mi destierro. En esas botellas al mar que eran nuestras cartas nos enviamos cápsulas de tiempo y los instantes llegaron puros, conservando la frescura de las miradas que los aferraron y que les dieron color, sabor y gusto. El tiempo de mis otros que son yo mismo viene a visitarme y, a pesar de todo, su presencia delata sin querer que hay un espacio inmenso entre nosotros... La agonía de lo que alguna vez fue nuestro sueño. Una zona fronteriza entre lo que fuimos y nuestro deseo de ser. Instantes que después se recuerdan como una cicatriz, una juntura obscena

entre los miembros de nuestra alma. Señales que en el mapa de los recuerdos designan un país extraño desde el cual venimos, emigrantes de un pasado inútil que nos habla en una lengua plena de paisajes ajenos, otras risas, otras soledades, otras personas a las que casi no reconocemos, aunque tengan nuestro rostro.

La gente olvida poco a poco. Algún día uno reconoce un hoyo en la pared donde antes estuvo el retrato de un ser querido y entonces se da uno cuenta que no hay muertos que invocar sino sólo esos olvidos en que poco a poco devenimos. Con gusto buscaría los huesos de mis amigos si estuvieran muertos, o si tuviera amigos; pero su lugar es ahora un pasado imaginario, que tiene a mis recuerdos por juguetes y que con frecuencia los esconde sólo por placer.

México ha quedado muy lejos y yo estoy en una isla.

75

Colí:

Los niños juegan sobre la cama con una libreta y decenas de plumones y pinturas alrededor:

—Papi: estoy escribiendo un cuento a Jego para antes de dormir —dice Dante.

Jego observa los dibujos de Dante y éste pone un poco más de color. Me acuclillo y le pregunto:

—¿Qué dice tu cuento?

Dante baja la vista al cuadernillo donde hace sus rayones, lo estudia por un momento, pero no responde nada.

Veo un libro que andaba buscando y que se me había quedado sobre un mueble. Tomo el libro, regreso y vuelvo a ponerme de rodillas, pero Dante sólo sigue viendo sus dibujos, con su dedo índice va siguiendo una línea imaginaria en los rayones que ha hecho.

— ¿Entonces, de qué se trata el cuento? —insisto.

Dante por fin alza la cara y me dice:

— ¿Quién sabe?: no sé leer.

76

Hiram:

Fiesta de niños en una casa del barrio.

—No sabía que hubiera tantos brasileños por estos rumbos —dice Diana, una productora de la BBC local, que se acerca a Denis y a mí.

—¿Quiénes? —Denis examina con ojos brillantes a la concurrencia, mientras escucha atento intentando reconocer palabras portuguesas.

—Pues ustedes dos y ella —dice Diana mientras señala a la esposa de Denis.

Susy es inglesa y yo soy mexicano —digo.

Diana se ruboriza: me conoce desde hace más de un año, así que intenta una salida.

—Bueno... tantas personas que hablan portugués.

Denis abre los ojos más de lo normal, ella lo nota.
Yo me apunto con el dedo:
— De hecho, yo hablo español.
Diana se vuelve a ruborizar:
— Eso quise decir: tantas personas que hablan español.
En su voz hay un tono de ahogo y apremio por llegar a un terreno firme de una buena vez.
— De hecho, yo hablo portugués y Marco habla español —aclara Denis.
Diana todavía quiere salvar cara:
— En fin, tantas personas que vienen de Sudáfrica.
Nos quedamos en silencio.
Nuestra reacción no es lo que Diana esperaba y nos urge con la mirada cuál es la razón, así que Denis apunta:
— Sudamérica.
— Bueno, tanta gente de Sudamérica — apura un trago, finge que alguien la llama y se va.
Su cabellera roja desaparece en el pasillo; Denis susurra para su coleteo:
— Sudamérica y Norteamérica.

Araceli:

Christina, una británica, se carcajea recordando su tiempo en Jamaica:

—Divertidísimo. Allí se preocupan por el clima y oyen el reporte sin darse cuenta de que sólo hay dos opciones: “llueve o no llueve”.

Para no antagonizar evito señalar que desde mi punto de vista la cultura climatológica en esta isla no es menos risible. No sólo hay una obsesión con los reportes, en Inglaterra hay un protocolo salutorio que consiste en intercambiar observaciones sobre las sutilezas inextricables de este clima.

Alguien dice: “Un día gris, horrible”; la otra persona contesta: “Al menos no está lloviendo”; la primera persona: “Así es, buenos días”; segunda: “buenos días, adiós”. El intercambio climatológico parece interminable, pues superficialmente se desarrolla sobre una simple estructura adversativa: “No ha parado de llover, pero al menos ya se va a terminar el día”; “Un día terrible, pero al menos hubo sol hace un par de días”, “Este día ha hecho mucho frío; pero al menos no ha llovido”. Ocasionalmente hay un buen día y entonces: “Qué día tan esplendoroso; hay que aprovecharlo porque uno nunca sabe cuándo regresa el mal tiempo”.

Yo poco a poco empiezo a dominar las etapas del ritual, ofreciendo la frase exacta que debe seguir a la que mi interlocutor me ha dado como pista y pie de entrada y cuya respuesta satisfactoria es una nota específica, que permitirá prolongar el intercambio hasta que nos despedamos dejando en claro que todo está bien, seguro, nada hay fuera de la norma. Allí no hay que ponerse creativo que, si los ingleses hubieran querido eso con

su clima, entonces hubieran inventado una tradición lírica sobre la hermosura de la lluvia, en lugar de –tal como han hecho– irse a Italia a hacer poemas al verano y a la primavera.

78

Araceli:

“Si estudias serás alguien en la vida” –dijo el cliché humano que era mi maestra. Desde entonces, la única manera de ser alguien era memorizando las tablas de multiplicar y tomando dictados. Al cabo de un largo tiempo, Juan o Pedro serían contador o ingeniero para contar dineros o tuercas, y durante muchos años el tema de la existencia estaría resuelto o postergado, hasta el día en que dejaran de ser aquello que sus trabajos decían que eran y volvieran otra vez a ser Juan o Pedro. Entonces visitarían a sus antiguos clientes y hablarían de las cosas que ya estaban olvidando. Algunas veces iban a la tienda de mi padre y se entretenían mirando a la gente que pasaba en la calle, que quizás sí era alguien o que era sólo Juan o Pedro.

En mi pueblo, y en la tienda, ser escritor, filósofo, artista, humanista o algo así, tampoco valía como ser alguien. Así que durante años estudiaba yo para ser nadie y siempre era invisible excepto cuando me preguntaban “¿de qué vas a trabajar?”. Como si todos

tuvieran un solo ojo que se abriera tan sólo para esa ocasión y realmente quisieran saber mi nombre, pero yo simulaba la inmovilidad del colibrí frente a mis libros, intentando pasar desapercibido y no confesaba que quería ser Nadie, y que en ese momento quizá estaba naufragando o en una travesía, uno de cuyos puertos sería este *Ph.D.* que hoy acabo de obtener.

79

Álvaro:

En Duxford Beach... Sobre el lomo de las olas del Mar del Norte se desliza una mañana plomiza, por un momento ha escampado y entre los bañistas se corre la voz de que el servicio climático anunció que no lloverá durante unas horas. La gente se pone en movimiento hacia la playa.

Ayer Juliet y yo hemos hecho migas con Debbie y John, padres de dos niñas de edades similares a Dante y Jego, quienes pasan libremente de nuestra tienda a su caravana y regresan con ellas a discreción según requieran sus juegos.

Debbie ha venido a decir que irán a nadar y que les encantaría que fuéramos juntos. Me adelanto con los niños y Juliet. Al llegar, ella me dice que tomará un poco de sol y los niños dicen que regresarán corriendo a buscar a sus amigas, yo les digo que por favor pasen

por nuestra tienda y me traigan un libro que olvidé y me meto al agua solo.

Soy mal nadador, así que mi orgullo me parece a salvo cuando ocasionalmente dejo de sentir el fondo con los pies, y nunca atrevo muchas brazadas más allá. Después de chapotear y flotar un poco no sé qué más hacer, ni entiendo el gusto por meterse al agua fría; acá todos hablan con tanto entusiasmo de ir al mar, que me avergüenza adelantar una opinión contraria, pero para mí que la mejor cualidad de un paseo por una playa inglesa es que su conocimiento hace innecesario volver a pasear por ninguna otra playa de la isla.

Regreso en el momento en que llegan Debbie y John, durante unos segundos deliberan con Juliet sobre cómo organizarnos para que un adulto esté a distancia prudente para la vigilancia de los niños. Yo digo que lo mejor es que alguien cuide a los niños en la playa y me ofrezco para quedarme y que todos ellos naden sin pendiente. Les parece una idea muy generosa y hacen un intento desvaído por hacer que el turno se tome al azar, mas yo insisto con firmeza y mientras se encaminan al agua me aseguran repetidas veces que tomarán el segundo turno, luego bracean mar adentro.

Paso un rato muy agradable leyendo cerca de los niños, ocupados entre ellos jugando con la arena, hasta que los adultos regresan cansados, chorreando de agua de sal e insistiendo que yo también debo nadar mucho pues es lo justo. Con gratitud me dicen que puedo tomarme el tiempo que quiera, que ahora ellos se harán cargo.

No sé cómo contrariarles, así que me quito la playera y entro al mar. Esto último es un decir, pues en realidad sólo camino por la orilla y poco a poco doy unos pasos hacia adentro, asegurándome que el suelo siga parejo; voy doblando las rodillas cada vez más, con la ridícula idea de que eso hará que desde la playa parezca que estoy en aguas más profundas, así sigo hasta que empiezo a flotar. Intento no bracear mucho porque cuando lo hago no puedo saber bien dónde está la playa. Quizá los otros observan la simpleza de mi rutina y sospechan que me estoy dando una gran aburrída.

En cierto punto el mar me ha levantado un poco y he dejado de sentir el suelo con los pies y, a pesar de mis intentos, durante un momento no logro recuperar esa sensación de seguridad. Estoy poniéndome nervioso, sin mis lentes no veo la playa y bracear hacia cualquier lado podría alejarme, así que no tomo ninguna decisión. Intento conservar la calma, repitiéndome que es más fácil flotar si uno está relajado y que los tiburones prefieren las aguas tropicales. Oteo el horizonte, pero la arena es de un color tan sucio como la mañana y la isla es tan plana que no hay promontorios que la señalen. Decido moverme unos metros hacia la dirección que parece correcta y volver a revisar mis datos en un segundo. Giro la cabeza lentamente evaluando mis chances y de pronto veo que, a unos metros, alguien me observa desde lo que creo que es mar adentro.

El observador se sumerge y reaparece unos metros más cerca. Ahora la veo mejor, es una foca que se queda

flotando como yo, quizá curiosa de que yo no haga nada. Con el ruido del mar, mi mala técnica y mi deseo de no hundirme decido que abrir la boca para hablarle sería mala idea, así que sólo la observo de vuelta durante unos momentos. El oleaje nos mantiene a una distancia constante pero móvil, por un momento la tomo como mi referencia así que empiezo a ondular los brazos gentilmente hacia la dirección opuesta para acercarme a tierra. La foca desaparece y en un segundo vuelve a sacar la cabeza a unos metros de mí, pero en otro lugar distinto. Repite la operación varias veces, como con curiosidad o jugando, pero yo sigo buscando la playa y así que dejo sin respuesta lo que parece una invitación a seguirla. De pronto, las puntas de mis pies tocan el suelo y considero que ha pasado el tiempo suficiente como para cumplir con mi cuota de diversión y empiezo a caminar tierra adentro.

Al llegar a donde están los demás, todos me dicen que les pareció interesantísimo que la foca y yo estuviéramos observándonos tanto tiempo, que probablemente le di seguridad y confianza como para que ella se atreviera a más, que hice muy bien en estar me quieto, porque podría haberla espantado. Yo les digo que sí, que lo mejor era que yo no me moviera mucho.

Su cháchara la acompaña por doquier y ella la vuelca en las orejas de quien se deja, hasta que los inunda tanto

que deviene inaudible y desaparece. Tan sólo ella oye su voz y le gusta tanto que cree que conversa de lo lindo, así que cuando nadie responde a su presencia se dice: “esta gente es boluda, no capizcan aunque les hable en castellano perfecto”. No intuye que se ha tornado una presencia fantasmal, sólo grita más fuerte para que la oigan, pero hace tanto ruido que sus palabras no se entienden y cada vez se va quedando más sola.

Cuando topa con algún descuidado, le echa encima ese palabreo que usa para no escuchar y su oyente gradualmente muere de silencio. Si ella pudiera callarse, se daría cuenta que desde hace mucho tiempo pronunció la última palabra, porque para ella el lenguaje es una manera de negar al otro.

Algunas tardes se sorprende de cómo escasean los latinoamericanos en estos tiempos, cuando antes los hallaba por todas partes; por ello sólo le queda hablar más y más consigo misma, con esa voz que le gusta tanto porque es la suya y porque lo que le oye parlotear le parece tan bien versado y verdadero que es un primor y “¡si alguien más pudiera oírlo!”.

Cuando llegó a Norwich era una italiana que hablaba español, creía que Argentina no era un país bananero porque no exporta bananas, que era superior a cualquier otro país por el hecho de que ella nació allá. Se presentaba ante escritores como traductora y donde no había tales como poeta; la mutación le servía para posar de artista o para ponderar el nivel de sus servicios según le conviniera. Su inglés siempre fue muy bueno;

empero, sus limitaciones la han hecho parecer mejor persona de lo que es, pues el déficit le impide hacer el cotilleo que tan bien maneja en nuestra lengua materna.

Ella usa la confianza como puente de abordaje, pues se sabe dueña del arte de confesar defectos que la humanizan para simular virtudes como la honestidad. Así que aprovecha la cercanía que fácilmente se establece entre desterrados con un mismo idioma, toca puertas, abre brazos, tiende manos, intercambia intimidades y así se adueña de lo que pocos han oído, para luego revelar en chisme una consistencia de detalles secretos que expone sin juicios condenatorios. Con la operación, ella aparece como una turista de las almas, pero una turista extravagante, que no se fija en los clichés viajeros de siempre, sino una que testimonia los hallazgos de sus viajes por el sistema de cañerías del interior del prójimo. Se niega el disfrute de las bondades de los demás, porque el mérito ajeno le fermenta en escozores de cizaña que la vuelven poderosa. Entonces devasta a quien puede, para luego volverse generosa invitándose a sí misma a un botín en esa tierra arrasada: las miserias de los demás son su manera de demostrarse su propio valor, su única riqueza.

Monstruos menos diestros son fáciles de evitar, pero Che Rossina tiene algunas bondades y por eso es más peligrosa. Ella ha lastimado a tantos mexicanos de estos rumbos –entre los que cuento a mis amigas Clara Stern y Karla Guadarrama– que no he querido perdonarle este retrato.

La abuela paterna de Juliet trabajó para la reina y no tiene problemas económicos; en contraste la situación de mis suegros es precaria:

—Mi abuela dará parte de sus ahorros a mi mamá para ayudarla —dice Juliet.

—Ha de ser una indemnización por el hijo que le dio.

Hiram:

Andrés B. es un idiota al que todos evitamos. Casi no me avergüenzo de decir que cuando lo encontraba fingía no reconocerlo, mirándolo impávido como si él fuera uno de tantos extraños en el frío. Las primeras veces en realidad no lo recordaba, pero después automaticé la reacción como autodefensa.

Las cosas han cambiado desde hace unos meses que se mudó a mis rumbos, pues hemos coincidido en el camino y he tenido que bicicletear con él hasta la universidad. En el trayecto, sin medir provocación, me ha hecho confidencias como si fuéramos íntimos, o como un náufrago las haría a una cara pintada en una roca. Siempre habla de sí, yo no lo interrumpo y cuando nuestros caminos se bifurcan, sugiere que alguna tarde nos tomemos una cerveza; yo siempre contesto con va-

guedades y cuando él ha querido arrinconar una fecha me he blindado con pretextos y ocupaciones familiares.

La semana pasada, mientras yo jugaba con Dante al lado de una tienda de caridad donde Juliet chachareaba, Andrés B. salió del supermercado cercano y se acercó. Jego dormía en su carriola y yo imaginé una maniobra evasiva: podría saludarlo y despedirme brevemente, meterme con mis niños a ese mismo supermercado y luego llamar a Juliet por celular o alcanzarla en la casa. Por desgracia en ese momento ella salió a decirme que Claire y sus niños estaban dentro de la tienda, mientras estos pasaban corriendo a reunirse con Dante. Yo me alejé hacia el pradito con todos los niños para atraer a Andrés, pero él se puso a conversar con Juliet y Claire, me volvió a invitar a que nos tomáramos una cerveza, Juliet dijo que me hacía falta salir y para que fuera a soltar más información, yo aceleré una retirada rindiendo mi número telefónico acordando un día para la reunión.

Unthank está lleno de muchachos universitarios. Lo primero que se nota en un bar inglés son el tono bajo de las voces masculinas. Los hombres sacan la voz desde el diafragma, dando a sus conversaciones un fondo sonoro de profundidad. Por su parte, las mujeres no usan el tiple alto, lo que les concede un aire adolescente, a veces de una delicada belleza varonil.

No veo a Andrés. Regreso a la entrada y encuentro a Tom, un compañero de fútbol, pasando por la acera. Tom me da la mano muy sonriente, pero después de un par de

comentarios sobre el último partido no sabemos qué más decir y por desgracia, la sorpresa de vernos, nos hizo saltar el protocolo de saludos sobre el clima, los cuales nos hubieran permitido extender el intercambio de palabras al doble. Vacilamos un momento buscando tema y entonces Andrés B. interpone su espalda frente a Tom y me dice:

—Estudias escritura creativa, ¿quién paga para que hagas eso?

Yo doy un paso lateral para ver la cara de Tom e incluirlo. Andrés insiste:

—¿Hay alguien que dé dinero para eso?, ¿quién te mantiene?

—Yo mismo: soy rico —le espeto y luego miro a Tom con incomodidad.

Tom no hace ningún gesto de entendimiento y Andrés B. no ha encajado el sarcasmo, sólo me mira esperando respuesta. Yo le presento a Tom intentando dar pie a otro tema, pero Tom aprovecha para alegar que tiene prisa y se escabulle. Andrés B. ni lo mira, sólo agrega:

—¿Dónde vas a trabajar? Tienes hijos, el mercado laboral para tu carrera es nimio... ¿Dónde vas a colocarte cuando regreses a México?

Espera un par de segundos y agrega como si fuera un padre que exige a su hijo que se mire en el espejo de su última culpa: “Piénsalo mientras voy allí adentro, cuando regrese me dirás tu respuesta”, y su espalda se pierde entre los parroquianos.

Llevo años lidiando con preguntas como esa y nunca he tenido más que mi terquedad como respuesta;

engancharme en el tema es lo más lejano a la idea de pasar una tarde agradable.

Veo el reloj, veo el camino por el que se marchó Tom. De aquí al centro de la ciudad son unos veinte minutos a buen paso, podría meterme en la biblioteca, pasar allí una hora y regresar a casa; o quizá irme directo a la casa que está muy cerca. No, eso no: Andrés podría darse cuenta de donde vivo.

La primera esquina está bastante lejos, pero una vez doblada, las callejuelas serán intrincadas e insolubles; cruzando la calle, después de los contenedores de una tienda y las fachadas de unas cuantas casas, está el bendito silencio. Esto es el Golden Triangle, hace cien años estas casitas de estilo victoriano eran el barrio de trabajadores, ahora son todo el espacio que la clase media puede conseguir en una zona codiciada por la calidad de sus escuelas. Acelero y entonces la mano de Andrés me toca el hombro:

—Oye: antes estudiaste algo de humanidades, ¿no?
Regresamos.

Oriento la charla hacia su investigación; hago preguntas de corte estándar, que lo incitan a una presentación después de la cual se da cuenta que no entiendo de qué habla, pero que me permiten hacer preguntas más precisas.

Eso lo motiva y afirma que cuando termine el doctorado, trabajará en Europa; que su investigación es muy importante; que hay muchos interesados en los

resultados y tiene varias ofertas de empleo; que no tiene motivos para regresar a México; que su exnovia y él iniciaron doctorados al mismo tiempo en distintas universidades europeas, pero ya no se ven más, y me cuenta una historia que me hace pensar que a esa mujer no pudo alcanzarla cuando escapaba de su fiesta. Luego enumera las invitaciones de trabajo que va a considerar (Gran Bretaña sí; quizá Alemania o Francia –cuyo estilo de vida le interesa–; pero España no, pues sus universidades no son lo suficientemente buenas), agrega que probablemente se decantará por trabajar en una ciudad inglesa, porque le gusta el país y pasa sus ratos libres estudiándolo: “Yo no pierdo tiempo con la televisión o esas estupideces”, dice.

Admira la cultura británica, porque satisface su ideal de la cultura racionalmente antisocial y hace una descripción de las pasiones británicas diseñada desde una biblioteca y no desde el estereotipo turístico. Habla del tema sin afectación, como exponiendo las cosas objetivamente. Habla sin autoritarismo, pero sin resquicios para disonancias ni conversaciones o como si sus lecturas le hubieran quitado el elemento sorpresa a todo lo que ve; por lo mismo el tema se agota cuando él lo decide y entonces sé que es mi turno para hacerle otra pregunta.

Intuyo que hay un refugio contra su tono objetivo en la complicidad del chisme, por eso pregunto si actualmente tiene novia o si le gusta alguien. Sin perder el estilo, concede que una colega de su laboratorio es

suficientemente atractiva, pero señala que es demasiado joven y que habría que cultivarla. Hago preguntas indiscretas, como su tía o como un lujurioso de barrio, y él condesciende con una cátedra sobre cómo se ha de conquistar a una mujer inglesa. Habla con seguridad y ante él parezco el acólito de una misa de verdades de la vida.

Según la homilía de Andrés B., el inglés no es un pueblo de la oralidad, sino que tiene una relación especial con la palabra escrita y por ello la lectura ha conformado su subjetividad actual. “No por nada Borges dice que este es el más literario de los países”, aduce. Desde pequeños los ingleses oyen historias antes de ir a la cama, juegan y cantan canciones de una tradición poética de siglos, que ahora se ha vuelto parte de su educación formal y mediática. Su relación con el lenguaje es especial: expresan sus pasiones sólo lingüísticamente, por ello tienen gran literatura, pero no tienen música clásica de altura. Lo que las enamora no es la animalidad apasionada de los pueblos de sangre caliente, aquí las mujeres son más cerebrales.

—También se apasionan, pero con cierto tipo de inteligencia: una inglesa se encuentra halagada cuando apela a su inteligencia verbal: aquí seducir es sofisticado, no creas que vas a convencerlas con cualquier ocurrencia ordinaria...

En ese momento Andrés me mira a los ojos asentando el punto de su charla, como si rebatiera creencias muy acendradas en mí. Luego da un sorbo y hace un pase

con la mano hacia un par de mesas ocupadas por varias jóvenes muy lindas, en la cara de Andrés no hay cambio, sólo la expresión de quien señala un hecho:

—Míralas. Tienen todo: educación, salud, riqueza, están el centro del mundo, desde aquí se imponen los cánones de belleza racial que les favorecen...

Me mira, pero no parece darse cuenta de que estoy allí; simplemente vuelve a su exposición:

—A las inglesas no te las ganas como a las gringas —sus parientas culturales—, pues los rituales de cortejo de ambas culturas son distintos. Ambos cortejos se pueden dividir en secuencias con el mismo número de pasos, pero el orden de éstos, desde que las conoces hasta que se acuestan contigo, es diferente.

Explica que los besos son un momento de ambas secuencias, pero que son una etapa temprana en el cortejo norteamericano (digamos la número 5) y en el inglés una muy posterior (digamos la penúltima).

—Si le gustas a una gringa, te besará casi desde el principio, pues su cultura es más táctil; en cambio, una inglesa se besará contigo poco antes de encamarse. Es como con los estilos del humor: el gringo es más físico, pero el pueblo inglés se inclina a la agudeza o a los juegos del sinsentido.

Hace una pausa, no espera que yo hable, sólo mira lentamente las mesas de los alrededores. Cruza miradas con otros parroquianos y simplemente se traspasan como si fueran transparentes. En Oaxaca habría sonrisas de reconocimiento y cada quien a lo suyo o una

invitación a reunir mesas y compartir bebidas, pero los ingleses son como fantasmas que no parecen existir, si no han sido invocados por los misteriosos medios de una presentación formal.

Andrés vuelve al tema:

—Con una inglesa uno puede superar el protocolo intrigándola, desestabilizando su seguridad. Hace un par de días, por ejemplo, me detuve por el escritorio de la chavita de mi laboratorio y le dije: “*When you stare at the mirror, you feel stupid at the beauty you put inside of it*”... ¿Te das cuenta?: Te ves al espejo y te apendejas a ti misma de lo bonita que estás.

Esta vez sí me mira a los ojos, como esperando que indique que he entendido el mensaje que a continuación él explicita de inmediato:

—O sea: no sólo es bella, sino que no puede comprender tanta belleza. Es decir: puede percibir objetivamente su belleza, pero esta no puede ser aprehendida por el entendimiento. El piropo es un aforismo con un enigma cifrado que la dejará intrigada y, cuando lo piense, destilará su esencia durante mucho tiempo, así la voy cultivando.

—Vale, ¿pero ella qué hizo?

—Su amiga y ella se rieron y lanzaron miraditas hacia mi lugar de trabajo.

—¿Y luego qué pasó?

—Nada. Así la tuve todo el día.

Rafa:

Decenas de solicitudes de trabajo que mandé obtuvieron una sola respuesta. Fue una falsa “alarma”: se confundieron con mi CV y creyeron que tenía la formación estándar de los maestros británicos. Por ese error me enteré de que debía aplicar a un curso de entrenamiento de un año; lo hice.

Tampoco fui aceptado.

La vergüenza, la frustración, el sentimiento de inferioridad me duraron muchos días: “No puedo ni aprobar un examen para una capacitación”.

“Cuidas de los niños” —recuerdo la voz de Juliet ahora que me arrullan las vocecitas, cuentan y cantan historias de niños en inglés, salpimentado con las palabras en español que han aprendido de mí. Amo a mis hijos. También recuerdo la voz de Juliet que señala que aquí funcionamos en equidad:

—Tú has de trabajar medio tiempo al menos: cada quien debe ganar a menos el 50%. Si quieres escribir, claro que puedes hacerlo: después de que todos estén dormidos puedes dedicarte sin distracciones

Sé que, debido a su insomnio, su creencia de que duermo demasiado es innegociable, así que me enfoqué en otra cosa: ¿te imaginas qué será para mí trabajar en cualquier cosa, cuando he empeñado todo para terminar ese doctorado y regresar a la academia? Y esa vez tuvo una respuesta: “No todos trabajan en lo que les gusta”.

Junto con libros de autoayuda, en la biblioteca pública he estudiado los seguros de vida: no sirve comprar uno y suicidarse para que los familiares cobren la poliza. Una cláusula anularía el contrato. No sirvo ni vivo ni muerto.

84

Soy un hormiguero de dolores. Un insectario. No hay dolor que no tenga su nido en mí. La polilla carcome mis ilusiones. En mi corazón se incuba el comején. Miles de patas dibujan pequeños senderos que van de mis recuerdos más preciados a mis espasmos en el retrete. Al asomarme a la taza del café caen en ella pequeños escarabajos desde mi nariz. Si no oigo a nadie es porque en las orejas tengo hervideros de abejas. Las manos se me duermen porque adentro se movilizan marabuntas. Vivo en un grito. Cuando muevo los labios un zumbido surge desde mi estómago y abre mi boca en agudos de chicharra. Escribo mis dolores y las letras son arañas recalando desde el fondo mis uñas. Cada que me acuesto millones de insectos salen de mis orificios a recoger angustias, despedidas, lejanías. Cada mañana soy un renovado almacén de quebrantos y congojas. Entre mis sábanas la picazón de alitas, patas y cuerpos diminutos impide todo descanso. No hay noche que no produzca nuevas multitudes, por los sueños voy dejando un rancio olor de quejas y lloriqueos. Y en mis lágrimas se adivina la exacta sustancia de nuevas alas de mosca.

Puerta por puerta meto en los buzones propaganda sobre los beneficios neurofisiológicos y culturales de estudiar una lengua con un hablante nativo. Ofrezco clases de español por unas libras. Hasta el momento los volantes sólo han atraído a unos viejitos y una mujer con problemas psicopatológicos. La grima me dice que este subempleo es una especie de muerte, pero sin tanta dignidad; que nadie necesita un doctorado en literatura para enseñar a decir: “Hola, me llamo John, ¿tú cómo te llamas?”.

Empujo la carriola de una puerta a otra. Jego sabe que la diversión de este paseo será entrar a algunas tiendas de segunda mano para hacer una pepena juguetona en la sección de niños. Los criterios de la utilidad y precio determinan esta ronda metódica, las cosas buenas desaparecen pronto, así que hay que encontrarlas antes que nadie. En esta ocasión, Jego quiere un monigote colorido, que va mostrando a cada persona que topamos en la fila de pago.

Pasamos por la zona comercial sin echar un vistazo a nada; cuando uno se acostumbra a la pobreza se percibe selectivamente: sólo adentro de los límites del presupuesto y lo demás se difumina en un fondo inalcanzable. En los aparadores existen las cosas que podrían adquirirse, camisas que pierden lustre en unas cuantas puestas, pantalones que se desgastan sin oponer resistencia, puestos de comida barata, cosas de segunda mano. Aquello que

no es útil para la sobrevivencia, pronto deja de aparecer, uno deja de pensar en lujos o vacaciones, cosas así. La pobreza se vuelve una condición interior desde la que se entienden las intenciones y los anhelos.

Regresamos cruzando unos vecindarios pobres que harían un barrio de clase media baja mexicana; estos y aquellos comparten prejuicios de la ignorancia y el resentimiento social. Unos adolescentes se acercan diciendo una majadería, hago como que no los escucho y acelero el paso. Recuerdo que un amigo indio fue golpeado por una pandilla de alguna de las favelas ricas de la zona. Aquí quizá nadie se muere de hambre, la pobreza es relativa. Para mí es la sensación íntima, consuetudinaria, de abandonar una sociedad en la que se era útil y varar en un lugar donde sólo se existe como un extranjero más entre tantos indeseables.

Pasamos a una biblioteca pública donde Jego gusta de ordenar los libros en el suelo formándolos en columnas, como si anduvieran en convoyes de trenes paralelos. Al final de esta escala, él elegirá un par para que los leamos en la noche y yo tomaré algún título de autoayuda de lenguaje directo y mensaje optimista, de los que entran en cerebros cada vez más densos, como el mío.

Al regresar a casa Jego se duerme en la carriola con el juguete aferrado en su puñito. Yo le echo un ojo a mi correo: ninguna contestación a mis solicitudes, ninguna carta, ninguna noticia que no sean las respuestas a mis declaraciones de impuestos. Mis egresos superan a mis ingresos y técnicamente puedo recibir la ayuda social

para la manutención de mis dependientes; cuánto me pesa esta “buena” noticia. Reviso la bandeja de *spam* para ver si algún mensaje no cayó allí por equivocación.

Nada.

La angustia me reconcome con la infinidad de divisiones en que se puede fragmentar un precio. Digamos que cinco es la mitad de diez, pero reunidos las primeras cinco libras, las otras cinco que faltan empiezan a dividirse en dificultades infinitas: llegar al sesenta por ciento de una suma puede costar el doble de trabajo que completar el cincuenta por ciento previo; el sesenta y cinco por ciento será aún más complicado, y así sucesivamente.

Dicen que el dinero no hace la felicidad, pero creo que eso sólo es un rumor que han hecho correr los ricos.

Hiram:

Estoy trabajando con la universidad mexiquense en una solicitud de repatriación con uno de sus centros de investigación; mi perfil doctoral justifica la petición al Consejo Nacional de Ciencia. Los de la *uni* hablan de un proyecto regional ambicioso, con investigadores de planta y trayectoria. Así que, si logro regresar, seré el novato de un equipo de colegas experimentados en el arte de desentrañar los arcanos de la investigación (¿qué

emoción!). Es un lugar en el que seré útil, ese sentimiento no me acompaña desde que estoy en esta torre de marfil. Inicialmente sería un contrato de dos años y la contratación definitiva estaría supeditada a mi producción.

También apliqué para un postdoctorado en otra uni inglesa, lo que implicaría: otro par de años bregando para, terminado el plazo, volver a buscar trabajo; pero, dada la contracción del mercado académico, nada mejorará con el tiempo... así que decidiré por lo que salga.

En fin, te mando un abrazo esperanzado.

Marco.

87

Colí:

En la madrugada Jego se despertó llorando:

—*I don't like it* —repetía.

Juliet y yo saltamos de la cama. Ella fue más rápida para ir a consolarlo. Yo aproveché el momento de vigilia para visitar el baño; al salir, Dante, adormilado, estaba en la puerta esperando su turno.

—¿Sabes qué le pasó a Jego? —pregunté.

Dante contestó seriamente:

—Sí: tuve un sueño en el que le pedí su patín del diablo y no me lo quiso prestar, pero como no lo estaba usando, yo lo tomé, entonces él empezó a llorar y me despertó.

Araceli:

Doy un par de clases para los beneficiarios del sistema de desempleo. Son pobres de otra especie zoomorfa que aquellos pequeñitos, escuálidos y silenciosos, que aprendí a amar perdidos entre sus hambres. Mis nuevos pobres son gordos inmensos con suficiente dinero y ocio para vagabundear en busca de ofertas por la zona comercial con los mofletes retacados de comida chatarra. El tufillo del sudor rancio atrapado entre pliegues de carne los precede como un *déjà vu*. Algunos cultivan ese carácter sufriente con que se arrugan los pobres, con gestos en los que se les va eternizando el dolor de camino hacia la muerte cuando montan los kilos de su bajo estatus social en las escaleras eléctricas, o arrastran la manteca y la tristeza de sus pasos por las callejuelas de su vida.

Al llegar a la sala de espera para cobrar lo del paro toman ficha de turno, eligen la silla más cercana, se bambolean hasta ella, maniobran para ponérsele de espaldas, dan unos pasitos en reversa, tocan el asiento con los muslos y empiezan a sentarse en cámara lenta hasta que las nalgas se encuentran a unos centímetros del asiento, para entonces dejarse caer haciendo crujir los materiales. En el rebote del acomodamiento sonríen involuntaria y brevemente, pues las lonjas del cuello presionan contra las de los cachetes; ese rictus de alegría forzada desaparece pronto y sólo se nota el cansancio

de cargarse a sí mismos por estas oficinas donde nadie quisiera volverlos a ver. A una de estas gordas la acompañan un par de niños, que por el físico parecen ser sus hijos, pero por la manera como se dirige a ellos parecen ser sus enemigos. Rezongar le agota y cada dos o tres frases necesita jalar aire, abriendo y cerrando la boca como un pez; al hacerlo frunce los labios produciendo un silbido que hace pensar que está sorbiendo un espagueti larguísimo.

En otros asientos de la gran sala se congregan las madres adolescentes, otro grupo especialista en recibir salarios del paro. Sin los escrúpulos, la madurez o la educación para pensar otro proyecto de vida, un porcentaje de pubertas inglesas divisan como su mejor opción traer al mundo a un bebé para recibir beneficios del Estado. Difícilmente pueden pensar en el futuro de los hijos, sino en el pago de la renta, el apoyo para la crianza y manutención y otras necesidades inmediatas. Inglaterra tiene el mayor índice de madres adolescentes de los países ricos y es frecuente verlas paseando en las calles. En el parque donde llevo a jugar a Dante, un grupo de estas muchachas se reúnen a fumar mariguana o tabaco, mientras sus bebés duermen en las carriolas; por su belleza alguna de ellas podría haber sido modelo.

Hace un par de años Juliet hizo trabajo voluntario para una asociación de caridad. Uno de sus encargos fue dar consulta y compañía a una agorafóbica beneficiaria del seguro del desempleo. Ésta no había salido de su casa en varios años y recibía una mensualidad por discapacidad

(más alta que la que dan por ser desempleado); su pareja vivía con ella y por los cuidados que le dispensaba recibía un sueldo como ‘enfermero’ y, además, se las arreglaba para llevar un negocio informal de compra y venta de carros en la cochera; tenían hijos y por cada uno de estos recibían una subvención; el Estado también ayudaba a pagar su renta y, su condición de discapacitada le permitía acceder a prestaciones, como el trabajo de Juliet, por ejemplo. No exagero si digo que tan sólo el ingreso de ella era al menos tanto como el de mi beca —el único ingreso de nuestra familia—. De haberse curado, su bajo perfil laboral sólo le hubiera alcanzado para sueldos menores a su ingreso de seguridad social.

La agorafóbica y su novio tenían un grupo de amigos en paro que también conocían los recovecos del sistema de desempleo. En una ocasión descubrieron que los niños diagnosticados con alguna condición médica —digamos asperger o autismo— recibían mayor subvención. Al día siguiente, inundaron la escuela con peticiones de constancias de las conductas anormales en sus hijos; este era el primer paso para respaldar una diagnosis médica con la cual hacer nuevas solicitudes de subsidio y asistencia. Curiosamente, parece que el tiempo y el esfuerzo que invierten en la ocupación de no trabajar les permite hacer sus demandas con la convicción que da la ética laboral. Aunque suelen rechazar empleos malpagados, por sistema afirman que no hay trabajo, pues ello les permite presentarse como víctimas de un sistema y pedirle indemnización.

No estoy diciendo que todos los desempleados sean así, ni que sean un porcentaje mayoritario, pero sí hay un grupo con una subcultura identificable. Para la derecha política es fácil generalizar estos comportamientos como si fueran los de todos los beneficiarios y condenar al sistema de seguridad social como una pérdida injustificable de la política estatal. La izquierda política, por su parte, suele señalar que la cantidad de la inversión es irrisoria comparada con la pérdida que significan las permisiones a los defraudadores de cuello blanco. Como sea, la cuestión no es de corto plazo ni meramente económica; si bien los defraudadores del desempleo están atorados en bucles de miseria mental, que las mejores intenciones en la planeación social parecen perpetuar. La sociedad no invierte dineros con el objetivo de mantener holgazanes, sino para intentar salvar de la pobreza a familias que no tendrían oportunidad de otra manera. Como contrapeso para ese debate, podrían alegarse casos de éxito, pero nada de esto constituiría una metodología válida para discutir bondades y fallas de un sistema. El asunto es complejo y el análisis de resultados no es fácil, así que yo sólo registro lo que veo.

Yo.

Adán:

Me advertiste que, si me dedicaba a las letras, echaría a perder mi vida. Lo dijiste con tanta certidumbre que en ese momento decidí hacer mi voluntad, porque concluí, nomás de oírte, que nunca podría complacer a todo mundo, así que al menos debería tenerme contento a mí mismo. Pensé: *amén, morituri te salutant*. Aunque en ese tiempo no conocía más latinajos que los falsos cultismos “finisterre” y “chiclodermis”, con que remedabas los eufemismos de doña Teresita del niño de Jesús, a quien llamabas “la culona” y quien, por supuesto, jamás hubiera hecho la mínima referencia a la parte baja de la espalda o al orificio anal ni con el pensamiento.

Durante el tiempo que los libros comprados con sacrificio me fueron educando con sus placeres, me olvidé de tus admoniciones, pues en las lecturas me ocupaba de mundos y personas que no se parecían a nosotros. Nada es peor que el acto de leer; al menos para esos como nosotros cuya casta les condena a resolver necesidades básicas. Leer es como soñar y soñar distrae la atención, hace perder el ritmo, te deja inerte y presa fácil de los pagos, las rentas, las deudas, los peces más grandes. Y yo ni siquiera enfrenté el sentimiento que me provocaba tu predicción, pues ocultar la cabeza en los papeles era la estrategia del gran avestruz espiritual que me guiaba. Por las charlas de mamá y papá sabía que seguías lleno

de saberes prácticos y siendo un referente modelo que nadie en nuestro entorno entendía cómo no seguí.

En estos días que hay que pagar las cuentas, en que no tengo tiempo ni para postergar anhelos o problemas, en estos años que los de mi misma edad ya se han establecido, que mi bebé duerme en la carriola mientras cargo en hombros al otro de mis hijos, me vienen a la mente tus gestos y tus palabras. Frecuentemente coqueteo con el arrepentimiento, pero aquí nadie puede saberlo y allá, en tu vida cotidiana, quizá crees que fuiste demasiado duro, que no debiste haber abierto la boca, que quizás yo sí sabía qué estaba haciendo. Por supuesto que no te enviaré estas líneas: la predicción de los males de tu hermano te haría profeta en tu tierra, pero no te daría contento. Así que mamá hablará contigo de las conversaciones telefónicas que cada mes mantengo con ella y, quizás, pensarás satisfecho que qué bien que no te hice caso porque, al fin y al cabo, cada quien su Finisterre.

Marco.

90

Colí:

Jego tiene 3 años y 4 meses, pero creemos que se puede comportar apropiadamente. De manera que durante unos días le instruimos:

—No se debe hacer escándalo en el lugar; hay que ser respetuoso para no interrumpir la obra echándola a perder.

El día de la función Jego está muy impresionado por el teatro. Se muestra interesado por los ornamentos del lugar, los cortinajes, los letreros, la tienda de dulces y refrescos, la máquina tragamonedas, los afiches de la obra, por el proceso de pago en taquilla (ha pedido ser él mismo quien entregue su boleto a la entrada), por las butacas llenas de gente y el sistema de acomodación. Ha notado con cierto orgullo que no hay otros niños pequeños, sabe que confiamos en él y se ha portado de maravilla.

Cuando se abre el telón, le decimos que eso indica que pronto aparecerán los títeres y se llevará a cabo la función.

Él asiente y observa el estrado.

Un mimo sale a escena tocando fuertemente un acordeón y una armónica. El actor camina habitando el espacio, siguiendo el ritmo de una música que pasa de la vivacidad hasta el súbito silencio total, que se hace cuando queda inmóvil en medio del escenario. Sin un gesto en su cara pintada de blanco, la mirada del hombre escruta al público de izquierda a derecha; el examen es calmo, casi personal.

Finalmente da unos pasos al frente, parándose a la orilla del proscenio, lo más cerca de nosotros, rodeado por el silencio expectante de nuestra atención. Lo ha logrado, la concentración del ambiente casi pudiera tocarse con un dedo.

El hombre abre la boca como para decir algo y todas las miradas del público se fijan en sus labios. Pero la boca se ha abierto sin emitir sonido, alargando la espera una fracción, tensando la cuerda de la emoción lo bastante como para que una vocecita amplificadas por la acústica de foro diga en solitario:

—*Is that a puppet?*⁴

Y el teatro explota en carcajadas celebrando la curiosidad de Jego.

91

Araceli:

Mi sobrina Bere es llevada a un separo del aeropuerto por el personal de seguridad. La interrogan. Contesta en el inglés que pergeñó durante un par de años de lecciones de medio pelo, le vuelven a preguntar las mismas cosas dos, tres veces. Llaman a un traductor. Este le informa que tiene que abrir su maleta. Le pregunta con quién viene, pide mis datos, el nombre de la ciudad en que vivo, nuestro parentesco, nuestra relación. Su pasaporte yace frente a ella, su valija despanzurrada muestra su ropa, fotos familiares que trae para mí. Los agentes no le creen y hacen más preguntas.

4 ¿Es ese un títere?

El traductor le informa que deliberan deportarla de inmediato de regreso a México, desde donde su vuelo acaba de llegar. Ha venido con la esperanza de conocer Europa. Trae tan sólo su mochila, su ropa, su mal inglés y unas fotos para mí. Bere ha terminado recién una carrera y después de haber estado en cama por una hepatitis, decidió conocer Europa y hacer escala con sus tíos, brincar a otros países.

En el momento en que suena mi celular, estoy esperando con Juliet en una sala de llegadas de Heathrow. La voz de una oficial me pide que me dirija a unos teléfonos cercanos, levante la bocina, mire a una cámara de CCTV —que localizo con dificultad después de escanear el techo un momento—. La oficial me pide que me ponga la bocina al oído, gire la cara hacia la izquierda e inicia un interrogatorio sobre mi estatus migratorio, ocupación, domicilio, familia, estancia en el país; pregunta por mi relación con Bere, por mi hermana —su madre— y su ocupación y domicilio. Aunque le entiendo perfectamente, le digo que el inglés se me complica por teléfono, con la esperanza de que tengan esa consideración y hablen con calma a Bere. Doy respuestas sin titubeos, pero con cierta parsimonia; aclaro sus pesquisas tranquilamente, intentando bajar el ritmo del interrogatorio a una charla entre desconocidos. La agente continúa igual. Luego me dice que espere en la línea.

Cuando vuelve a hablar, la agente recita las obligaciones del estatus migratorio de Bere y me advierte que

mentir en esta información es un delito. Me ordena que cuelgue y espere en una salida que puedo ver a mi derecha. Al poco rato sale mi sobrina jalando una maleta vieja y barata de su época estudiantil. Ya no es la adolescente sonrosada que vi por última vez hace casi cinco años, sino una joven pálida y un tanto desencajada:

—Tuve mucho miedo —me abraza rompiendo en sollozos.

Viajamos de regreso a casa. En la cocina me muestra las fotos que ha traído. Veo una fiesta de jóvenes desconocidos que juguetean con algunos de mis primos, que ahora tienen el cabello blanco. Bere me dice el nombre de los antiguos niños que se han metamorfoseado. Una voz en oleadas me habla de cariños y amistades, me cuesta trabajo evitar que mis lágrimas mojen las fotos.

Bere estará en Europa viajando de mochilera, con unos pesos en su cuenta y un par de palabras que va pescando por dondequiera que pasa. Desafiando la idea de que los pobres de ciertos países no pueden hacer turismo. Alguien me dirá después que su perfil calza con el de las jóvenes que son víctimas de la trata de blancas: la edad, la falta del idioma, el equipaje flaco, el dinero escaso, las fotos para recordar a la familia, el desconocimiento de un país, de sus propios planes y ocupaciones, y el gran periodo de tiempo que hay hasta su boleto de regreso.

Rafa:

Mi suegra, de ser persona productiva pasó a ser enfermera de tiempo completo de mi suegro. Este es un residuo del sistema de seguridad social, que pasa sus días relajándose, oyendo música y viendo la televisión. Cuando su alcoholismo lo incapacitó para el trabajo conseguía botellas a domicilio con el dinero del paro. Cuando una embolia lo incapacitó para recordar números telefónicos, se postró frente a la TV todas las horas que no estaba en la cama, incluso comía allí. Había cambiado la botella por la pantalla y, en lugar de bebidas etílicas, consumía otro tipo de basura; es el lado oscuro del ideal de una sociedad de consumo: un consumidor que no necesita producir ni trabajar.

La familia voltea hacia un lado cuando se mira el cuadro de esta manera: aceptada la premisa de que el alcoholismo es una enfermedad, todos compadecen y exculpan a Dave: “Es una enfermedad terrible que siempre lo venció”. Ellos abrazan un determinismo que descarta al libre albedrío y favorece la indulgencia. Jamás aceptarían la posibilidad de que la voluntad quizá sea una propiedad emergente de un sistema de valores y actitudes individuales.

Por otro lado, no faltan los francos o, sencillamente, los incontinentes verbales entre los que se cuenta a la propia madre de Dave y algunas amigas de mi suegra.

Este grupo no debate la responsabilidad individual, simplemente no acepta la idea de la víctima del alcohol, a cuya salvación toda la familia debe sacrificarse, y les basta apuntar al hecho de que, en este caso, Dave parece muy feliz con su enfermedad. Ellos sugieren otras versiones más crudas de la pareja: a primera vista quizá se amaron con locura, pero años de matrimonio les dieron perspectiva y un hastío pertinaz. Un rencor ciego acompañó sus acciones compartidas: él fue fiel, porque no tuvo otra opción, y ella se quedó aferrada a su complejo de mártir.

Margaret no se dio cuenta de cómo la delgadez y la elegancia viril gradualmente se redujo a esta cosa que habita en su casa. Sus amigas que la visitaban, después de haber estado ausentes algún tiempo, ocultaban su sorpresa cuando lo veían. Todas reconocían que el batracio gigantesco apoltronado frente a la TV era Dave y, al principio, le contaban de sus vidas como si importara. El artificio tortuoso de encontrar detalles que pudieran ser interesantes duraba hasta el momento en que él se levantaba diciendo que necesitaba un vaso de refresco. Ellas se sorprendían de que no hubiera dado un salto y de que hablara con una voz humana, pero no decían nada y alargaban su silencio los primeros minutos que él regresaba a su sillón, actuando como si estuviera completamente solo.

A veces se despedían: “fue un gusto verte”. A veces simplemente se levantaban y salían mientras la coca cola lo hacía eructar, luego le mandaban sus buenos deseos con Margaret.

—¿Por qué no lo dejas?

Le preguntaban durante años a ella y la oían apilar excusas y justificaciones que iniciaban en la confusión y terminaban en el sinsentido, pero que eran tan enmarañadas que cualquier escucha prudente terminaba diciendo que tenía razón y cambiaba de tema.

Las menos prácticas intentaban desenredar la madeja de su vida y perdidas en la actividad devenían sus amigas mejores. No eran muchas, porque la mayoría se daba cuenta de estar perdiendo el tiempo en una trampa que a Margaret le gustaba compartir.

Audrey había conocido a David antes de que ellos se vieran por primera vez:

—En realidad, nunca nadie lo encontró atractivo además de ti —dijo a Margaret en un momento culminante de franqueza.

Audrey no negaba algunas buenas características físicas, pero agregaba que a esa edad cualquier joven las compartía.

—No me sorprende nada que se haya convertido en esto: su mutismo era enfado íntimo, su sentido del humor era una manera de no comprometerse y su actitud meditativa era pereza. Fuiste la única que se empeñó en interpretar las evidencias de manera distinta.

Margaret no tuvo tiempo de replicar a Audrey con contrargumentos eficaces, porque eso fue lo último que se dijeron. Audrey no volvió a llamarla durante mucho tiempo y Margaret se sintió tan herida, que por años pensó que lo correcto era que fuera Audrey quien

marcara el teléfono y se disculpara. En las semanas que todavía esperaba la llamada, Margaret sostenía un diálogo interno en el que ofrecía explicaciones que demostrarían que había tenido razón en sus apreciaciones originales: que el verdadero David era aquel de entonces, pero que algún momento había sido transformado en esa masa eructante y gaseosa que cambiaba canales en medio de la sala y a ella le tocaba rescatarle.

A la fecha los médicos del Servicio Nacional de Salud lo han resucitado varias veces, de paros cardíacos y derrames cerebrales. La primera ocasión volvió a su lugar frente al televisor con la memoria editada: sus treinta años de alcoholismo inveterado se transformaron, según su propia narrativa, en la historia de un esposo modelo y productivo que sufrió un ataque cardíaco por exceso de estrés laboral. Esto le calza con el cuento de que su mujer no lo abandonó, debido a lo que en la mitología familiar se considera una lealtad y amor a toda prueba, y que en términos técnicos se llama “codependencia”. Sin consciencia del autoengaño, la familia ha fabricado evidencias para sí: en el álbum familiar Dave aparece con un nuevo bebé sobre las rodillas, con una hija sentada cerca de él o con su madre abrazándolo en un cumpleaños más, siempre retratado en su sillón, en el lugar central de la casa.

En esa mitología este señor era un espíritu atormentado que buscaba en el alcohol una forma de suicidio.

—Una forma lentísima y muy placentera, según he visto —dije una ocasión que Juliet exponía los sufrimientos de su padre.

—Eres horrible y obtuso, ¿no entiendes que él no quiere vivir?

—Tienes razón: no quiere vivir, pero quiere durar. Para vivir hace falta voluntad y esfuerzo —la réplica me costó una larga y resentida aplicación de la ley del hielo.

Mucho antes de conocer a Dave, atestigüé los sufrimientos de Juliet y su familia para incorporarlo a la vida que siempre rechazó. Estoy visceralmente en desacuerdo con la versión naive que lo convierte en un ángel caído; pero sería una locura intentar cambiar el parecer de nadie al respecto, lo más que he ganado es que no me hagan partícipe de la conmisericordia familiar. Cuando visito la casa, hago lo posible por mantenerme fuera del tránsito ‘intenso’ de las relaciones intrafamiliares, lo cual es bastante difícil.

En este momento estamos mi suegra y yo en la estancia de su casa. Ella lee el periódico y yo escribo en la computadora sobre la mesa. Oigo a mi suegro resoplar de regreso de su última visita al inodoro: tiene un aparato digestivo irritable. Al llegar a la habitación se recarga en el marco de la puerta y eructa.

El eructo es largo y sonoro.

Mi suegra se calza los anteojos y voltea a mirarlo en un gesto nativo clásico.

—Perdón —dice mi suegro, luego se sienta a la mesa y entonces se tira un pedo.

—¡Oh, Dave! —dice ella quitándose los lentes y abriendo la boca como para decirle algo, pero mejor se aprieta la nariz con los dedos.

A mí me dan las carcajadas.

Mi suegro voltea a verme y espeta en tono de reproche:

—Tú no puedes entender lo que es padecer de gases —su gesto es compungido y lastimero.

—Para ser justos, nosotros sufrimos muchos de tus dolores —le contesto con la mano en la nariz.

Mi suegra disimula una risita, Dave hace una mueca y me dice:

—Hay un apelativo para tipos como tú.

—Es de mala suerte insultar a la gente sentada a tu mesa —atajo.

Él mueve la boca como masticando y suelta por lo bajo:

—Cabrón.

Rafa:

Con un *Ph.D.*, 27 años y sin trabajo Joe K. se fue a Hungría siguiendo a su novia, quien daría clases de inglés. En aquel país ambos pasaron unos meses hasta que regresaron gracias a un puesto posdoctoral que les

pagó la renta un par de años. Dos generaciones antes Joe hubiera sido considerado una joven promesa de la academia británica y una ganga para el mercado laboral, pero actualmente sobrevive dando clases de redacción a estudiantes extranjeros, escribiendo para la sección deportiva de un diario.

Denis y Dolf fueron los más brillantes de sus respectivas generaciones. Su disciplina es menos difícil que la de Joe o que la mía, pero la inflación de doctores rebasa por mucho la necesidad de todas las áreas del mercado en esta economía colapsada. Inglaterra es un país repleto de mano de obra sobrecalificada en el que pocos se mueren de hambre y pocos trabajan en algo que les guste. Así que estos amigos míos se las apañan con contratos temporales y aplican a todas las convocatorias de trabajo que pueden.

Mi vecino, el músico, dice que a uno de los costados de su domicilio puede contar siete casas en cuyo interior vive al menos una persona con un *Ph.D.* Yo conozco a una de esos doctores, es una mujer que de muy joven obtuvo un doctorado en literatura francesa, que nunca ejerció por dedicarse a recorrer mundo y que ahora subarrienda habitaciones de una casa que le regaló un francés que fue su pareja. Su esposo, un escritor, se ha hecho maestro de secundaria después de resignarse a aceptar que ser *free lance* editorial no paga las cuentas. Ella cuida de sus hijas pequeñas y escribe cuando puede.

En los tiempos que me dejan el cuidado de mis niños y mis clascitas de español, reviso convocatorias y hago

solicitudes. El año pasado apliqué a México y hubo interés de una universidad por repatriarme —aunque Juliet arguyó que no era el tiempo conveniente y que había que intentarlo aquí—, durante unos días esa buena noticia me hizo sentir dignificado. Hace pocos días volví a hacer contactos con esa universidad; me ofrecieron un contrato y dieron un plazo perentorio. Le dije a Juliet que era muy conveniente para nuestra familia, que no veo salida a mi situación laboral aquí, que México ofrece una oportunidad para que nuestros niños crezcan conociendo otra cultura, para que sigamos preparándonos profesionalmente, para obtener un trabajo desde una posición que no sea tan menesterosa y que, sobre todo, yo no puedo seguir así ya más.

—Tienes que ser más abierto al cambio —me ha contestado Juliet mientras me conmina a revisar un sitio de capacitación en artes y oficios en una página que abre en internet.

En la pantalla veo fotos de trabajadores en tornos mecánicos, usando máquinas y herramientas, arreglando carros o tuberías, haciendo carpintería, cortes de pelo. Juliet pregunta que qué cosas creo que podría hacer, que en qué cosas podría yo trabajar. Mis respuestas la llevan otra vez a las mismas conclusiones que sabe desde que me conoce, pero ahora afirma con un tono metálico en la voz:

—Llevas años haciendo lo mismo, pero tienes que adaptarte.

Le muestro los resultados de un par de test vocacionales que me sugirió realizar hace unas semanas:

—Deberías de revisar tu falta de flexibilidad —me dice—, buscar ayuda para resolver ese problema.

El torso me crece como si se le hincharan los músculos, la quijada se me aprieta, la mirada se me agudiza y mi voz sale como un cuchillo zanjando que ese no es un ‘problema’, sino una vocación, que, si nos ponemos a juzgar al otro, su problema es que ella siempre cambia de trabajo, porque nunca ha sabido lo que quiere hacer.

Se levanta de la mesa y sale azotando la puerta.

Probablemente me excedí, pero para evitar reconocerlo hago como si me interesara el contenido que ella me mostró. Después de un *click* sé que nunca aparecerá una ventana para capacitación de maestros de preparatoria o para algo que me gustaría hacer, pero igual reviso .

En algún momento la puerta se abre, entra Juliet y con una voz suave conciliadora me recuerda el principio de lo que ella considera un buen matrimonio:

—Esto debe funcionar contribuyendo en plena igualdad.

Endurezco el estómago y asiento levemente con la barbilla. Hay un punto de nuestro horizonte donde las paralelas se juntan, se llama: *‘fifty-fifty’* —para que todo ocupe su lugar en el mundo debemos ajustarlo a un 50 y 50 porcentuales, libra por libra esterlina, hora por hora de trabajo, el cuidado de los niños y el ingreso personal deben ser iguales. Empero, en este país la estabilidad familiar es una igualdad inalcanzable para un migrante cobrizo y pobre como yo.

—Sí, entiendo —contesto, pero mi tono y mi cara se petrifican frente a la pantalla.

Juliet sale a la calle sin decir a dónde va, pero sin azotar la puerta.

Yo abro mi correo electrónico e inicio una carta de contestación muy formal, comprometiendo mis próximos dos años de trabajo con una universidad mexicana.

94

Araceli:

Hace tiempo debía dar una clase muestra de español en una entrevista de trabajo en una escuela secundaria. El grupo haría una práctica de pronunciación usando un par de verbos en presente con el tema de los deportes. Modelé las frases, di instrucciones para actividad en parejas y el salón se llenó del rumor de un castellano impreciso y juguetón.

Me acerqué a cotejar pronunciación a las primeras mesas. Después de un par de chicas, tocó turno a un muchachito que había seguido mi clase con una sonrisa empática desde la primera fila. Acercándome a él le dije:

—“¿Qué deporte te gusta?, ¿te gusta el fútbol o te gusta el baloncesto?”

El risueño me miró a los ojos mientras respondía:

—Bé be bé bo be bé be bu bu bá ba —al terminar sonrió orgulloso de su broma.

Su compañera de banco congeló el gesto en la cara y yo, de reojo, calculé la distancia hasta los observadores que supervisaban mi práctica docente desde el fondo del salón: probablemente no habían oído bien la respuesta del chico, así que con entusiasmo de circunstancia le dije antes de pasar al siguiente alumno:

—¡Muy bien!, sigue practicando.

Al final de la clase, los entrevistadores me llevaron al lugar donde los otros candidatos esperaban comiendo bocadillos y conversando con otros maestros de idiomas.

—En un principio siempre quería dar las clases de los semestres más elevados, las consideraba las más excitantes; ya sabes, cultura, literatura. Ahora me da igual —dijo uno de los maestros de alemán.

—¿Por qué? —preguntó alguno de los aspirantes.

—No sé, simplemente te gastas con el tiempo y cualquier parte del trabajo se vuelve igual a las demás... Lo bueno es que mi jubilación viene en un año y medio.

Una maestra de español que se jubilaría al final de ese curso, cuando se enteró de que soy mexicano, me dijo que leer *Como agua para chocolate* de Laura Esquivel le había tomado más de un año: “es realmente una lectura difícil, el español es realmente complicado”.

La entrevista culminó con el jefe del departamento de idiomas, un alemán de piel colorada y ojos verde claro como un gargajo, quien me preguntó que por qué mi solicitud había sido considerada, si no contaba yo con el entrenamiento y certificación para ejercer de maestro de secundaria en Inglaterra. Yo desconocía el procedimien-

to, pero el alemán no podía conceder que hubiera obrado de buena fe, por lo que se dedicó a hacer preguntas suspicaces como intentando desenmascarar a un polizonte. Parecía ofendido y se enervó más cuando me porté como un fresco contestándole a todo con desparpajo. Sin el entrenamiento no tenía yo ningún chance y tampoco lo deseaba sinceramente, visto que la locura general de los alumnos y el estrés de los maestros no disminuyó un ápice desde que detuve mi primer impulso de salir huyendo. Mi aplicación, por supuesto, fue rechazada.

Rememoro esto ahora que me han llamado de la agencia de desarrollo de profesores hace unos minutos. Han hecho seguimiento de mi aplicación y querían saber si aún deseo colocación. He dicho que sí, por curiosidad, y me recomendaron aplicar como profesor en el nivel pre-universitario, donde requieren habilidades más elevadas en el manejo del idioma y no necesito el entrenamiento del programa para maestros. En búsqueda de redención he seguido la conversación, me han dado un número telefónico y, de paso, me han informado –disculpándose– del absurdo del sistema: mi solicitud de ingreso al programa de maestros para nivel educativo medio fue rechazada, porque no hice la secundaria en el Reino Unido.

Tomo la libreta donde apunté el número y la pongo dentro de una caja del menaje que irá a México. Mientras pienso en la fortuna de una llamada que llegó demasiado tarde, recuerdo que una maestra de francés contaba esta anécdota: “Estudiando los códigos que las abejas

europas usan para comunicarse entre sí, los científicos descubrieron que distintas colonias ‘hablan’ distintos dialectos y que, cuando es necesario, las abejas de una colonia pueden aprender el lenguaje de otra colonia en un par de semanas. Así es para todas las abejas europeas; excepto para las británicas, éstas sólo zumban más fuerte”.

95

Es un cliché, pero recuerdo el día de nuestro matrimonio como uno de los más felices de mi vida. En ese entonces creí que la luz de esas horas orientaría nuestros pasos en la oscuridad, que quizá tanto alborozo ayudaría a capotear los malos tiempos. Aquella mañana fuimos al registro civil por el gusto de cumplirnos un capricho; a pesar de que alguna vez habíamos confesado no creer en la validación institucional de una firma ante un juez. Según nuestra posición confesa, creímos que lo esencial era comprometerse en el corazón con el otro y que las ceremonias formales eran hacer una publicidad innecesaria para ese compromiso íntimo entre amantes —quiero decir que nosotros decíamos confiar más en la palabra del otro que en la de una institución—. Sin embargo, queríamos hacerlo, queríamos casarnos, pero a nuestro modo: nuestra celebración sería la del otro, con el otro y para el otro, sin invitados ni testigos, algo así como Romeo y Julieta jurando en los subterráneos de una ceremonia ministrada secretamente.

Al final las cosas no ocurrieron como nuestra ingenuidad lo había planeado: necesitábamos testigos y, además, nuestros queridos más íntimos se negaron a oír nuestras disuasorias ponderando sus cariños para forzar excepciones... Nos dio igual: llegamos a la ceremonia con nuestros *jeans* y ella fue la mujer más hermosa del mundo y la persona más especial que existiría adentro del corazón. Al terminar la ceremonia, nos fuimos a un pub a tomar cerveza y no hubo en el universo mejor fiesta que esa. Atravesar continentes y culturas y lenguas para estar uno al lado del otro, jurarse cariño y lealtad tanto en salud y enfermedad, en pobreza y abundancia no es poca cosa.

Y después de unos años... estamos en bancarrota emocional. Nada lo justifica, pero ha sido mucho lo que hemos pasado para llegar a esto. La consecuencia más triste de la constante falta de dinero y de “futuro” es que dirige nuestra atención a esos hechos de una manera obsesiva. Nunca nada alcanza para nada y nos volteamos los bolsillos y nos vemos el uno al otro y sigue sin alcanzar. Luego tornamos la mirada adentro de nosotros mismos y regresamos a ese paraje original en que había que bajar del árbol para buscar los frutos y las semillas tiradas por el suelo, a sabiendas de que el tigre también podría andar buscando comida, y después de peinar la zona durante muchas jornadas, descubrimos que no hay nada más que no hayamos limpiado ya. Y entonces el tigre ruge en nuestro estómago y volvemos a la aparente seguridad del árbol sólo para descubrir

que el último fruto que comimos era el de Adán y Eva, y nos vemos desnudos y sentimos vergüenza: porque resulta que esto somos, que el sudor de nuestra frente es nuestra única vestimenta y no nos sirve de abrigo en este yermo frío que es Albión.

96

Álvaro:

En el aeropuerto de Heathrow, de regreso a México. Un hombre llama mi atención, haciendo vanos esfuerzos por decirme algo en un inglés muy limitado. Reconozco su acento, le pregunto si habla español y él casi grita del gusto al responder que *sí*. Es mexicano, necesita llegar al mismo vuelo que yo.

No es necesario indicarle que me siga. En el trayecto me cuenta que ha estado de visita en Europa un par de semanas, que en México ha estudiado inglés en una academia unos años, pero que, a pesar de tener un diploma, no sabe por qué no ha sido suficiente:

—Si allá en México a la teacher Juanita le entendía yo todo —dice con azoro; poco después agrega con molestia—: Seguro que el inglés británico se habla distinto que los otros.

Luego empieza a hacer comentarios sobre las cosas que vemos en el lugar.

En estos minutos que pasamos juntos no encuentro afinidades que me interese explorar y, por otra parte, tampoco deseo hablarle de mi vida; lo que es más: deseo no hablar.

Hacemos la cola de los torniquetes de entrada; recorreremos largos pasillos y le muestro hacia dónde tiene que ir. Él asiente cuando señalo el número de sala en la que tiene que esperar, pero no avanza hacia el lugar.

Me encamino y lo llevo hasta allí.

Ya sólo tiene que esperar, y yo he terminado mi buena obra del día.

No obstante, él empieza a seguirme a todas partes: a comprar un periódico, a curiosear a algunas tiendas, al mingitorio. Cada vez que se abre una separación mayor que dos o tres metros entre nosotros, él da unos pasitos rápidos y se coloca a la distancia que considera prudente. Cada vez que hay un anuncio en los altavoces me mira interrogativamente para saber si han anunciado nuestro vuelo; si no digo nada, hace un comentario o una pregunta hasta que reacciono. Así que sin palabras establecemos el acuerdo de que cada vez que oigo el altavoz muevo la cabeza de un lado a otro para tranquilizarlo.

Ha decidido ampararse en mí. En el interior mío me encojo de hombros. Él, sin embargo, parece pensar que necesita pagarme el favor de alguna manera: me ofrece cigarros y dulces y chocolates que lleva en sus bolsillos. A pesar de mis protestas, ha querido pagar un café que

he pedido y sólo gracias a que no le ha entendido a la cajera yo he logrado dar el costo exacto.

Finalmente, se sienta a mi lado en la sala de espera. Faltan más de dos horas para el vuelo. No tiene un libro consigo, de manera que no me dejará leer el mío en paz. A pesar de mis señales inequívocas de desinterés, él intenta repetidamente establecer una conversación. Derrotado decido interesarme en su vida durante este tiempo que considero muerto.

Tiene un cargo político cuyas funciones (aparte de acompañar a un compadre suyo en sus viajes por la república) no son muy claras para mí. Ese es su tema favorito y no necesito hacerle demasiadas preguntas: se complace en hablar sobre el éxito de la gestión y el progreso de los proyectos y reuniones de trabajo en restaurantes caros de diversas ciudades de México.

Salvo los nombres de la geografía nacional y de los respectivos antros que menciona, sus historias son todas iguales. Las olvido todas de inmediato. Sólo recuerdo una peripecia de una de ellas: un día se les descompuso el vehículo y su compadre, él, los secretarios, el chofer y la comitiva, tuvieron que subirse a un autobús de segunda.

El autobús iba lleno de gente de campo, con gallinas en los portabultos, asientos incómodos y olores desagradables.

Detalla su gran aventura enfatizando con una mueca que los pasajeros apestaban particularmente mal:

—Ya sabes: eran indios —señala en tono de secrecía.

Se refiere a ellos como humanos de clase inferior, sucios, sin dinero ni gusto por la moda; en una palabra: sin blancura.

Miro a otra parte, convencido de que no tiene caso manifestar mi turbación.

Sin embargo, él busca entendimiento o complicidad, parece ignorar mi propia indianidad y mi morenía y, lo que es más sorprendente, la suya misma. Parece creer que hay algún tipo de amabilidad en incluirme en su selecto grupo de racistas cainitas. Arremete contra los arqueólogos que obstruyen el progreso, impidiendo que se construyan proyectos “futuristas” sobre las pirámides prehispánicas, que son meras piedras amontonadas que sólo sirven para contar mentiras sobre el pasado de los nacos. En su discurso hay un intento de mimetizarse con lo que identifica como ‘clase alta’, pero esta ansiedad le traiciona: intenta demasiado, se sabe marcado por su color de piel y su origen. Tiene necesidad de execrar por unos minutos, por fortuna empiezo a dejar de escucharlo y puedo mirar sin ver hacia su dirección mientras pienso en otra cosa.

Mi interlocutor no es un caso raro en México, pero no es el más común. En el país hay mucha gente que repite los mitos celebratorios de la identidad nacional, exaltando lo prehispánico y, simultáneamente, despreciando a los sobrevivientes de las etnias indígenas. Mi interlocutor, en cambio, reparte parejamente el desprecio contra el mito histórico nacionalista y, también, contra los indios como yo y como él mismo. Ideológicamente,

no es un reaccionario sino meramente colonial –no es mera reliquia o mutación, sino que hace uso vigente de esa herencia.

Desde hace rato yo soy el que escucha con preocupación los altavoces: parece ser que el vuelo está muy retrasado. Al fin llega y con sorpresa noto que está, rigurosamente, a tiempo. De un salto le apresuro y logramos ser los primeros de la fila que rápidamente se forma. Él tiene listo su pasaporte, yo le digo me han dado ganas urgentes de ir al baño y paso a formarme hasta el último lugar. Él viajará en primera, probablemente no lo volveré a ver jamás.

Frente a mí, hay un grupo de jovencitos cargados de réplicas miniatura de Big-Bens y Torres Eiffel que comparan impresiones de viaje enumerando zonas y tiendas comerciales. Sobre nuestras cabezas los altavoces vuelven a anunciar:

- *Flight number 245 to Mexico City.*

El regreso del hijo pródigo



97

David:

Dejé las tarjetas de banco con Juliet y los niños allá en Inglaterra. Calculé que la universidad me pagaría en la primera quincena, pero después de más de dos meses no he recibido un quinto. Las excusas del retraso son diversas, ninguna hace sentido. Durante unas semanas alquilé un cuarto sin muebles, oloroso a humedad, que se calentaba demasiado con el sol de la tarde y que se inundaba de mosquitos si abría la ventana para ventilarlo; otros amigos recientes me prestan su casa, la cuido y le doy de comer a sus gatos, pero ya habré de mudarme de ahí.

Procuró pasar el mayor tiempo posible trabajando en mi oficina. Al bajar al centro del pueblo, una vez que el sol se oculta detrás de las montañas, las calles irradian el calor que se ha derramado sobre ellas durante todo el día. Durante unas horas de oscuridad se puede estar en la calle sin más nada que la playera y bermudas, y

en la madrugada la temperatura baja lo suficiente como para hacer agradable dormir en un colchón y no en una hamaca.

Al regresar al Instituto de Investigación muy por la mañana, cruzando el huerto se percibe el olor a guayabas, naranjas, café, ciruelas y poma-rosas (una fruta mezcla de sabor y textura de manzana con el aroma de las rosas, *i.e.* el oso-hormiguero del reino vegetal). La gente del pueblo cuenta historias de aparecidos en esta casa vacía, e interpreta desde la clave del miedo los gemidos de la madera al contraerse por los cambios de temperatura, pero durante casi tres meses he llegado al alba para alargar el instante de la lectura inicial entre los primeros trinos de las aves.

En el huerto habitan animales de monte y una vez frente a la ventana de mi oficina conté catorce colibríes; el lugar descansa en espléndido abandono. En Inglaterra leí noticias que hablaban de convenios interinstitucionales y trabajo de investigación de alto nivel con universidades regionales, pero estas instalaciones son recintos de silencios dónde sólo deambula el viejo jardinero. Desde que estoy aquí, la directora de la biblioteca sólo ha venido a visitarnos dos veces; la primera vez vino un día que yo daba clases y, la intendente me contó que, cuando vio mi oficina se ríe de que hubieran traído a un investigador desde Europa para este lugar.

La segunda vez que vino sí coincidimos y me pidió ayuda para activar y promover la biblioteca. El mayor problema es que ha limitado el servicio de préstamo sólo

a los investigadores y ahora es un mero almacén de libros en medio de este pueblo. Como sea, le propuse algunos esquemas de trabajo comunitario que le parecieron muy interesantes, pero todos tenían el defecto de que debían realizarse in situ y ella dice que no puede venir. Así que acabó hablando de visitas guiadas para los turistas (“esta es la estatua del benefactor, éste es el mural, estas son las oficinas, esta es una réplica de una capilla catalana, esta es su colección de libros, en el huerto hay árboles frutales, ah, oh, gracias, ya vámonos”). Las visitas tienen que ser ciertos días y en horario estricto. Se puede entrar a ver la biblioteca, pero los libros deben quedarse en los estantes, como en un zoológico de animales del pensamiento o un basurero de papel ordenando con sistema Booleano. La directora de la biblioteca procede como en un mercado de pulgas: todo ha de estar acomodado en su lugar y se ha de rebajar el valor a todo.

Abrazos,

Marco.

Debo impartir las materias de teoría que nadie quiere. No tienen mucho que ver con mi perfil, pero tomo la tarea con resignación filosófica recordando lo que dijo el gran Yoda:

*Ser maestro Jedi,
nada fácil es;
pero ser maestro
de gramática,
lo más difícil es.*

99

David:

¡Por fin se ha instalado mi familia en Malinalco! Y he ocupado unas semanas intentando que la transición fuera lo más leve posible. Con frecuencia Jego, Dante y yo vamos al centro del pueblo sólo por caminar o hacer compras, visitamos el parque o su futura escuela; hacemos pequeños trabajos en la casa, cocinamos, jugamos fútbol, jueguitos de mesa, carreras de lentitud. Esta tarde se han tirado en el sofá a ver un programa infantil en la tele, mientras yo observo qué tanto español comprenden (Dante se ríe de un chiste, una risita sobria, casi un exhalamiento; Jego –quien no entendió el chiste– ríe un poco tarde, luego un poquito más al oír otra vez a su hermano). Ayer por la noche, en la escalera se oía el zumbido eléctrico de cientos de mosquitos que se colaron por una ventana y Dante, quien no soporta las picaduras, durmió mal y yo pasé parte de la madrugada abanicándoles el calor y los zancudos a ambos.

Días después de su llegada, la venganza de Moctezuma pilló a mis ingleses y todos andaban con dolor de estómago. Juliet preguntó a Jago si tenía diarrea y él contestó que no, sólo que está haciendo pipí con el trasero. Este tipo de cosas abruman a Juliet: la falta de red social, la comida extraña y el sol intenso, la modorra –todo es como un recurso vacacional, esta vida no califica como vida de a de veras y, en este contexto, reprocha mis horarios de trabajo, que le parecen una estratagema para no participar del asueto-. Entonces hace lo que todo inglés haría en cualquier parte del mundo: intenta establecer una pequeña embajada británica, donde las cosas sean lo más parecido a la normalidad inglesa. Lo cual, ciertamente, es una forma de no adaptarse. Siempre oímos la BBC, tomamos té y, cuando yo no preparo la comida, mis hijos siguen comiendo pan tostado con frijoles dulces o con marmite, o purridge o esas delicias isleñas que tú conoces. Supongo que, una vez sorteadas las complicaciones iniciales, todo cobrará mejor color.

Por el momento cuento entre las cosas positivas que mi proyecto de investigación obtuvo patrocinio externo, un plus que añadiré a mis resultados de trabajo.

Cuídate mucho,

Marco.

Jego sabe bien los colores en español o inglés, pero intento cotejar la sospecha de Juliet de que él —como su hermano— también es daltónico: señalo distintos juguetes y le pregunto de qué color son. En Inglaterra muchas veces jugué este juego con los nombres de las cosas, pero Jego nunca me contestaba; simplemente yo le hablaba en español todo el tiempo mientras él me oía. Ahora, en cambio, parece pronunciar con gusto el castellano. Y yo me deleito al escuchar las palabras saliendo en automático de su boquita, sin haber sido pronunciadas jamás ante mí, como si mi niño fuera dejando de ser mudo y él y yo entráramos en otra dimensión. Si contesta en inglés, entonces le digo que no entiendo para animarlo, y sólo si no recuerda la palabra castellana se la digo.

En general ha recordado casi todo, pero creo que no percibe diferencia entre el color rosa y el morado; para asegurarme vuelvo a señalar cosas y le pido que me diga cómo se llaman sus colores. Jego se me queda mirando, e intentando ser amable me dice:

—Papá: quizá sería mejor que tratarás de imaginar por ti mismo de qué colores son estas cosas.

—¿Por qué ponemos nombres a las cosas? —la pregunta de Jego me toma descuidado.

—Las palabras son como señales para identificar qué cosa es qué cosa, como las etiquetas que mamá pone a las bolsitas —respondo, suponiendo que la teoría ostensiva es la que está más al alcance de una conversación con Jego; pero él tiene otros planes:

—¿Qué es identificar?

Le digo que ‘identificar’ es saber qué palabra le tenemos que dar a qué cosa. Él no dice nada.

Temo no haber usado palabras apropiadas, temo que estoy echando a perder sus preguntas, luego temo que vaya a preguntar qué usamos para identificar las palabras.

—¿Papá?

—¿Sí?

—¿Mañana puedes hacer tortas de milanesa para comer?

Le digo que por supuesto y me riño a mí mismo, porque sospecho que su cambio de tema confirma mi torpeza explicativa.

Pero Jego vuelve a preguntar: “¿Por qué le dices Bebé a mamá, si no es chiquita?”

—Es un nombre de cariño que uno dice a quienes quiere mucho —intento ser más sencillo.

Jego me mira con sorna cómplice, como quizá miraría a uno de sus condiscípulos:

—¿Es tu novia?

Le digo que sí. Jego sonríe y asiente como si me hubiera pillado en una falta simpática.

Después de unos segundos pregunta:

—Martha también tiene nombres de amor, ¿verdad?

Nuestras últimas mascotas Martha y Olivia fueron bautizadas por él y su hermano que, como buenos británicos, desconocen que en la cultura hispánica poner a un perro nombre de persona puede ser considerado ofensivo, por quien se descubra tocayo del perro. Así que, para evitar cualquier complicación, en la calle siempre llamo por apelativos cariñosos a nuestras mascotas y ellos me imitan sin conocer mis razones.

—Sí, son “nombres de cariño”. A ti también te digo muchos nombres de cariño.

Jego me mira como incrédulo, quizás intentando distinguir entre su nombre de pila y los apelativos cariñosos.

—¿Cuál es el nombre de cariño que más uso contigo?

Jego piensa un poco y dice:

—¿Monstruo...?

102

Querido Eusebio Ruvalcaba:

Gracias por su disposición. Es reconfortante oírle, cuando las noticias por acá no son buenas, es decir son “normales”... Resulta que hice las peticiones consabidas

y obtuve el resultado que se podía esperar: nada.

Para ser totalmente sincero, ya he perdido la capacidad de desconsuelo. No es desgana de mi parte, sino el entendimiento de que no puedo esperar mucho —si es que puedo esperar algo—. Creo que le comenté que estuve varios años trabajando en Inglaterra y ello, a mi regreso al país, me hizo la vida más difícil: mis expectativas por el profesionalismo eran demasiado altas para este caos que somos.

Me contrataron para trabajar en un Instituto de Investigación y con gran ilusión vine a hacer proyectos. Al llegar me di cuenta de que mis ideas necesitaban un ajuste de realidad radical: el instituto está abandonado, el coordinador es un aviador profesional y tiene un pequeño séquito que gusta de gastar el presupuesto en eventos que no tienen nada que ver con la educación o la literatura, sino con su promoción personal. Como yo vengo con dinero de proyectos externos que he conseguido individualmente, no cometo la infamia de compartir caminos con ellos (y por ello no gozo de sus simpatías ni de su apoyo); pero los dineros conseguidos con mis proyectos han desaparecido en meandros burocráticos inescrutables y ocupo gran parte de mi tiempo yendo a desatorar un trámite en algún escritorio, para descubrir quince días después que sólo se ha atorado en el escritorio vecino.

Sigo sin la cámara ni el equipo para el cual conseguí dinero desde hace 8 meses —los administradores solapados por los directivos simplemente jinetean el

dinero, lo roban y dejan a los proyectos sin los insumos necesarios—. Pensaba solventar esos problemas el día de su entrevista con equipo prestado de un amigo que vive en Malinalco, a quien yo había rogado que me echara la mano durante su visita y conferencia. Él había aceptado amablemente trabajar con nosotros por unas horas. De manera que hay que agregar al hecho de que no nos han autorizado el dinero de viáticos todavía, el pequeño detalle de que no cuento con el equipo indispensable para hacer entrevistas fuera de este pueblito. Por lo que creo que la opción que queda es pedirle a usted que no me cierre la puerta a la posibilidad de entrevistarle (por favor no piense que todo esto es falta de profesionalismo o de ganas de mi parte) y, en algún futuro no sé si mediato o lejano, podré ir con el equipo necesario para conversar con usted y tratar de sacar el material de la entrevista tal como se debe.

Lamento comunicar todo esto (todo lo cual me apena más por haberle fallado que por el hecho de expresar lo que hay y lo que, por desgracia, me toca). Tengo buen ánimo y —como no estoy en la literatura y las humanidades por obligación— le comento que este proyecto lo haría, aunque no tuviera apoyo ni salario (si pudiera vivir de aire o de trabajos de medio tiempo o fuera yo rico); de manera que sé que porfiando saldrán los resultados tarde que temprano. Pero la porfía lleva tiempo y paciencia, por ello reitero que, si usted concede, me encantaría visitarle en algún futuro y darles mate a estas complicaciones.

Me resta preguntarle, ¿cómo o dónde puedo conseguir su libro? Me interesa bastante.

Un abrazo y quedo de usted, aquí en Malinalco,

Marco.

103

Mientras Jego juega ensimismado con sus trenes habla una mezcla de inglés y español que no hace sentido en ninguno de los dos idiomas. De esa manera se entretiene cuando Dante no está en casa. Yo he imitado esa jerigonza un par de veces, intentando participar en ese ensueño que lo acoge, pero a cada intromisión Jego ha respondido en inglés como si ese fuera el idioma que me correspondiera. Cuando los adultos le hablan en español, él siempre contesta en inglés. Al principio pensaba yo que él también tenía la teoría que Dante me contó hace un par de años en Inglaterra: que todo hispano entiende inglés, por lo que no es necesario hablarle en castellano y argüía como evidencia que todos mis amigos mexicanos entendían inglés. Kay –esposo de Mandy–, piensa más bien que para Jego los adultos no existen sino en otra dimensión; que en el mundo que le importa sólo hay niños, que con ellos se comporta como cuando está solo; por eso los chicos lo encuentran divertidísimo y los mayores, rematadamente tierno.

Jego me ha contado que sus trenes sueñan que juegan con bebés que tienen a manera de juguetes. Cuando le pregunté qué soñaban esos bebés, dijo que sólo soñaban con comer y dormir, porque son pequeños; que los niños grandes no saben soñar bien, porque recuerdan demasiado lo que vieron en la televisión.

Dije que no sabía que los trenes tuvieran sueños como los nuestros, y él me explicó que no son como los nuestros; pues son juguetes y los juguetes siempre están esperando que alguien llegue a jugar con ellos. No entiendo bien la lógica de la explicación, pero intento dar cuerda a la plática:

—¿Como los perros? —señalo a nuestras mascotas.

—No, porque no hacen popó —responde.

A pesar de esta acotación, aquella idea me parece linda y agrego que los perros también están tristes cuando no los buscas, que si vuelves a jugar con ellos se les olvida y se alegran.

Jego se me queda mirando como intrigado por la idea, así que yo extiendo la explicación:

—Los juguetes, en cambio, olvidan por gusto. A veces lo hacen cuando juegan al escondite: cierran los ojos y no se mueven, porque imaginan que se esconden, pero sólo es que están soñando y...

Jego sonrío:

—No te entiendo papá, a veces hablas raro. Mejor jugamos a otra cosa, ¿sale?

—Los niños y yo pensamos que, si nos seguía hasta aquí, sería justo que lo adoptáramos —dice Juliet.

El perro es feo y sucio, pero la idea de una mascota ha estado rondando en la cabeza de los niños desde que la señora Karrier, nuestra vecina, les permite ir a jugar y tocar a su coneja, cuyo nombre Constanza es igual al de una hija de la señora, quien murió de una afección cardíaca.

Otra extravagancia triste nos hace mirar a la Karrier con compasión: mezcla historias del roedor y de su niña de forma que hace imposible saber de quién está hablando. En un principio creímos que siempre hablaba de la chica, hasta que nos dimos cuenta de que la señora cree que la coneja le habla:

—Constanza dice que quisiera que Dante y Jego la cuidaran durante este fin de semana.

No era una mentira juguetona para los niños, pues cuando preguntamos qué deberíamos hacer para atender al animalito, la señora Karrier instruyó: “oigan con atención a Constanza y ella les dirá qué necesita”, incluso nos dijo que, si le caíamos bien, podría contarnos alguna cosa de veras importante. Juliet creyó no entender el español, pero la señora le explicó exactamente lo mismo en un inglés perfecto.

Mandy, una amiga sudafricana, nos dijo que esa petición de cuidar al animalito era extraordinaria, pues la señora Karrier iba a todos lados con su coneja,

incluso a los lugares más caros y exclusivos y, además, tiene fama de delicada y conflictiva.

La señora Karrier produce una primera impresión amable e, incluso, alegre, pero en el transcurrir de su charla se revela una tensión de contrarios: su tristeza se muestra y se oculta a través de un sentido del humor, cuya lógica esencial es producto de un enojo contra la bajeza moral del mundo, la miseria intelectual del país, el sinsentido de la existencia. O quizás simplemente me gusta pensar que su risa es más un recurso contra el fracaso que una respuesta entusiasta a la realidad, pero no se me escapa que todo esto es una manera de embellecer su resentimiento. Lo cierto es que su risa viene en una marea intermitente pero constante, que en los primeros oleajes se agota su amabilidad y gradualmente sólo queda su enojo, en el que entreveran algunas ironías simpáticas que, al final, sólo son un limpísimo sarcasmo.

Por todo eso intentábamos evitarla, pero supongo que al principio la coneja se la pasó bien con los niños, porque un par de veces la señora nos pidió que la cuidaran. Después de eso cesaron las peticiones y los niños empezaron a hablar de mascotas.

Hace poco encontré a la señora Karrier en la calle y me contó que iba a volver a salir de Mali durante un fin de semana. Por un automatismo de la amabilidad social, le dije que podía dejarnos a Constanza cuando quisiera, que los niños la amaban, que no era ninguna molestia. Ella explicó, como si hablara frente a un cabildo,

que Constanza estaba meditativa y prefería quedarse en casa incluso cuando ella salía de viaje. Aunque sé que las instalaciones de la coneja servirían para dejar bebida y alimento suficiente para un mes a la cuadra de un hipódromo, ofrecí llevarle lo que necesitara; por la manera en que miró, la señora pareció notar mi presencia por primera vez:

—Hay que entender que a veces las personas espirituales necesitan estar solas, aunque sólo sea por un fin de semana.

Así que esta semana un perro callejero llenará el hueco que dejó Constanza.

El veterinario dice que el perro ya no es un cachorro a pesar de su tamaño, que está habituado a la gente, que posiblemente fue abandonado. Yo no creo que alguien lo reclame, pero hice unos carteles con su foto y les pedí a los niños que saliéramos a pegarlos. Después de ir a los lugares más concurridos, nos adentramos en las orillas del pueblo; detuve el auto en medio de una brecha y bajé para poner un póster en un árbol; inesperadamente apareció un carro en dirección contraria, regresé al auto y lo arrimé al árbol haciendo un ademán de disculpa al otro conductor, quien me barrió con una mirada fúrica. Dante impasible lo vio pasar y dijo tranquilamente:

—Papá, ese señor ha de haber pensado que eras un idiota.

—Sí, probablemente has leído su pensamiento.

Compramos pan en los portales de la plaza y los niños me cuentan que creen que el perro se llama Tom, porque cuando lo llaman con ese nombre siempre llega. Yo les digo que, aunque no lo llamen, él llegará igual. Al regresar a casa, su alborozo con la mascota me hace desear que no encontremos al antiguo dueño.

El domingo por la mañana los niños dicen que no han visto al perro en el patio.

—Tienes razón papá, no se llama Tom: no viene cuando le llamamos.

Les digo que primero han de desayunar y luego podemos salir a buscarlo.

Unos minutos después oímos al perro rascando la puerta dando gemidos, digo a los niños que terminen antes de bajar de la mesa y me asomo por la ventana.

Lo que veo me hace llamar a Juliet.

Antes de permitir que se asome le advierto sobre lo que verá y le pido que guarde la calma. Ella se asoma, traga saliva, voltea a verme.

Intercambiamos miradas de entendimiento: no queremos que los niños vean al perro, moviendo la cola muy orgulloso mientras posa con una sonrisa criminal, esperando que le dejemos pasar a la casa con el regalo que ha traído al quicio de la puerta: Constanza con los ojos en blanco, muerta, completamente muerta, llena de tierra y mugre hasta las orejas, enlodada y babeada por el perro, que ahora se relame y ladra de contento.

Juliet va a contener a los niños, que ya quieren asomarse a la ventana, así que, entreabriendo apenas la puerta, yo salgo para recoger a la coneja y esconderla en la bodeguita al fondo del patio. Mientras lo hago me doy cuenta de que no hay nada que un veterinario pueda hacer, el cadáver de Constanza está frío.

Juliet me alcanza unos momentos después:

—Es como si el perro hubiera matado a la hija de la señora Karrier. Tenemos que ir a decírselo: cuida a los niños mientras yo voy a su casa a buscarla.

Le digo que espere, que hay que pensar un poco la situación, pero Juliet contesta que lo mejor es enterarse de estas cosas lo antes posible, que hay que enfrentar y actuar con integridad, que la gente adulta tiene que arreglarse civilizadamente.

Yo no estoy tan conforme pero no tengo objeciones, así que limpio con un trapo el cadáver que ya no parece el de Constanza: mechones de pelo se han apelmazado y endurecido, está toda babeada, tiene suciedad por todas partes —quizás en sus intentos de escapar del perro, éste la zarandó trapeando el suelo con ella—. Es difícil reconocer en este guiñapo al peluche de angora que pasaba su tiempo entre colchones y sábanas finas, pero no hay otra cosa que entregar, así que Juliet la pone en una caja y la lleva con la señora Karrier.

Me quedo con los niños y aunque ellos quieren salir a jugar con el perro, les digo que necesitan hacer un poco de tarea. Mientras ellos hablan del perro, yo no alcanzo a imaginar hasta dónde puede escalar este

conflicto con esa animal-lover creyente de la transmigración que comparte la cerca del patio de nuestra casa.

Juliet regresa pronto: la señora no estaba y, en ese momento, creo yo recordar que regresa mañana

—Constanza se ve muy mal, el dolor de la muerte es una cosa, pero el dolor de una muerte horrible es otra —dice Juliet.

A media mañana Mandy llama a Juliet y esta le platica lo ocurrido. Mandy le cuenta varias anécdotas de la señora Karrier, que anticipan que su animadversión puede implicar jueces y abogados o hasta la intimidación violenta. Avizoramos una vida calamitosa de aquí en adelante.

—Tengo miedo, no quisiera que tuviera malas actitudes con los niños. La señora parece capaz de muchas cosas desagradables —dice Juliet.

Yo ni siquiera puedo fingir naturalidad, tengo el estómago contraído y las quijadas duras. En ese momento tomo una resolución:

—No le vamos a decir nada.

Juliet desecha mi idea como una tontería, pero estoy hablando en serio. Juliet se resiste, pero está demasiado asustada para oponerse. Además, tengo un plan que le cuento de inmediato, ciertamente no es muy bueno, quizás, pero un plan imperfecto es mejor opción que un pleito vitalicio con una psicópata. Aunque no le complace en absoluto, el papel de Juliet no es más que quedarse callada —por otra parte, veo que, técnicamente,

mi idea no le parece un completo disparate—. Así que antes de que ponga objeciones le quito la caja con la coneja y le digo que se asegure de que los niños no me busquen durante un rato.

Con el cuidado de un embalsamador arreglo a Constanza. En una tina para bebé pongo agua tibia y la lavo prolijamente con jabón y champú. Primero se deshacen los terrones, luego se disuelve el lodo, luego la mugre y, al final, el agua fluye transparente y de ella emerge Constanza limpia otra vez, como en un bautizo. La amortajo en una toalla para quitar el exceso de humedad, el pelo se le ha alaciado y está flaca, emaciada, como si la muerte la hiciera incapaz de producir ternura. Voy al closet de Juliet y regreso con una pistola de aire para el cabello, e inicio mis pininos de trabajador de la moda con un tratamiento de belleza póstumo. Poco a poco esa borla de algodón que hermooseaba el jardín vecino regresa desde los muertos. Por último, con un cepillo de dientes limpio el collar, las uñas de la coneja, cierro sus párpados. La querida Constanza podrá saltar al escenario de su última actuación haciendo un digno papel de sí misma.

A través de nuestra cerca compartida, llamo varias veces a la señora Karrier para cerciorarme que no esté de vuelta, entonces tomo la caja y salto al otro lado. Cruzo el jardín rápidamente, directo hacia el corral de Constanza, entro en su “habitación” y voy a su camita. Tomo a Constanza y la coloco cuidadosamente sobre su colchón, haciéndola posar junto con los otros peluches que la se-

ñora Karrier compró para acompañarla en esta recámara infantil. Ahora, por fin, Constanza descansa con los suyos, tan dulce, tan limpia, tan blanca como una verdad.

Cuando regreso a casa Juliet no me pregunta nada.

Después de que los niños se han acostado, susurra mientras mira hacia el jardín: “¿Lo hiciste?”. Yo asiento silenciosamente y la miro a los ojos, pero ella voltea la cara diciendo que tiene que ir a dormir.

Después de un rato regresa, yo he empezado a ver una serie y nos quedamos frente a la tele durante varios episodios, porque el sueño no nos vence. Cuando vamos a la cama, dormimos mal.

Al otro día, el ruido de los niños jugando nos obliga a levantarnos. Después de que los niños salen para la escuela, me voy al trabajo. El día pasa sin otras complicaciones que responder las correcciones relativas al arbitraje de un artículo que mandé a una revista.

Por la tarde, de regreso a la casa, los niños preguntan de inmediato si alguien llamó para preguntar por Sam (que antes era Tom). Quisieran saber cuánto tiempo es prudente esperar por la llamada de un dueño sin perro que ha de estar muy triste. Antes de que yo intente cualquier respuesta interrumpen:

—¿Qué es ese sonido?

Juliet y yo intentamos localizar el origen del ruido, que parece unos alaridos infrahumanos, ayes y gemidos de espanto.

—Han de estar haciendo una obra de teatro —digo a los niños.

Juliet y yo nos miramos: los gemidos vienen del fondo del patio, del lado de la señora Karrier. Alzo los hombros y niego con movimientos de cabeza, intentando expresar que no esperaba que fuera para tanto escándalo. Los alaridos se calman un momento y luego vuelven a aparecer.

—¡Vamos! —dicen los niños.

Abrazo a los chicos para que no salgan. Juliet se asoma por la ventana y me hace una señal para que vaya a investigar, pero mi reacción es lenta, así que ella abre la puerta, da unos pasos y luego se lanza corriendo.

Les digo a los niños que esperen dentro de la casa mientras voy con su mamá, salgo al patio y camino rápido intentando parecer calmado, sobre mi hombro veo que Dante y Jego están asomados por la ventana tratando de descubrir qué es lo que pasa.

Al final del grande patio, Juliet está acucillada de nuestro lado de la cerca mientras que la señora Karrier, desde el suyo, se agita y llora abatida contra la alambrada.

—Creo que tú sí serías capaz de brincar la cerca para ayudar a la señora, ¿no? —dice Juliet con un tono de voz que prefiero ignorar.

Cuando estoy del otro lado trato de levantar a la señora Karrier, pero ella se resiste tirándose al suelo.

Después de unos momentos, le digo que llamaré a un doctor.

—No, a un doctor no; a un doctor no. Hay que llamar a un sacerdote, rápido.

Imagino que ha de ser un poco ridículo pedir las santas exequias para un conejo, pero digo que así lo haré, aunque le pido que primero me permita llevarla adentro de su casa.

—Primero llama al sacerdote, carajo. Que te estoy diciendo que lo llames, yo me meto sola.

La dejo rasgándose las vestiduras en el césped de su jardín y salgo de la casa, sin que se me ocurra otra cosa que ir a tocar a la puerta del curato de una parroquia cercana. Sale una señora que me manda a una oficina en la segunda planta del convento, allí dejo avisado con la secretaria que necesitamos la presencia de un sacerdote en la dirección que anoto en un papel.

De regreso con la señora Karrier, ella me ofrece de un tequila cuya botella tiene un cacto de vidrio soplado en el fondo. La señora está más calmada y un poco borracha, Juliet no está con ella.

—Tengo que decirte algo: una vez Constanza me dijo que tu mentalidad cartesiana nunca te permitiría entender la realidad de las cosas.

Ya estoy acostumbrado a esta manera de hablar que tiene alguna gente de Mali, pero me incomoda que ahora atribuyan sus opiniones hasta a una coneja.

De súbito, como si se le ocurriera algo, la señora Karrier se levanta de su silla con un impulso que le obliga a dar dos o tres pasos para balancearse y hacer un ocho para regresar hasta mí: “Sígueme: quiero mostrarte algo”.

Empieza a caminar hacia el patio y cuando veo que va al elegante corral de su mascota, siento que necesito otro tequila.

—Tú sabías cuánto quería a la luz mis ojos, ¿verdad? —solloza—. Ahora verás lo que es amor eterno, presenciárs el poder que está más allá de tus doctrinas y filosofías, verás lo que es superior a la ciencia...

Entramos a la recámara de Constanza.

¡Mira!

Sobre la camita, la coneja se encuentra en la misma posición en que la dejé.

¿Te das cuenta de quién sabe más: la ciencia o Dios? —susurra la Karrier y alzando la voz, agrega:

¿Te das cuenta de que esto es una prueba?, ¿te das cuenta de que ahora lo sé todo? —la Karrier suena triunfal.

Empiezo a sospechar que quizás había una cámara de video grabando mi incursión. Ojeo las paredes buscando ese sistema cerrado. Imagino que, mientras yo he llamado al sacerdote, ella ha llamado a la policía celestial y estaré condenado a su odio de aquí a la eternidad.

—Hace unos días Constanza hizo un hoyo en el jardín y ella casi nunca hacía travesuras, ¿entiendes? Así que cuando este sábado amaneció muerta, creí que quería descansar allí, ahí la puse, yo misma la cubrí de tierra y yo misma le recé antes de salir de viaje... ¿Te das cuenta?

La señora Karrier se hinca:

—Ni recé ni hice oración suficiente, todo lo hice mal... Ahora mírala: mi bella durmiente está en su cama, esperando lo que no le he dado como se debiera.

Y alzando la cara grita:

—¿Y el sacerdote, carajo, a qué hora llega el sacerdote?

105

El año pasado, uno de los compañeros de Dante se tomó como deber delatar la identidad secreta de “los Reyes Magos”. Dante nos siguió el juego, aunque en sus conversaciones daba pistas que indicaban su conocimiento, después nos contó que ya sabía todo.

Este año los niños de kínder hablan de los regalos que les gustarían y la emoción de Jego lo hace sentir incómodo. Así que a veces trata de moderarlo:

—No pidas demasiado, recuerda que los Reyes Magos tienen que traer juguetes para todos.

Aunque Jego acepta estos razonamientos, su carácter le hace olvidarlos de inmediato y volver al goce de la anticipación:

—Un carro remoto —dice, y hace un pequeño baile pensando en el juguete.

Dante se pone serio y se va a su cuarto. Algo le preocupa.

Esa tarde aprovecha y se acerca a Juliet, mientras Jego y yo jugamos en el patio. Dante ha meditado una petición que cree perentoria, en su voz hay urgencia:

—Mamá: tienen que decirle a Jego quiénes son los Reyes Magos.

Juliet trata de calmarlo:

—No, mi amor. Está muy emocionado y no sospecha nada.

—Exacto: no se da cuenta. Así que cuando sea papá y nadie le haya dicho nada, ¿quién le va a traer regalos a sus hijos?

106

Durante días he estado guardando mis libros en cajas para mudarnos a otra casa, ya sólo resta recoger las cosas frágiles, lámparas, atriles, engrapadoras. Jego me ha acompañado y yo le pregunto sólo por hacer conversación:

—¿Cómo se mueve este reloj?

Jego piensa un poco y contesta:

—A través de su máquina pasa el tiempo y eso lo mueve.

—¿Cómo un río de tiempo que corre a través del reloj?

—digo porque no se me ocurre ninguna cosa original.

—No; no como un río; porque eso lo oxidaría y ya no podría moverse.

—Ah, ya veo.

—No, no lo ves. Nadie lo ve; lo oyes; pasa como una voz que le hace decir '*tic-tac*'.

Estoy practicando chutes con Jego y Dante. Pateo el balón mal. Dante se ríe: “le pegaste horrible”, y sale corriendo a recoger la pelota para chutar él.

Jego dice: “Fue mala suerte, le pegaste bien”.

Sonrío, un amigo francés criticaba el método de crianza inglés de hacer comentarios elogiosos incluso ante los errores (“*oh, unlucky*”, “*oh, very well done, next time it’ll go better*”), pues lo considera una forma innecesaria de mentir (“si no hay nada que elogiar, entonces no hay por qué hacerlo”). No es por seguir esta opinión, sino porque me interesa que Jego vea que uno puede aceptar el error con honestidad y sin drama; así que le digo que en realidad le pegué mal y que debo corregir la próxima vez.

Jego me mira: “Sí, lo sé, pero hay que decir algo amable, aunque no sea cierto”.

Esta es la situación: mi silencio interior se expande en círculos concéntricos alrededor de un comentario: “si con malas calificaciones uno no conseguirá becas o trabajo, ¿entonces por qué nos las ponen?” Quien habla es Shaggy, que se hace llamar Chuck, y que insiste en que el deber de los profesores es conseguirles empleo a los estudiantes, por deficientes que sean. Yo le he

dicho que si considera, por analogía, que todas las carreras deberían compartir el estándar de la profesión médica, entonces su idea implicaría aceptar que, por ejemplo, cualquier pelmazo pudiera encargarse de una operación a corazón abierto. Y Chuck o Shaggy sólo se ha reído en mi cara:

—Uy, si usted supiera. Ellos son los peores, unos amigos míos van a la facultad de medicina.

Chuck es un nini, una figura común en estos lares. Es decir, una persona que no entiende la idea de responsabilidad personal, alguien que ni estudia ni trabaja. Por fortuna Shaggy no es mi alumno, así que me libero de su animadversión por motivos profesionales; por desgracia tiene mucho apego a mi persona y busca cualquier oportunidad para acercárseme.

El mejor amigo de Shaggy es Ramiro Ramírez, un muchacho de buen corazón que vive atormentado por su propia toxicidad. Ramiro no es un romántico idealista, simplemente sucede que su mayor satisfacción es hallar una llaga en todo, apuntar al déficit, barruntar el error, señalar un absurdo, buscar una perfección deseable que le permita denigrar al mundo tal como es. Por medio de esta ocupación, su idea de sí mismo se fortalece; pues si no posee la verdad, al menos ha alcanzado la certeza de que la otredad siempre tendrá una falla. Quizás inspirado en ciertas lecturas, o quizá copiado de otros mejores que él, Ramiro aprendió el desprecio contra sí mismo como pose; sin embargo, el desdén con que los grandes hombres fustigan sus propios errores y fallas es distinto

que ese resentimiento de Ramiro, que pierde foco y se vuelve un odio apelmazado e informe contra toda la naturaleza humana. Su constante acusación contra los demás nunca es autorreferente, nunca hace blanco en sí mismo de manera explícita, porque él no admite la ambición de compararse con los grandes, y se escuda en la mera aspiración a ser un simple e inocente inquisidor, el mejor detecta-fallas de los demás. Pero su horizonte empieza a encogerse porque hay pocos que quisieran su compañía; y aquí es donde entro yo, pues Ramírez cree que mi falta de interacción con los profesores que él no tiene en alta estima de alguna manera nos hermana, así que me encuentra siempre que estoy comiendo, se sienta a la mesa, y la mayoría de las veces viene con Shaggy.

Shaggy, que en realidad no se llama Chuck, sino Carlos, es un chico flaco y desvaído, el hombre más desvaído del mundo, cuyo super poder es contrario al de Ramiro. Shaggy no puede ver errores en nada y su visión es tan corta que casi sólo se ve a sí mismo. Así que Shaggy aplaude todos los razonamientos y ocurrencias de Ramiro y éste le retribuye no revisándole la existencia con sus ojos detecta-fallas, porque Carlos como estudiante es una falla en sí, pero Ramiro no tendría corazón para expresarlo. Así que ambos están juntos todo el tiempo, aplaudiendo sus propias imperfecciones cada vez que las encuentran y viendo pasar el tren de la vida sin comprometerse ni molestarse en hacer ni arreglar nada, convencidos de que no les interesa ir a ninguna parte.

He de decir que Ramiro es de los estudiantes de letras que sí lee y bastante, aunque no sólo es bueno en eso. San Agustín impresionaba a sus contemporáneos, porque podía leer un libro sin necesidad de hablar en voz alta; Ramiro puede hablar de libros sin necesidad de leerlos. Esa característica le concede membresía en el grupo de alumnos que hablan de la literatura de los siglos pasados con la percha de quienes están seguros de que los clásicos del siglo XXI saldrán de sus plumas. Durante los cinco años que aquí dura la carrera, estos estudiantes perfeccionarán esta pose en el espejo de sus condiscípulos y se convencerán entre sí de estar en el centro del universo intelectual y literario. Entre alumnos de este tipo, uno de los más avisados es Costas, un egresado reciente, quien la semana pasada me regaló la impresión de que lo que hay aquí es un apocalipsis mezquino, que somos los jinetes montaperros de nuestra miseria educativa. Sucedió así:

Costas tiene la tendencia de mencionar sus logros reales o ficticios como si *a)* vinieran a cuento, pero él no les concediera importancia o como si *b)* se viera forzado a confesarlos, pero la modestia lo abrumara:

—Un par de maestrías me ofrecen lugar, pero yo no sé por cuál decidirme —habló con tono indolente y se quedó callado, mirando hacia unos árboles como si buscara algo.

Mientras yo intentaba hacer sentido de su comentario, él continuaba con la mirada indecisa entre el desdén o

el abrumamiento. Pregunté por los procesos de selección de prospectos. Costas me explicó el mecanismo:

—Mi asesor de tesis dice que él puede hablar con unos cuates suyos que trabajan en esas universidades para que yo entre.

Costas lo dijo con chabacanería y volvió a mirar hacia los árboles. El moralista que hay en mí sintió vértigo al ver hasta dónde se ha hundido la juventud —lo que debiera considerarse inmoral ni siquiera produce incomodidad, sino el retorcido orgullo de lo considerado meritorio. Recordé las caras de los primeros rescatistas que entran al fuselaje que los Sobrevivientes de los Andes usaban como vivienda: los muchachos los reciben locos de contento y los recién llegados intentan no reaccionar ante los huesos, calaveras y cadáveres que atiborraban las cabinas del avión. El horror del hambre y el frío habían dislocado esquemas previos y normalizado el comportamiento de la tribu. Como en el caso de aquellos jóvenes uruguayos, en esta universidad ya se ha impuesto un esquema moral que una baladronada juvenil me ha revelado una vez más.

La mirada de Costas ya ha revisado varios árboles más cuando me oigo diciendo:

—Esas son prácticas de corrupción y no necesitas rebajarte así: tú eres capaz de entrar a un programa de posgrado por tus propios medios.

Unos días después conté el incidente a Bolatto y ella dijo muy molesta: “¿Qué méritos ha hecho ese pobre es-

tudiante como para que lo manden a llamar?”. Comenté que me parecía más grave que un profesor propusiera una violación a los mecanismos de selección académica a un alumno, y que éste tomara esta indecencia como un logro era un efecto de ese mentorado. Ella replicó, hablando como si las taras cognitivas exoneraran de responsabilidades morales, como si en la tradición de este lugar eso fuera un principio de justificación:

—El asesor es un ingenuo, pero Costas ya es un adulto.

Yo hubiera querido responder: “Los dos son adultos, los dos”, pero el silencio interno se expandió otra vez en círculos concéntricos.

109

Jego está tan impresionado como todos los espectadores, pero él tiene que ponerse a salvo. No sabe lo suficiente como para intentar una defensa o un contrataque, así que se retira sin tirar golpe hasta que su espaldita toca la pared, pero la alharaca va tras él.

A unos centímetros de Jego, Sebastián detiene el vendaval, luego hace un par de amagues laterales atajando un escape, las pupilas fijas en los movimientos del contrincante. Sebastián suda y resopla y, por un segundo, subraya con una mirada esta obviedad: lo ha acorralado y no puede avanzar más sin asestar un golpe.

Inopinadamente el silencio expectante es rasgado por el dedo índice de Jego que se alza como pidiendo

la palabra. La mirada fija de Sebastián, por un instante parece cambiar de feroz a intrigada, hasta que, de pronto, recibe un piquete de ojos.

Allí termina el combate.

110

Jego fue un bebé contemplativo y sonriente, una especie de pensador diminuto que consentía vivir entre los adultos con tolerancia compasiva. Como niño pequeño es una especie de loquito que vive de acuerdo a reglas juguetonas. Quizá de grande se normalice en conformidad con el contexto social. Así es la evolución de casi todos, aunque los ingenuos o los idealistas tiendan a romantizar la infancia, porque aún no ha logrado mimetizarse con lo normal: es esa otredad la que nos seduce, creemos que atrás del espejo hay algo más atractivo que nosotros mismos, algo mejor que nuestra mera incapacidad para lidiar con lo cotidiano

111

—Recoge todos los juegos y juguetes y acomódalos en sus cajas —digo señalando el tiradero.

—Ah, sí. Me olvidé... —dice Jego.

Mientras le ayudo a acomodar, le invento una historia:

—Hazlo bien: ayer los metí sin ton ni son y cuando

tu mamá los encontró se enojó tanto que ella misma los empezó a acomodar como deben ir. Estaba tan molesta que hasta daba miedo.

—¿De veras? —Jego abre mucho los ojos.

—Sí, no podía calmarse y cuando me vio por allí pensé que me iba a empezar a regañar —digo.

Por la calma con que hablo se sobreentiende que he sobrevivido el trance. Jego fija sus ojos muy abiertos sobre mí: quizá yo tengo un truco efectivo para calmar mamás iracundas.

—¿Y qué hiciste para que no te regañara? —ahora es todo concentración.

—Pues le dije: no fui yo, fue Jego.

Él sonrío incrédulo y se pone a jugar luchas conmigo.

112

Es un error estar en contra de la estupidez, poner a la mayoría en tu contra. Pero eso es el único mérito: cuenta mucho atreverse a ese tipo de fracaso. Todo puede ser un error, pero hay errores inevitables y, otros, como este del que hablo, éticos y hasta elegantes; también hay errores magníficos, como la obra de Platón, de la que ni usted ni yo somos capaces.

A veces el carnicero sueña la agonía de la res. Y su sueño es puro. Sin mala fe. La res muere con la muerte entrando a bocanadas por su cuello tajado y él es un hombre que ha matado sin odio. Ya en su casa se lava las manos y acaricia a su mujer y a sus hijos y tiene fe en que éstos, como él, serán felices y hallarán un buen trabajo, para realizar sueños donde otras reses agonicen, sin más metafísica ni ternura que la del tasajo en el plato de la cena.

Juliet lee una historia a nuestros niños, están muy contentos de que yo haya estado en casa los últimos días. Ella les dice: “Papi está buscando empleo, por lo mientras trabaja en casa”.

—Ahora podríamos regresar a Inglaterra con los abuelos — propone Dante.

Jego secunda la idea.

—Primero ustedes tienen que terminar su año escolar —dice Juliet.

Los niños conceden, pero agregan que entonces habrá que ir cuando terminen el curso.

—Ya veremos —dice Juliet apagando la luz.

La veo salir del cuarto con cara de angustia. Le sonrío, pero sobre la mesa se amontonan las cuentas. Ella está

cansada, después de despedirse se va a leer a la cama.

Al poco rato entro al cuarto de los niños a darles un beso de buenas noches. Dante está dormido muy cerca del borde del colchón, lo acomodo en el centro. Desde la cama de Jego una vocecita me llama:

—¿Papá?

—¿Sí?

—¿El domingo es hoy?

—No.

—¿Por qué?

—Porque hoy es viernes —le contesto mientras me acerco a su cama.

—¿Qué es el domingo? —Jego se recorre hacia la pared para que me acurruque junto a él.

—¿Cuándo es el domingo? —modifico la pregunta corrigiendo la gramática, pues él y Dante a veces se confunden con el español y el inglés.

Jego repite su pregunta:

—¿Qué es el domingo?

—Pasado mañana.

—¿Y “mañana”?

—Mañana es sábado.

—Pero hace tiempo dijiste que sábado es “ayer”.

—Eso fue la semana pasada.

—Ah... ¿Y “ahora” qué es?

—Mañana.

—¿“Ahora” es “mañana”? —dice Jego.

—No. Quiero decir que en esta ocasión mañana será sábado.

—¿Y por qué ya no es “ayer”?

—Porque lo será cuando sea domingo.

—¿El “sábado” será “domingo”?

—No. Quiero decir que cuando nuestro día de hoy sea domingo, entonces el sábado será “ayer”.

—¿Y “ayer”?

—Ayer fue jueves.

—¿Y “ahora”?

—Ahora es viernes, que es hoy, como te dije.

—¿”Ayer” nunca es “hoy”?

La cuestión me pone a revisar casos posibles en la mente, pero antes de que termine, él vuelve a sus preguntas:

—Pero “hoy” es hoy y no es “mañana”, ¿verdad?

—Sí, pero si te duermes y te despiertas, mañana será nuestro “hoy”.

—¿Entonces si despierto y te pregunto qué día es hoy, me dirás “mañana”?

—No. Entonces te diré: “hoy”.

—Ah... —Jego se queda mirando hacia el techo.

Supongo que está lidiando con la escala semanal y el flujo de los días, preguntándose qué es el hoy, el instante fugaz, las cosas que cambian y que sin embargo permanecen iguales, el ser y el tiempo, el universo, lo multiverso, el cosmos y la eternidad, cosas así.

—¿Papá?

—¿Sí?

—¿Sabes que si dices “chingao” estás diciendo una grosería?

—Sí.

—Pero tú dices eso.

—Sí, perdón, trato de evitarlo, pero a veces se me sale.

Jego me abraza.

—¿Papá?

—¿Sí?

—Ya me voy a dormir...

Lo beso y me levanto.

—Hasta mañana, mi niño.

—Hasta después, mi papá.

Epílogo



113

*Honor a aquellos que en sus vidas se dieron
por tarea el defender Termópilas.*

Kavafis

A nuestras espaldas se encuentran los templos y las bibliotecas, la gran cultura y el saber, los hogares donde juegan los niños indefensos...

Resistimos pensando en el amigo que habla con verdad y acciones, en la esposa que confía en nuestra palabra, en el hijo cuya admiración nos abrumba. Defendemos la sacralidad de lo humano, lo poco que queda del presente, el futuro que no vendrá.

Las jornadas se suceden y, siendo justos y honestos, resistimos; trabajando en bastiones individuales, resistimos contra multitudes que ofenden y presionan, resistimos.

Hace tiempo que construimos sueños que pisotearía la barbarie, si pudiera; que inventamos el amor medido en la balanza de la igualdad, el respeto a la belleza, el culto a la exquisita, deseable e inaccesible sabiduría. Obtuvimos enseñanza de los mejores y los hicimos guías de la libertad del pensamiento. Creímos en la verdad que puede inteligir la raza humana y en su capacidad de fundar acuerdos.

Sí, así es, somos culpables: creímos en el valor de estas razones, en dar la vida sin apartarnos de este deber.

Y ahora la necesidad es nuestra única fuerza, nos negamos a aceptar esta realidad bien conocida: que los bárbaros han pasado hace mucho, acampan en nuestras ciudades... y toda ley y justicia es a su razón y medida.

P. D. Este es mi único orgullo: No cambié al mundo, pero mis sueños no cambiaron.

El divorcio... El mundo está ensayando sus prodigios: una zarza ardiendo ordena el sacrificio de lo que más amo.

Un crepúsculo estrafalario se adentra en mi corazón, luna menguando, la noche y los ojos se cierran, el surtidor de luz se seca... así que nuevas nostalgias devendrán faros en algún futuro: estrellas rodando sobre las mejillas de mis hijos, y nuestras vidas empiezan a

correr paralelas hacia ese infinito que será el pasado. En ese no lugar, unas manitas que aferraban mis manos y unas risas y unos juegos y unas voces –que aprendieron a hablar repitiendo los arrullos de un lenguaje que yo trasplanté a sus cunas– me harán recordar mi nombre.

Siempre seré el que fui.

115

Intento sonreír mientras los niños avanzan en la fila. Jego le pregunta algo a su mamá, Dante hace un gesto serio, contenido. Ahora un guardia pide sus pasaportes. Jego agita su manita hacia mí. Cierro los ojos un instante. Quizá todo es un mal sueño, quizá.

Los ruidos se incrementan, gente y bultos y maletas en movimiento, voces en idiomas inasequibles, alguien me toca el hombro para que le dé paso. Más allá de los torniquetes, los niños se despiden de mí. Los guardias de seguridad les indican el camino, los niños dan unos pasitos siguiendo la línea de pasajeros y traspasan un umbral electrónico. Giran sus caritas por última vez. Dante intenta sonreír. Jego se pone de puntitas intentando verme.

Adelante de ellos Juliet voltea, me manda un beso al despedirse con la mano y avanza fuera de foco llamándolos de donde se han quedado detenidos, entonces ellos encaran las antesalas del aeropuerto, avanzan, dejando todo atrás. Sus figuras se difuminan en la mirada y la

imagen se vuelve líquida. Un dolor me dobla el cuerpo, sé que otra vez estoy en el lugar equivocado del mundo.

En alguna sala de espera pronto se anunciará su vuelo a Londres.

Sé que volveré a esta tarde, que quedará encerrado en este instante durante muchos años.

116

1. El cielo no tiene puertas, ni siquiera una barda que limite el acceso. Puedes peinar la zona durante años, desandar los pasos que te llevaron a ciertos paraísos, volver a la misma tarde en que ella tendió su mano, recrear su piel llena de gracia, regresar siempre al lugar del crimen y sólo encontrar desiertos y fantasmas.

Quizás algún día entenderás por qué traspasas paredes y puertas sin que nadie oiga, ni vea, ni sienta que estás penando.

2. En el principio fue el verbo. Y este devino máquina de escribir marcando recuerdos en las copias al carbón de la noche. Línea a línea se formaron aquellos días entrañables, deletreando las primeras palabras de mis hijos. En *slowmotion*, veo sus vidas chiquitas pasar ante mis ojos, gatear y levantarse con rodillas y caritas sucias, volver a caer de sueño en los que fueron mis brazos. Soy una visitación de aquellos años; la memoria

no es una forma pacífica de morir, es una agitación de risas, llantos y pasitos.

3. La memoria entra por la ventana encendiendo el vello rubio de su espalda y yo la veo detrás del cristal, nítida y ansiada. Ella abre los ojos e ilumina la mañana...

Ese mundo sobrevivirá sin saber que le vigilo, como un perro a una tumba frente a la que espera sin intención de marcharse, seguro de su cariño, y sin atender a otra voz que a la de su amo muerto.

117

Tiempo después mi padre despierta y pregunta:

—¿Qué día es?

El médico que revisa sus signos vitales no le entiende: hace semanas que papá no come y su voz es débil.

Papá vuelve a preguntar. El médico se agacha para oírlo y dice:

—16 de enero.

Papá parece reflexionar un poco y luego susurra:

—¿De qué año?

El médico contesta mientras le revisa la pupila. Cuando termina, papá cierra los ojos, por unos segundos creo que se va a quedar dormido, pero luego dice para sí mismo:

—Chingada madre, ya mudamos de año y no me morí.

Cuando papá despertó del coma diabético hace un par de meses, apenas se daba cuenta de que ya no se recuperaría jamás. Olvidaba el nombre de sus hijos, intentaba bajarse del lecho y caía al piso, confundía a sus nietos con sus amigos de juventud iniciando charlas en el punto en que las había dejado décadas atrás... Ahora entiende que se halla en su última cama, pero hace un par de días lo visitó mi primo, conversó con él y cuando se fue, papá me confesó:

—Me dijo que era Saúl y me confundí: no sabía si era tu tío o mi sobrino; pero cuando me abrazó supe que era mi hermano: toqué sus brazos fuertes que lo hacen muy bueno para el boxeo callejero.

Yo no le dije que tío Saúl lleva años de muerto y papá se durmió tranquilo, contento.

En ocasiones recupera la consciencia, pregunta por mi madre y pide que la cuidemos cuando él ya no esté; le duele haber devenido una carga para ella, para los demás. “Ahora me toca a mí cuidarte, tú lo hiciste por mí muchas veces”, le dicen mis hermanos y papá agradece como pidiendo disculpas. Esos momentos de lucidez han coincidido con la visita del médico y le ha pedido ayuda, pero la eutanasia no es legal.

Sin embargo, papá no ha aceptado su situación: desde hace semanas rechaza la comida, dispuesto a suicidarse de inanición. Sus pómulos destacan cada vez más en su cara macilenta, su cuerpo sólo es un esqueleto forrado de piel. No creí que alguien pudiera vivir con tan poca carne.

Acaricio su frente y recuerdo su sorna cordial, su risa de otros tiempos, entonces papá abre los ojos, voltea hacia mí, dice algo que no oigo, pero leo claramente en sus labios un “¿y tu mamá?”

—Está descansando —contesto, y papá asiente y vuelve a cerrar los ojos.

Sonrío para mí mismo: papá siempre está pensando en mamá, quizá esta es una de sus costumbres que más me gustan. Con frecuencia le da por recordar —prolijamente— el asombro de cuando se enamoró de ella; lo hace tan bien que siempre se alborozaba del milagro de que la persona amada exista en el mundo, y de tenerla en su vida. El truco de darse el gusto de revivir su gusto, le ha servido durante más de cincuenta años de matrimonio por la mera voluntad de que le sirviera. Papá encapsuló su deslumbramiento y su enamoramiento practicándolos como un mantra... Yo le tomo la mano con gratitud: quizá el mejor regalo que un padre le puede hacer a un niño es amar a su madre de la mejor manera posible.

En el ropero hay fotos de familia, en una de ellas Juliet y yo, radiantes, sonreímos a la cámara de una amiga cuyo nombre he olvidado hace mucho tiempo. Aquella vez la vida se había puesto loca de belleza por el mero hecho de compartir juventudes; más tarde regresaríamos a casa a cenar y hablar de todo y nada y besarnos y dormir juntos. Cuando algunos años después abrí los ojos, el páramo gris de sus ojos azules aún estaba allí, en la foto, y desde ese tiempo me he acostumbrado a

pensar en nosotros los de entonces con una compasión muy parecida a la nostalgia. En aquellas fechas todo ocurre en tercera persona, me refiero a los días en que ella era una muchacha de piernas largas y busto airoso, que hablaba una lengua hermosa e inescrutable, exactamente como convenía a su persona. De ese tiempo me queda el gusto por el té y las tardes indolentes, por conversaciones amables y juegos de mesa. Traíamos por dentro la locura y la esperanza y maliciábamos que, por primera vez, la ignorancia de la naturaleza del otro no era lo único que nos mantenía interesados en él. No hubo necesidad de borracheras para poder hablar y nada que se dijera era la última palabra...

Pero esos éramos otros, y las cosas siempre cambian y yo me he vuelto a ver tantas veces en sus ojos y no me he encontrado igual. Y aquí es donde la cosa se pone interesante. De aquella locura que tanto hablan las canciones nada queda, pero tengo la fortuna de encontrar nuevas maneras de querer. Digo “fortuna” pero es un decir, porque en realidad las maneras me las invento yo mismo. Es una maña que le he copiado a mi padre que me enseñó que la felicidad de pareja se fabrica permanentemente, si uno aprende a sorprenderse y a agradecer el amor que nos va quedando. Digo “el amor” y es un decir, porque el amor no es una sola cosa, sino un manojo de sentimientos en los que a veces prevalece la admiración, o el deseo, o el miedo o cualquier hacienda que uno cultive o deje crecer. La fortuna o la maña no están, pues, en buscar a la misma persona para

encontrarnos en sus ojos, sino en aprender a verla de una forma que convenga con su nueva manera de ser.

Tomo la foto. Aquella Juliet sonríe. Pienso en nuestros días y en aquel tiempo amotinado (la juventud que recuerdo de nosotros), y aquel día entra en este instante sólo como un estorbo que nuestros pasos familiares fueron abandonando. Sí, claro que recuerdo la tersura de nuestro verano, concitada a ratos, y su dispersión entre los años que pasamos juntos,  eras t  aquella que enarboló las piernas como alas y esperanza?

Inclinado otra vez sobre sus ojos, en el papel busco señales de mí como cuando me amaba. Y sólo tiembla el agua purísima de su mirada, profunda, transparente –es decir, sin reflejos– y entiendo que he llegado a su orilla sólo para naufragar... Ah, t , risueña y callada: evitas el eco de mi voz, y yo quisiera creer que tus pasos delgados siguen a mi lado... sólo quisiera creer.



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas

RECTOR

Dra. Patricia Dolores Dávila Aranda

SECRETARIO GENERAL

Mtro. Hugo Alejandro Concha Cantú

ABOGADO GENERAL

Mtro. Tomás Humberto Rubio Pérez

SECRETARIO ADMINISTRATIVO

Dra. Diana Tamara Martínez Ruíz

SECRETARIA DE DESARROLLO INSTITUCIONAL

Lic. Raúl Arcenio Aguilar Tamayo

SECRETARIO DE PREVENCIÓN Y SEGURIDAD UNIVERSITARIA

Mtro. Néstor Martínez Cristo

DIRECTOR GENERAL DE COMUNICACIÓN SOCIAL



**ESCUELA NACIONAL
COLEGIO DE CIENCIAS Y HUMANIDADES**

Dr. Benjamín Barajas Sánchez

DIRECTOR GENERAL

Lic. Mayra Monsalvo Carmona

SECRETARIA GENERAL

Lic. Rocío Carrillo Camargo

SECRETARIA ADMINISTRATIVA

Lic. María Elena Juárez Sánchez

SECRETARIA ACADÉMICA

QBP. Taurino Marroquín Cristóbal

SECRETARIO DE SERVICIOS DE APOYO AL APRENDIZAJE

Mtra. Dulce María E. Santillán Reyes

SECRETARIA DE PLANEACIÓN

Mtro. José Alfredo Núñez Toledo

SECRETARIO ESTUDIANTIL

Mtra. Araceli Mejía Olguín

SECRETARIA DE PROGRAMAS INSTITUCIONALES

Lic. Héctor Baca Espinoza

SECRETARIO DE COMUNICACIÓN INSTITUCIONAL

Ing. Armando Rodríguez Arguijo

SECRETARIO DE INFORMÁTICA

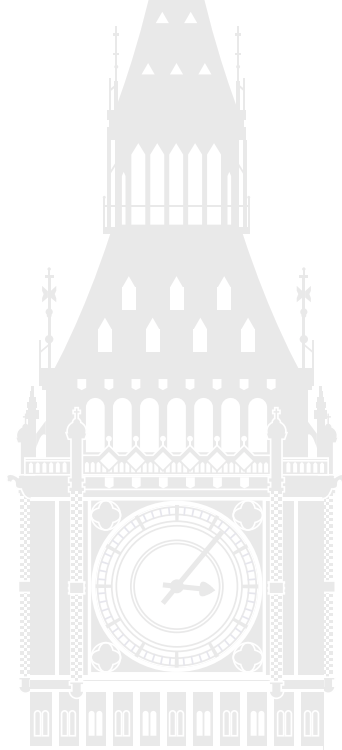
DEPARTAMENTO EDITORIAL

Dirección editorial: Héctor Baca Espinoza

Revisión editorial: Marcos Daniel Aguilar Ojeda y Omar Nieto

Coordinación editorial: Mario Medrano González

Diseño y formación: Xanat Morales Gutiérrez



El exilio inerminal

se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 2023 en los talleres de la Imprenta del Colegio de Ciencias y Humanidades, Monrovia N. 1,002 colonia Portales Sur, C.P. 03300, Alcaldía Benito Juárez, CDMX.

La edición consta de 500 ejemplares con impresión offset sobre papel bond ahuesado de 90 grs. para los interiores y cartulina sulfatada de 12 pts. para los forros. En su composición se utilizó la familia tipográfica Espinosa Nova. El diseño y formación estuvo a cargo de Xanat Morales Gutiérrez. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Mario Medrano González y Omar Nieto.